

DAD AU
CIÓN GEN

PANEGIRIC,
DE
L'ATOUR U.

BX4654

L3

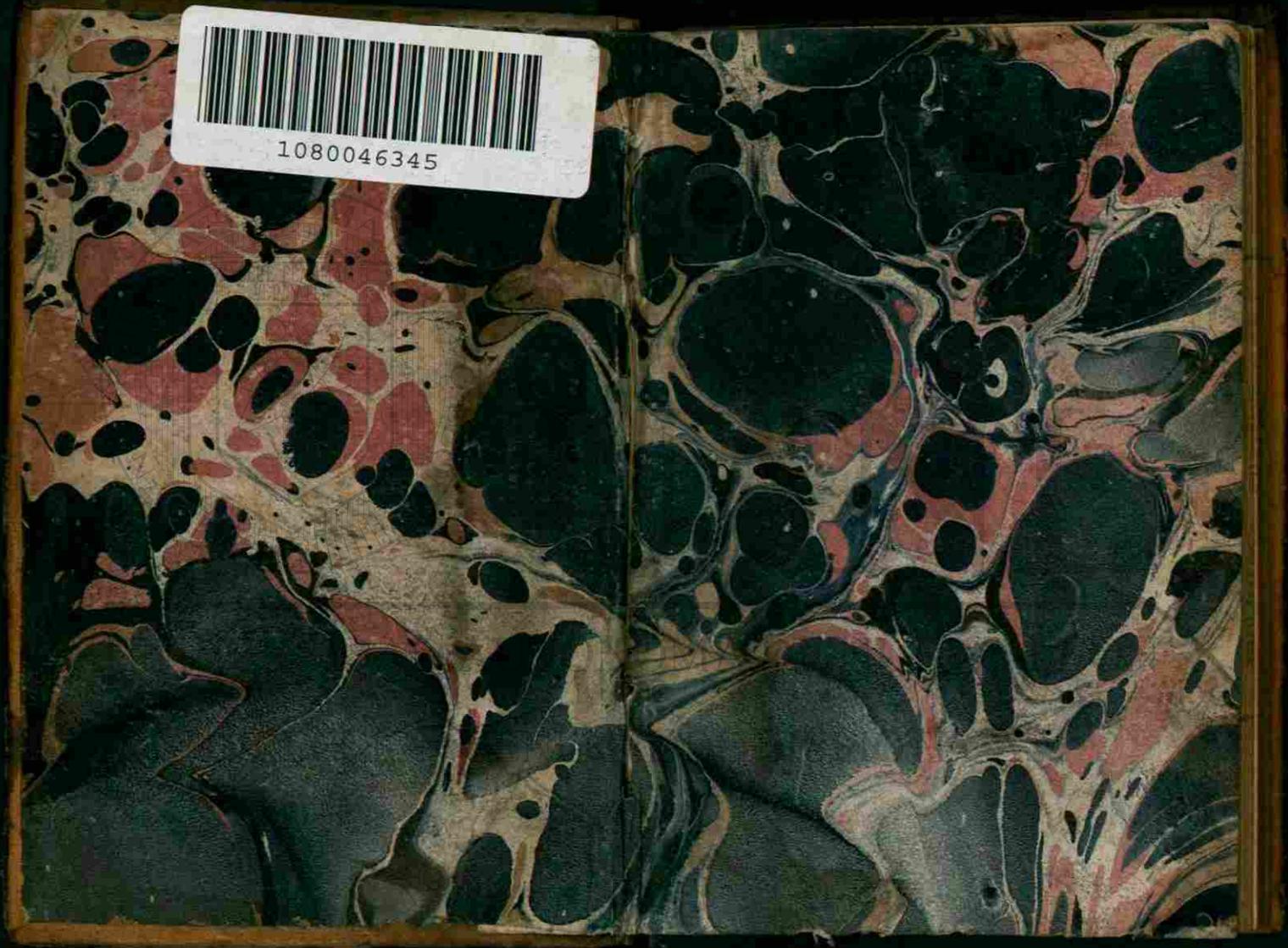
N.4

C.1

135802



1080046345



BX4654

L3

V.4



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135802



PANEGÍRICO
DE SANTA URSULA,

Virgen y Mártir:

PREDICADO

En la Iglesia de las Ursulinas de San
Claudio.

Adducentur Regi Virgines post eam.
Las Virgenes se juntarán al Rey des-
pues que ella. Ps. 44. v. 15.

Llegó el tiempo, se cumplieron las profe-
cias, se descubrió el misterio, y sorprehen-
do el universo reconoció en la gloriosa mártir á quien honra la Iglesia en este dia, aque-
lla reyna á quien el real profeta miraba mu-
cho tiempo habia, aquella virgen escogida que
debía conducir despues y ofrecer al Rey de
la gloria un gran número de castas esposas,
en quienes habia infundido con sus cuidados
y exemplos las mas heroicas virtudes, y he-
cho dignas de entrar á poseer el templo cele-
stial.

BX4654

L3

V.4



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135802



**PANEGÍRICO
DE SANTA URSULA,**

Virgen y Mártir:

PREDICADO

En la Iglesia de las Ursulinas de San Claudio.

Adducentur Regi Virgines post eam.
Las Virgenes se juntarán al Rey des-
pues que ella. Ps. 44. v. 15.

Llegó el tiempo, se cumplieron las profecías, se descubrió el misterio, y sorprendido el universo reconoció en la gloriosa mártir á quien honra la Iglesia en este dia, aquella reyna á quien el real profeta miraba mucho tiempo habia, aquella virgen escogida que debia conducir despues y ofrecer al Rey de la gloria un gran número de castas esposas, en quienes habia infundido con sus cuidados y exemplos las mas heroicas virtudes, y hecho dignas de entrar á poseer el templo celes-

tial. *Adducentur Regi Virgines post eam, adducentur in templum regis.*

Aunque con un testimonio mas sospechoso que respetable se limita el número de las virgenes que participaron de la palma del martirio con la Santa á quien yo elogio, respetando por lo que á mí hace una tradicion tan antigua como unánime, y autorizada con el silencio de la Iglesia misma, confieso tambien con ella á *Santa Ursula* y sus compañeras el culto que se merecen, y dexo á los preocupados espíritus que levanten el trofeo de su incredulidad.

Sin embargo, no esperéis que yo me empeñe en hacer aqui el elogio de aquella illustre porcion de virgenes: reconozco la multitud, y no determino el número de ellas: advierto muy bien la debilidad de un nuevo panegirista como yo para empeñarme en tan escabrosa carrera: dexo al cuidado de un ingenio mas ilustrado, la idea de referir aquella multitud de combates y de triunfos, y únicamente me ceñiré á hablar de aquella Heroina á quien especialmente habeis escogido por patrona y modelo en la carrera de la perfeccion.

Dichoso yo si en una materia tan abundante supiese escoger aquellos admirables é instructivos rasgos que, sin los estudiados adornos de una floreciente eloqüencia, pudiesen mover al espíritu y penetrar hasta el corazon.

¡Dichoso si pudiese exponer acertadamente aquella perfecta inocencia y aquel intrépido va-

valor que formaron el verdadero carácter de *Ursula*, y me subministrarán la materia de este discurso.

El valor de *Ursula* supo conservar su inocencia en los mayores peligros. Su inocencia hizo triunfar á su valor en medio de los mas temibles combates.

Para decirlo mas breve. La inocencia de *Ursula* sostenida por su valor, será mi primera parte.

El valor de *Ursula* sostenido por su inocencia, será, como vereis, el asunto de la segunda.

La virginidad y el martirio de esta Santa compondrá todo el asunto de mi elogio, y la materia de vuestra atencion. Para desempeñarlo, como corresponde, ó Espíritu de verdad, necesito de tus luces: te suplico que me las concedas por la intercesion de la Santísima Virgen. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Si yo hubiera de hablar delante de unos hombres á quienes arrastrase la pasion ácia los plácemes ilícitos de este perverso mundo, los propondría la inocencia, no solo como la virtud mas rara y singular, sino tambien como la mas agradable á los ojos de Dios; y comparando su desórden con el mérito de la Virgen á quien honramos, hallaria en el elogio de ésta la condenacion de aquellos. Pero no me conviene producir los errores de un siglo criminal en un lugar donde el mundo y sus

vicios son igualmente desconocidos; en un lugar donde solo se respira santidad, y en el que, aunque siempre admirable la virtud, parece ménos extraordinaria, porque está por él mas generalmente repartida.

Sin embargo, no se me dexará de conceder, que en todo lugar está permitido dar una bella y excelente idea de la inocencia, porque aun quando no haya persona alguna á quien se pueda instruir con ella, nunca falta á quien poder edificar. Edificaos, pues, vosotras en este dia, y admirad, señoras, en vuestra gloriosa Patrona, aquella inocencia que advertís muy bien, y de la que ella conoció tan perfectamente su inestimable precio.

En efecto ¿quién comprehendió mejor que *Ursula* lo precioso de la inocencia, y lo frágil que es al mismo tiempo? ¿Quién comprehendió mejor que aquella ilustre Virgen la importancia de conservar este tesoro, y la facilidad de perderle? Mas por otra parte, ¿quién se supo conducir mejor que ella en tan evidente peligro? Quanto mas expuesta veía su inocencia, mas valor demostraba para conservarla; de suerte, que manteniendo con su valor su inocencia, supo al mismo tiempo librarse de las ocasiones que la exponían, menospreciar los honores y las riquezas que la tentaban, y alejar los extravíos que la perdian. Estadme atentas.

He dicho desde luego, que la inocencia de *Ursula* supo evitar las ocasiones que la exponían á perderse; y para que convinieseis con mi modo de pensar, podría hacer os véer aquí

aquí lo muy expuesta que está la inocencia en medio de los placéres del siglo, y os pudiera pintar el mundo como una tempestuosa mar, en donde, á semejanza de un frágil barquichuelo, está siempre la inocencia débil á pique de naufragar y estrellarse contra algun fatal escollo. Vosotras, señoras, os estremeceis sin duda al ver una Virgen jóven en medio de tantos peligros, porque sabeis, que si es funesto el mundo para todos los hombres, lo es con especialidad para la juventud, como que en esta edad se entrega con otra tanta mayor facilidad al placer en quanto conoce ménos su riesgo.

¿Pues qué sería, si abandonando el tumulto popular os encaminase á un parage mas delicado todavía, y si en las delicias de la corte descubriese una fuente mas abundante de ocasiones peligrosas? A la verdad ¿qué cosa hay mas opuesta á la inocencia que la corte? La delicadeza que reyna en ella, los placéres de que se gusta, y las personas con quienes se trata, no solo son otros tantos enemigos de la inocencia, sino enemigos tan crueles quanto mas parecen de amables.

Pero algunas veces quiere Dios exponer la inocencia de aquellos á quienes ama, para procurarles una victoria mas apreciable y señalada. Muchas veces favorece el cielo á aquellos de quienes parece ser el mayor contrario. Temamos el peligro en los que le aman, forjándose por sí mismos los hierros que no quieren evitar. Superior *Ursula* á aquellas almas vulgares á quienes domina una floxa timidez,

disipará muy en breve vuestros sentimientos, y os hará conocer que no hay enemigos tan temibles que no se puedan vencer quando se saben dar oportunamente las señales de un verdadero valor.

Si yo no encontrára en *Ursula* mas que los encantos de una hermosura admirable, y si sus bellas qualidades se reduxeran á la nobleza de los sentimientos, á la dulzura del carácter y á la penetracion del entendimiento, pudiera muy bien temer de su inocencia, respecto de que, segun el gusto del mundo, no veia yo en su perfecto carácter ninguna cosa que pudiera conservar la virginidad, sino ántes bien todo quanto podia contribuir á perderla.

Pero á las qualidades de su alto estado, sabia juntar las virtudes de su Religion. Como hija de un rey, tenia los sentimientos dignos del trono. Como esposa de Jesu-Christo, se advertia en ella todo lo que corresponde á los verdaderos christianos. En este particular era muy poco semejante á muchas personas de nuestro siglo, que ni tienen las qualidades que exige su nacimiento, ni las virtudes que pide su Religion: relaxadas por una parte, é impías por otra, las conocemos, y callamos lo que vemos, porque se respeta su nombre, y aun mucho mas el carácter que tienen; contentándonos solo con pensar, que ni merecen lo uno ni lo otro. Imiten, pues, á la Santa á quien alabo, y sostengan su nobleza con dignidad á exemplo suyo, mostrándose fervorosas christianas; porque si se hallan en *Ursula*

todos los atractivos que el mundo puede apetecer, ¿no es cierto que se admira tambien en ella todo lo que puede merecer la complacencia de Dios?

No hablo precisamente de aquel natural que tenia tan enemigo de la vanidad, unido á lo sólido, é inclinado al bien, que huyó de quanto debia, y amó á todo lo que era digno de ser amado. Lo que yo miro en esta Santa, es solamente aquella viva fé, aquella ardiente caridad, aquella humildad profunda y aquel precioso conjunto de las mas brillantes virtudes. Pues ¿y qué diré yo del valor? ¿Faltaria acaso este requisito en el retrato que acabo de bosquejar? No, señoras, me consta que no hay cosa mas peligrosa para una Virgen jóven que el verse en medio de los placeres, de los encantos y de las delicias de una magnífica corte. Sé muy bien, que no es ménos seductivo que gracioso el placer de verse rodeada de tantos adoradores como vasallos, que á porfia se apresuraban á presentar sus homenajes, y estudiaban de comun acuerdo el modo de tributarla los incienso que merecia, y que no pocas veces no sois vosotras acreedoras á ellos. Mas llevad vuestra consideracion á la corte de Cornuaille, y vereis en ella los mejores preludios del tierno valor con que *Ursula* debia dar en lo sucesivo las pruebas mas maravillosas.

Vosotras creeréis sin duda hallar en aquella una corte como las de los césares, sepultada en las tinieblas del paganismo. Pero desengañaos: el zelo y valor de nuestra Heroína,

na, disiparon en ella las tristes reliquias que la hubieran podido quedar. Vosotras no encontraréis en los muebles y vestidos de vuestra Protectora aquel inmoderado luxo y fausto ambicioso que entónces mantenía en su colmo el orgullo de los Romanos. El valor de *Ursula* no temia sindicar con respeto la religion de su padre, y hacerle ver, que debian menospreciar los christianos las vanidades de este miserable mundo. Tampoco la hallareis aquellas lascivas é indecentes pinturas, que por desgracia son demasiado comunes, por querer ver los ojos lo que el corazon desea. En presencia de su padre, supo apartar diestramente sus miradas de aquellos odiosos objetos, y darle á entender de un modo tan sabio como precautiyo, que solo debia ser el fuego la suerte de aquellos ingeniosos horrores.

No creais, señoras, que acabó de sufrir con aquello la piadosa Princesa. Su inocencia tuvo otras ocasiones que temer, y en las que su valor debia superar los peligros. ¡Ah! ¡que no pudiera yo explicaros aqui aquel arte ingenioso de que se valia *Ursula* para no agrandar, sin que por eso hiriese á persona alguna; quando por el contrario vemos á esas mugeres mundanas que se valen del artificio para suplir lo que la naturaleza las negó y atraer ácia sí adoradores criminales! ¡Que no pudiera yo manifestaros aquella destreza en apartarse de los siniestros discursos, y substituir en su lugar una conversacion tan agradable, aunque mas edificativa; para condenar á aquellos hombres culpadísimos, que disgustados

con

con prestar su atento oido á un discurso piadoso, se deleytan en hacer brillar su sobornador espiritu en una conversacion tanto mas escandalosa, en quanto respetan ménos en ella la caridad, el pudor y la Religion! ¡Que no pudiera yo pintaros aquella natural modestia que contenia á los cortesanos mas indiscretos; aquella modestia que condenó enteramente aquellas indecencias que, aunque muy comunes, no se puede hablar de ellas sin avergonzarse!

Ved ahí justamente lo que hacia el tierno valor de *Ursula*. Y si esto hacia en los principios, ¿qué es lo que hará despues? Esta es una flor que acaba de brotar y llegará muy en breve á su mayor hermosura; de suerte, que despues de haber evitado nuestra fervorosa princesa las ocasiones en que se expone la inocencia, sabrá menospreciar tambien los honores y las riquezas que la sirven de tentacion.

Yo, señoras, no me detendré en manifestaros lo muy expuestas que son á la inocencia las riquezas y los honores. No se ve otra cosa mas de sobra cada dia que lo dificultosísimo que es á la nobleza concordar una brillante fortuna con unas costumbres irreprehensibles. Y estoy para decir, que basta muchas veces ser rico en el mundo, ó proceder de una cuna elevada para hacer poco caso de la virtud y dexarse ir tras de toda especie de desorden; de tal manera, que el poder es muchas veces un título que empeña en ser vicioso, como si se mantoviese su estado con

mas

mas dignidad dexándose arrastrar del torrente de las mas vergonzosas pasiones. ¿Pues qué? ¿no puede manifestarse la opulencia sin incurrir en delito alguno? ¿Es preciso que los bienes frágiles y pasajeros de esta vida hagan perder los que son tan sólidos y eternos en la otra? ¡Ah! ¡dichosos mil veces los que en medio de las riquezas humanas sabeis conservar los tesoros de la gracia celestial! Pero ¿dónde hemos de hallar estas almas escogidas? Echad, señoras, echad la vista sobre *Ursula*, y reconocereis en ella el modelo que se debe seguir y de que tan poco caso se hace.

En efecto ¿os haré yo ver el odio con que miraba nuestra Santa los honores que se empuñaban en tributarla? ¿Os haré yo ver que tan pronto se sabia librar de ellos con destreza, como rehusarlos con modestia? Esto consistia en que menospreciaba las vanidades sin degenerar de su nobleza.

Yo no os diré tampoco el como era su corazon inacésible á la lisonja, ni lo mucho que su modestia se ofendia con la menor alabanza. El aplaudir su mérito, elevar sus talentos y coronar sus virtudes, era abrir un dilatado campo á su humildad, porque al paso que no habia ninguno que no admirase sus bellas qualidades, se queria ella sola desentender de la multitud y de la grandeza. Humilde en su elevacion, estaba persuadida que un lugar distinguido no dá honor al que le posee mientras no se haga digno de él por su mérito; dictándola asimismo la razon, que es mucho mas glorioso tener virtud sin na-

ci-

cimiento ilustre, que nacimiento ilustre sin virtud.

¡Cuán pocos hay que piensen de esta suerte! Y por el contrario ¡quántos se encuentran que encalabrinados con un vano título de nobleza quisieran que se les rindiese el homenaje que no les corresponde; como sino fuera mucho mejor recibir con indiferencia los honores que se merecen, que exigir con orgullo aquellos de que uno no es acreedor! Tal era, christianos, el modo de pensar de *Ursula*, y tal debe ser el vuestro. Por lo mismo debeis mirar, á su exemplo, con indiferencia los favores que la fortuna os acarrea.

Muchas de las personas que me escuchan, se admirarán sin duda de ver que la hija de un rey menosprecia los bienes del siglo, y les parecerá este exemplo otro tanto mas asombroso quanto es mas raro. Pero *Ursula* conocia demasiado bien el falso brillo de las riquezas para unir á ellas su corazon; y si daba á entender que las amaba era porque la proporcionaban la feliz ventaja de poderlas repartir entre los pobres. ¡Qué valor! ¡qué generosidad! ¿Pues qué, se decia ella muchas veces á sí misma, habia yo de estimar unos bienes que pudiesen impedir la conservacion de mi inocencia? ¿Habia yo de apreciar unas riquezas que, aunque las poseo en el dia, las puedo perder mañana? Léjos de mí tan brillantes vanidades de un miserable mundo. El Dios á quien adoro nació, vivió y murió en la pobreza; y ya que yo no he podido nacer en ella, viviré á lo ménos y moriré en el mismo estado.

Ta-

Tales son, señoras, los sentimientos de nuestra Santa. ¡Cuán dignos son de un corazón grande, y de un valor, no solamente capaz de evitar las ocasiones que hacen peligrar la inocencia, y menospreciar los honores y las riquezas que la exponen á caer, sino tambien de alejar los extravíos que la pierden! No hablo aquí precisamente de aquellos ilícitos extravíos que son tristes efectos de una pasión criminal: hablo únicamente de aquellos honestos y dulces lazos de un matrimonio legítimo y ventajoso como el que *Ursula* se podría prometer con mucho mas fundamento que otra alguna.

¿Qué fortuna no podía esperar una princesa como ella, tan recomendable por su hermosura como por su entendimiento? Me parece que estoy viendo ya algunos príncipes, cuyo mérito iguala al nacimiento, y aun hasta los mismos reyes, que se imponen la honrosa obligación de solicitar su alianza, y que por medio de reiteradas diligencias se disputan la ventaja de conseguir una victoria tan apetecible, que forma el único objeto de sus vivas intenciones.

Todavía ignoraba *Ursula* el peligro que amenazaba á su inocencia, quando le descubrió muy en breve en los ojos de un padre que temía declararse á ella. La tristeza de un semblante pálido y abatido, y el largo tiempo de un silencio profundo, inspiraron en la fervorosa princesa un secreto temor, que el respeto la impedía declarar. Circunstancia fatal para una joven virgen, cuya inocencia teme y se

re-

recela de todo. Pues ¿cómo se ha de descubrir? Nada se sabe; pero se teme y se duda, y una duda hasta muchas veces para llevar á qualquiera á la desesperacion.

¡Impedimento cruel para un padre que ama de corazón á una hija de quien es tiernamente querido! ¿Cómo la habia de dar cuenta el padre de un matrimonio que deseaba contraerse, y sabia no habia de poder conseguir? ¿Cómo la habia de exhortar para que perdiese una virginidad que conocia habia ofrecido á Dios con un voto solemne y expreso? ¿Cómo habia de conseguir que se uniese con los hombres, despues de haberla permitido se ligase con indisolubles lazos á Dios?

Estos inconvenientes, señoras mías, se hubieran vencido con facilidad si ella hubiera tenido un padre semejante á los de nuestros días, que niegan sus hijos á Dios y á sí mismos por sacrificarles á la ambicion. Pero el rey Cornuaille ignoraba unos pasos tan escandalosos; y tal vez no hubiera hecho conocer su modo de pensar, si la sabia conducta de nuestra Santa no hubiera acertado á advertirle de ellos.

En efecto, yo noto que la virtuosa Princesa dirige á Dios sus imprecaciones para conseguir la declaracion de un misterio que no podia descubrir ni comprehender. Oyó el cielo sus súplicas, la iluminó la gracia, y conoció que los lazos que se querian formar á su resistencia no merecian sus temores ni sentimientos, porque su valor la haria tomar sabias y acertadas medidas para trastornar los

pro-

proyectos de los hombres y executar los designios del Altísimo. ¿Qué es lo que hará, pues, este valor? ¿Empeñará á *Ursula* en menospreciar las órdenes de su padre, ó no escuchar sus avisos? No señoras. Un valor semejante sería mas bien inspirado por el infierno que dirigido por el cielo. *Ursula* sabrá respetar las órdenes de su padre, y seguir las intenciones de Dios. Aceptará el matrimonio que se la propone, bien segura de que jamas lo conseguirán; y los mismos preparativos que al parecer se hacian para aumentar su brillantéz, serán unos ocultos designios que no atenderán á otra cosa que á romper sus funestos vínculos. Aquel gran número de vírgenes que de todos los estados vecinos habian juntado sus cuidados, servirán para executar mas bien el proyecto de su meditado valor. Ella las instruirá desde luego, las formará despues, y, entregándolas sus intereses, las obligará á que busquen en un pais extrangero las coronas que el cielo las preparaba en él. A mí me parece que estoy hablando quando el zelo la habia transportado ya con sus compañeras á la embarcacion fatal. Me parece que las estoy viendo surcar las olas y arriegarse en una mar peligrosa, ofreciendo al cielo la vida, que de comun acuerdo le habian consagrado. Ved aquí, pues, lo que causa el valor de *Ursula*, y del modo que aleja los empeños y extravíos que pudieran perder á su inocencia. Así, pues, su corazon conservó su inocencia en los mayores peligros, sea evitando las ocasiones que la exponian á ellos, sea menospreciando los

ho-

honores y las riquezas que la servian de tentacion, ó sea, en fin, alejando los extravíos y conexiones que la pierden: luego el corazon de *Ursula* mantuvo su inocencia.

Su inocencia sostenida por su valor, fué, como acabais de ver, el asunto de la primera parte de este discurso. Ahora añado, que el valor de *Ursula* sostenido por su inocencia, compone el de la

SEGUNDA PARTE.

Por mas intrépido y glorioso que sea el valor, no siempre es invencible. Algunas veces sucede, que despues de haber resistido mucho tiempo á los ataques de sus enemigos, se vé obligado á ceder á sus redoblados esfuerzos. El valor de *Ursula* nunca fué de este carácter: lo que una vez se atrevió á emprender lo executó, y saliendo vencedor, supo hacer tal uso de su victoria, que ninguna cosa fué capaz de desbancarla; de suerte, que quanto mas era atacado, perseguido y asestado, mas atrevido, intrépido é invencible se mostraba. Puede decirse, que el furor de sus adversarios le daban nuevas fuerzas. Tan cierto es, que quando la inocencia sostiene al valor, no hay peligro que no menosprecie, obstáculo que no sobrepuje, ni enemigos á quienes no amedrente. ¿Quiénes son aquellos á quienes debe nuestra Heroína combatir y confundir? ¿Son acaso unos hombres que no miran en su triunfo sino la gloria que le debe acompañar? No señoras, no por cierto, el

Tom. IV.

B

va-

valor de *Ursula* pide enemigos mas temibles.

Yo la veo en medio de un ejército de hombres igualmente crueles, avaros, impíos y sacrílegos, que no teniendo de humanos mas que la figura, no conocen las leyes ni las obligaciones. Ved ahí los que la atacan y á los que ella sabe resistir; sobrepujando únicamente sus vanos esfuerzos para caer entre las manos de un monstruo impúdico y sanguinario, que él solo lleva en su corazón toda la ferocidad y rabia de sus soldados juntos. De este modo es, señoras, del que facilitó la inocencia á *Ursula*, lo que al parecer no habia podido executar su valor; de suerte, que siempre superior á los ataques, desechaba las promesas y las alabanzas que engañan al valor, menospreciaba las amenazas y los furios que le intimidan, y sufrió los suplicios y la muerte que le abaten. Oid el por-menor y convendréis con lo que yo digo. Ninguna cosa es mas á propósito para seducir al valor que las promesas y las alabanzas, porque es muy propio en el hombre dexar ir su corazón tras de todo lo que le lisonjea. En este supuesto, ¿que cosa hay mas lisonjera que las promesas y las alabanzas? Estas lo proporcionan todo, y aquellas todo lo hacen esperar: las promesas arrastran, y las alabanzas encantan: ambas son otro tanto mas temibles en quanto menos miedo se las tiene, porque unas y otras hacen esclavos y no felices: estos son dos peligrosos escollos que son casi imposible evitar y se cuida uno muy poco de ello. Digo que son casi imposible evitarlos, porque ambos

en-

engañan con otra tanta mayor facilidad en quanto parece que quieren engañar menos. De esto inferí que nos cuidamos muy poco de ellos.

¿Seria acaso necesario referir aquí los funestos exemplos de aquellos, cuyas promesas y alabanzas han engañado al valor? Mas no, no nos apartemos del asunto. Aunque todos los hombres en general sean susceptibles de promesas y de alabanzas, sin embargo, no se dexó seducir *Ursula* de estos engañosos resplandores: su inocencia era un escudo que detenía los golpes con que queria agobiar el tirano su valor.

¡Quanto desearia yo poder llevar vuestra consideracion hasta las puertas de Colonia! Allí es donde veriais como se encaminaba la Santa ácia el tirano, no con una alma y con un espíritu común, sino con un paso sentido, tranquilo y grave con el que hacia conocer muy á las claras lo superior que era á todos los acontecimientos. Su corazón se transportaba con un secreto regocijo, manifestando en su rostro su contento: todo su exterior respiraba no sé que ayre de magestad, y nunca se manifestó con mas brillantez el resplandor de su hermosura: todo parecia que se volvia en su favor, y hasta la crueldad de su mismo enemigo no podia resistir á tantos atractivos. Lo mismo fué verla que pareció habia ya dexado de ser bárbaro: estaba indeciso sobre el partido que debia tomar, movióse su corazón, suspiraba y amaba el objeto que veía; pero no se lisonjeaba de satisfacer

B 2

su

su ilícita pasión: mas bien temia ser inútilmente consumido por el ardentísimo fuego que alimentaba á su corazón; y que si se atrevia á declararla sus sentimientos le habia de responder, que solo esperaba su petición para negársela absolutamente.

¿Se conducen acaso de este modo, ó criminales víctimas del impuro amor, los christianos de este tiempo? ¿Quantos hay en el, que al paso que deberían extinguirle, mantienen este fuego á costa de quanto se les pone por delante? Pongan los ojos en *Ursula*, y se confundirán. En ella verán á una princesa jóven que menosprecia igualmente, tanto las súplicas como las persecuciones de un apasionado amante: verán que es su valor otro tanto mas inflexible, en quanto los esfuerzos son mayores para vencerle. Sí, señoras, ¿de qué lenguaje no hacia el amor que se valiese el tirano? Tan pronto usaba de una insinuativa dulzura, como de los recursos de una destreza imperceptible: tan breve tributaba incienso á lisonjeros y engañosos, como se valia de magníficas promesas, y al paso que delante de ella alababa su hermosura, elevaba su mérito, aplaudia su valor, y parecia que queria imitar la preciosa inocencia que deseaba destruir; hacia resaltar en sus ojos una fortuna tan asombrosa, una suerte tan elevada y una dicha, tal vez, la mas feliz de quantas se pudiera prometer en la corte del rey su padre.

¡Vanas promesas! ¡alabanzas inútiles! Cesa ingenioso tirano, cesa con tus insinuaciones,

tus

tus armas son demasiado débiles y tu política no es bastante refinada para engañar á un valeroso corazón á quien sostiene la inocencia. Escuchó *Ursula* y conoció el lenguaje con que la hablaba, pero supo desentenderse de él, porque miraba su inocencia como el mayor mérito, y la preferia á los mas distinguidos honores.

¡Que glorioso seria para la Religion si se pensase de este modo en nuestros dias! No solamente se desecharian, como lo hacia nuestra Santa, las promesas y alabanzas que vencen al valor, sino que, á su exemplo, se menospreciarian tambien las amenazas y los furros que le intimidan. Y si el heroísmo padece sus eclipses, ¿que de extrañar es, que algunas veces se intimide el valor? En este supuesto, ¿que cosa hay mas á propósito para conseguirlo que las amenazas y los furros? Convengo en que muchos christianos se han mostrado superiores á la rabia de los verdugos; pero al paso que merecen estos exemplos nuestros elogios y admiracion, son dificultosísimos de seguir, porque no todo christiano es héroe. El hombre siempre es hombre, y desde que empieza á serlo tiene virtudes y flaquezas: es animoso, pero solo hasta perder una vida á quien ama; de suerte, que amenazado con la privacion de este tan precioso tesoro, es muy bastante para intimidarle y hacerle titubear, aunque sea del valor mas heroyco. Tal era el estado en que se hallaba *Ursula* delante del tirano. ¿Pensais acaso que sea su valor menos firme? ¿Creéis que

B 3

ha-

habia de abandonar aquella inocencia expuesta tantas veces y jamas manchada? ¿Os figurais que se habian de amortiguar y afear la blancura de aquellas carnes, á quienes ninguna mancha habia podido deslucir hasta entonces? O, por mejor decir, ¿dexará de hacerla escuchar su inocencia las amenazas mas ciertas, y menos preciar sus inevitables efectos?

Confieso, señoras mias, que me confundo al hablar de un asunto como éste. ¿Como os podria yo hacer ver el excesivo furor de una parte, y el singular valor de la otra? Para hacerlo era menester una lengua mas eloquente que la mia, á fin de que correspondiese á las nobles y sublimes ideas que habeis concebido en vuestro espíritu, y de que pudiese trazaros el exácto plan de tantos prodigios.

Jamas hubiérais visto poner al tirano en uso, como en esta ocasion, la adulacion mas vil, y ocultar con estos engañosos exteriores el bárbaro carácter de su alma cruel é impia, ni nunca mas atento para agradar, encantar y mover al corazon. Quitóse la máscara, desapareció el amor, se manifestó la tiranía, y se dió á conocer el monstruo del mismo modo que lo era en realidad: su aspecto era terrible, centelleaban sus ojos, la cólera se manifestaba en su semblante, y la desesperacion que reynaba en su corazon, se dexaba ya ver patentemente.

El furor de los verdugos parecia un instrumento demasiado débil, para satisfacer su venganza quisiera haber podido reunir para el

el suplicio de aquella jóven vírgen todo quanto la ingeniosa rabia de los mas crueles tiranos habia podido imaginar de mas afrentoso para humillar el valor y constancia de los infinitos y generosos mártires que habian sacrificado. Las prisiones, las cadenas y los suplicios, le parecia que no eran bastantes para apagar su encendida cólera. Buscaba nuevos tormentos para hacer mas digno de él el suplicio, y no contento con que temiese la inocente Princesa las torturas, las calderas de aceyte hirviendo, el fuego y el acero, hubiera querido su ofendido amor hacerla padecer mil muertes en una sola.

¡O funestísimo aborrecimiento producido por un desordenado amor! ¿Es este del modo con que el tirano se lisonjea vencerla? ¿Le parece que ha de vencer por fuerza á aquella que no pudo sujetar con maña? No por cierto: la resistencia contra quien combate será otro tanto mas fuerte quanto él sea mas cruel. Aunque acabe la obra que se habia atrevido á empezar; aunque apague su criminal fuego con una sangre inocente, y aunque pruebe á ver si la imágen de la muerte le consigue una victoria que sus débiles amenazas no le han podido acarrear, no lo logrará jamas. En efecto, señoras, desde aquel instante se le vió que entregaba al furor de los soldados á las compañeras de nuestra Santa: animaba su rabia, y prometia á su zelo impio una recompensa proporcionada á una pronta obediencia, digna de su bárbara liberalidad. Guiados, pues, de la esperanza, se arrojaron como unos

buytres sanguinarios sobre aquellas inocentes palomas, otro tanto mas hambrientos y feroces, en quanto no pudieron satisfacer su brutal apetito. Pero ¿que os parece que hará *Ursula* al ver que se preparan con regocijo para executar el sanguinario precepto de su gefe inhumano? ¿derramará sus inútiles lágrimas sobre la suerte de tantas vírgenes moribundas? No señoras: ella miraba las lágrimas como una señal débil, y lejos de enternecerse su gran corazon con un espectáculo tan terrible y patético, tomó mayor fuerza para exórtarlas á que despreciasen al tirano y sus furioses. Morid, morid, las decia, dignas esposas de Jesu-Christo, que el cielo está esperando de vuestra parte este generoso sacrificio, la muerte os pondrá en posesion de las coronas que os están preparadas. Pero me parece que al estar yo hablando de este modo descubro por una parte los cuchillos y por otra las flechas para penetrar aquellos castos corazones, y hacer que, por una muerte gloriosa, consigan la triunfante palma del martirio. En efecto, aquellas afortunadas víctimas de la inocencia espiraron á los pies de *Ursula*. ¡Que espectáculo tan triste! ¡Todos temblaban, y se estremecian de horror! Solo *Ursula* estaba inmóvil, veía repetida con mil crueldades la imagen de la muerte; sosteníala su valor, y, como estaba su inocencia en peligro, la hacia desear mas bien la suerte de sus compañeras que temerla. Mas no tuvo reparo en declarar al tirano, que si era menester morir, moriria como virgen y como christiana; de tal

tal modo, que en un mismo suplicio reuniria, tanto el triunfo de su virginidad quanto el de su inocencia.

¿Que mejor respuesta que esta? ¿Que cosa mas á propósito para confundir á aquellos hombres débiles á quienes intimida, desconcierta y abate el menor peligro? ¿Que se ha hecho aquel zelo que se advertia en los primeros siglos de la Iglesia? ¿Acaso es hoy menos christiano que lo era en otro tiempo? ¿Pues por que no se reconoce el mismo ardor y el propio valor para defender á nuestra Religion santa? ¡Dichosas una y mil veces aquellas almas escogidas que, como *Ursula*, están prontas á derramar su sangre para mantener sus derechos! Las amenazas, pues, y el furor de los tiranos son inútiles, respecto de que su inocencia hace intrépido é inmutable á su valor: por esta razon menospreció la inocencia de *Ursula* las amenazas y el furor con que querian intimidar su valor. En fin, padeció el suplicio y la muerte, que eran los únicos que le podian abatir.

A la verdad, christianos oyentes, ¿que valor no queda abatido á vista de los suplicios y de la muerte? ¿No es este el valor de aquellos que en medio de una delicadeza detestable gozan dias tranquilos y alegres? O por mejor decir, ¿no es el valor de los que trayendo una vida arreglada desempeñan perfectamente las obligaciones de su estado? Ah! ¿quantos se hallarán entre ellos á quienes espante solo la vista del suplicio? Esto es tan cierto, como que la imagen de la muerte es en al-

algun modo terrible al valor mas heróyco, necesitándole de tal condicion que le sostenga la inocencia para menospreciar con él todos los horrores. Contemplad á nuestra Santa con estas qualidades.

Dióse por fin la cruel sentencia, y se encaminó á la muerte aquella generosa virgen, á quien ni el mundo ni sus atractivos habia podido vencer, ni las súplicas ni las amenazas hecho titubear. A morir va aquella brillante flor en la aurora de sus primeros dias, y con su muerte dará á todo el universo la mas hermosa señal de un valor igual al que se descubre en los héroes mas célebres.

No tiene Roma que alabar ya la generosidad de Lucrecia, cuya accion aunque insigne no puede compararse con el valor de *Ursula*, sin ser obscurecida, manchada y anadada, porque en esta admiró un valor inocente y santo, al paso que en aquella no encuentro mas que una orgullosa y ambiciosa generosidad. No solamente me atrevo á colocar su valor sobre el de todos los mundanos, sino que le comparo tambien al de los mártires mas ilustres que reconoce la christiana Iglesia.

¿Que han hecho, pues, estos héroes que no se pueda admirar en nuestra Santa? Ellos han sufrido y sido perseguidos por la gloria de Dios, pero, ¿quantas persecuciones sufrió *Ursula*? Y ¿por quien las padeció sino por Dios? Es cierto que aquellos grandes hombres murieron con valor; pero poned los ojos en nuestra Heroína y la vereis sobre un sangrien-

to

to teatro, quiero decir, sobre los cuerpos de sus moribundas compañeras. Allí es donde esperaba el golpe que debía unirle á su divino Esposo, allí es donde animando su inocencia al valor, parecia quejarse de la lentitud y tardanza de la muerte: allí es donde hacia temblar la impiedad del tirano, y donde resistia con mas fuerza que nunca las caricias y furores que alternativamente empleaba para vencerla, y, en fin, allí es donde por un semblante risueño hacia dudar, si la era mas agradable la muerte que la vida.

Mas, ¿para que me detengo en decirlo? Ya hizo la fatal señal una mano audaz y sacrilega: ya veo correr la sangre desde los brazos de *Ursula*, cuya inocencia y nobleza debieran haber sido respetadas. ¡Oxalá que con esta accion se hubiera contentado el furor del tirano! Pero no oyentes míos: á esta primera accion se siguió otra que penetró su amable corazon: á aquel corazon á quien los atractivos del amor habian hallado inaccesible: á aquel corazon noble en sus inclinaciones, generoso en sus sentimientos, dilatado sin ambicion, elevado sin orgullo, tierno sin baxeza, condescendiente por bondad é inflexible por su Religion: á aquel corazon discreto, sincero, desinteresado y constante; en una palabra, á aquel corazon adornado de todas las virtudes y libre de todos los vicios.

Esto es hecho: ya no hay ninguna esperanza: cae *Ursula* y espira. ¿Espira? ¡O gran Dios! ¡que confusion para el paganismo, que gloria para la Religion! ¡Triunfar una virgen

gen

gen jóven de las promesas y de las alabanzas, de las amenazas y de los furoros, de los suplicios y de la propia muerte! ¡Que prodigio! Si, señores, de este modo sostuvo la inocencia de *Ursula* á su valor, despues que este mantuvo su inocencia.

Perdonad, gran Santa, perdonad de que yo haya desempeñado tan mal vuestro elogio; perdonad mi temeridad, y no desecheis la súplica que os hago al concluirle por una casa que os es tan amable, quanto especialmente está consagrada á vuestro nombre. Conservad en sus superiores aquel maravilloso conjunto de todas las preciosas qualidades que exige su empleo. Conservad en un director el zelo prudente y activo que pide su ministerio. Conservad en todos los individuos de este gran cuerpo, aquel espíritu de humildad, de abnegacion y de santidad que requiere su estado. Conservad en esta brillante juventud aquella inocencia, sabiduría y amor que se la inspira ácia la virtud. Comunicad conmigo á todos mis oyentes un ardiente zelo por los intereses de la Religion y la gloria de Dios, para que despues de haberos imitado en la tierra podamos acompañaros en el cielo. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN CARLOS BORRROMEO,
Cardenal Arzobispo de Milan:

PREDICADO

El dia de su fiesta en la Iglesia Parroquial de San Salvador.

Obsecro ut fiat in me duplex spiritus tuus. Os suplico depositéis en mi vuestro duplicado espíritu. *IV. Regum, 2. 9.*

El duplicado espíritu que pide Eliseo con tanto encarecimiento á Elías, es un problema que se ha suscitado muchas veces y jamas se ha resuelto. Mi designio no es el de determinar las variaciones de los intérpretes: me contento solo con representarme á aquel profeta como el vengador severo de la iniquidad, ó como el libertador de un pueblo afligido. La firmeza y ternura de un zelo siempre prudente, me parece que son las qualidades que forman

gen jóven de las promesas y de las alabanzas, de las amenazas y de los furoros, de los suplicios y de la propia muerte! ¡Que prodigio! Si, señores, de este modo sostuvo la inocencia de *Ursula* á su valor, despues que este mantuvo su inocencia.

Perdonad, gran Santa, perdonad de que yo haya desempeñado tan mal vuestro elogio; perdonad mi temeridad, y no desecheis la súplica que os hago al concluirle por una casa que os es tan amable, quanto especialmente está consagrada á vuestro nombre. Conservad en sus superiores aquel maravilloso conjunto de todas las preciosas qualidades que exige su empleo. Conservad en un director el zelo prudente y activo que pide su ministerio. Conservad en todos los individuos de este gran cuerpo, aquel espíritu de humildad, de abnegacion y de santidad que requiere su estado. Conservad en esta brillante juventud aquella inocencia, sabiduría y amor que se la inspira ácia la virtud. Comunicad conmigo á todos mis oyentes un ardiente zelo por los intereses de la Religion y la gloria de Dios, para que despues de haberos imitado en la tierra podamos acompañaros en el cielo. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN CÁRLOS BORROMEIO,
Cardenal Arzobispo de Milan:

PREDICADO

El dia de su fiesta en la Iglesia Parroquial de San Salvador.

Obsecro ut fiat in me duplex spiritus tuus. Os suplico depositéis en mi vuestro duplicado espíritu. *IV. Regum, 2. 9.*

El duplicado espíritu que pide Eliseo con tanto encarecimiento á Elías, es un problema que se ha suscitado muchas veces y jamas se ha resuelto. Mi designio no es el de determinar las variaciones de los intérpretes: me contento solo con representarme á aquel profeta como el vengador severo de la iniquidad, ó como el libertador de un pueblo afligido. La firmeza y ternura de un zelo siempre prudente, me parece que son las qualidades que forman

man su carácter: en este mismo me parece que he de descubrir tambien el del ilustre pontífice, patrono y modelo vuestro. *Obsecro ut fiat in me duplex spiritus tuus.*

En el tiempo de supersticion y de idolatría, hizo conocer Elías á los pueblos sus extravíos, confundió á la orgullosa impiedad, castigó la audacia de los rebeldes, y sepultó á los falsos Dioses entre las ruinas de sus templos. En el de calamidad apaciguó al cielo irritado, disipó el contagio, é hizo producir la abundancia en el seno de la esterilidad. A este modo detuvo *Cárlos* en un siglo lleno de errores y de libertinage los progresos de la heregía, reparó las ruinas del santuario, restableció el vigor de la disciplina y corrigió la depravacion de las costumbres. Con este motivo llegó á enfermar en aquel tiempo de afliccion y de miseria, y se vió reducido á la mayor pobreza. Al propio tiempo fué el apóstol y el padre de su pueblo. El apóstol por la firmeza de su zelo: el padre por la ternura tambien de su zelo. En breves palabras:

De un zelo firme, que le hizo superior á las mas penosas fatigas del Episcopado. *Punto primero.*

De un zelo tierno, que le hizo superior á las pruebas mas rigurosas de aquella dignidad. *Punto segundo.* Imploremos, &c.

PUNTO PRIMERO.

El sostener la unidad de la Iglesia contra los que la dividen: su disciplina contra los que

que la violan; y su santidad contra los que la corrompen, son los deberes y principales obligaciones del Episcopado. Para desempeñar estos cargos, es menester un zelo firme, animoso é infatigable, un zelo cuya actividad se preste á todo, cuya vigilancia todo lo remedie, y cuya sabiduría de todo triunfe. En una palabra: es menester un *Cárlos Borromeo.*

Movido este de Dios en los tiempos antiguos para defender la gloria y sostener los intereses de la Religion, correspondió fielmente á su vocacion. De empeñó y honró su ministerio. Vencedor de la heregía, restaurador de la clerecía y reformador del claustro, son tres qualidades que fixan la idea de mi discurso: ella descubrirá todos los caractéres de un zelo firme que hace á *Cárlos* superior á las mas penosas fatigas del Episcopado.

Yo, señores, no puedo pintaros el zelo con que combatia este Santo á la heregía, sin recordaros aquellos tiempos en que elevándole Roma al grado de gloria mas alto, creía ver ya en él el mas firme apoyo de la Iglesia: parecia que su autoridad no se habia adelantado sino para avanzar tambien en los trabajos de su apostolado.

Esto no consistió en uno de aquellos precipitados arranques de la ambicion, á quienes aprueba el mundo y la Religion condena: no es tampoco una rápida fortuna, obra del favor y no del mérito. La política no tuvo parte alguna en su elevacion. Si advierten en él los hombres sus talentos, yo admiro el

sabio discernimiento que determinó la elección de su bienhechor. La sangre de los Borromeos, y la qualidad de sobrino de Inocencio Quarto, pudieran muy bien haber inclinado á este á su favor.

Pero nada menos que eso: en él solo recompensó lo que hubiera premiado en otro qualquiera. Una tierna piedad, una prudencia reconocida, unos talentos experimentados, un espíritu arreglado, y exácto, una caridad cuyos primeros ensayos fueron milagrosos, un pudor victorioso en medio de la luxuria, y toda la Universidad de París fueron los títulos que movieron y justificaron el nombramiento del soberano Pontífice. La Iglesia los vaticinaba favorablemente. No tardará *Carlos* en hacer ver, que si la Iglesia le colma de honores ántes de tiempo, tambien es capaz de desempeñarles y merecerles ántes de esperarles.

Ya me parece que le estoy viendo brillar sobre el crítico teatro en donde está la virtud otro tanto mas expuesta en quanto es menos conocida: donde á pesar de la autoridad, atenta siempre para destruir el vicio, se enmascara éste y se sostiene: donde á pesar de la sabiduría que destruye los proyectos de la ambicion, estudia ésta el modo de salirse con sus artificios y sabe á costa suya conseguir sus esperanzas; y, en fin, donde á pesar de que continuamente se procura descubrir la hipocresía, se cubre ésta con el especioso pretexto de servir á la Religion.

Veía nuestro Santo el peligro y le sabia
evi-

evitar. Rehusaba los honores que buscan los demas. Mas respetado por la brillantia de su virtud que por la de la púrpura, le repartia el peso de la Tiara, y no acertaba á valerse de la autoridad. Admiraba Roma su profunda capacidad en el manejo de los asuntos. Y el mundo entero aplaudió muy en breve los prodigios de su zelo. Debía edificar á la Iglesia antes que defenderla.

Jamas hubo siglo tan fatal para esta como el décimo sexto. Con las apariencias de una pretendida reforma, llevaron por todas partes dos monstruos, vomitados por el infierno, el espíritu de sedicion y de rebeldia. El uno que era audaz y temerario, no seguia mas que el impetuoso zelo de su natural, y lo llevaba todo tras sí por la vehemencia de sus discursos. El otro, que sin ser menos ambicioso era mas reservado, y estaba siempre sumergido en la amargura de una fatal melancolia, seducia á los pueblos con la falsa apariencia de una regularidad severamente afectada. Sostenedos ambos por los potentados que se interesaban en la turbacion y reposo de la Iglesia, se atrevieron á amenazar la Religion con su entera ruina.

En vano promulgó Roma sus excomuniones, porque parecia que el error retañaba de entre sus cenizas. Estando ya al pie de los Alpes con un aspecto temible, se prometia infestar al Vaticano con el veneno con que habia corrompido á Francia y Alemania. ¡Qué proyecto tan quimérico! La Italia es para el error una muralia inexpugnable. Los decretos

de Roma no pudieron detener sus rápidos progresos. Mas el oráculo de un concilio general le va á precipitar al centro de las tinieblas de donde ha salido.

¡Oh altos juicios de la divina Providencia! ¿Por qué fatal retraso hace titubear esa suspendida resolución entre el error y la verdad? Trento veía que despues de diez y ocho años que había sido el teatro de un Concilio, interrumpido muchas veces y jamas concluso, que tan pronto se detenian sus Padres por los intereses de los potentados, como eran interrumpidos por las intrigas de los hereges, se vieron siempre obligados á pensar sin juzgar, y á tratar sin resolver.

Gemia la Iglesia, esperaba el mundo y se multiplicaba la heregia. ¿Quién será, pues, el libertador de Israel? ¿Quién el hombre de prudencia tan consumada, de tan extenso poder y de zelo tan firme, que baste para conciliar los espíritus, vencer los obstáculos, emprender, seguir y acabar una obra en la que se agotaron los mayores ingenios del mundo?

Reconoced, oyentes míos, reconoced en *Cárlos* ese hombre tan preciso y digno de estimación. Sí, señores, allí es donde empezó á descubrirse aquel zelo siempre firme y severo, que acarreó á nuestro Santo tantos sucesos: aquel zelo que hizo estremecer á la profana novedad hasta en sus mismos atrincheramientos. Lo primero en que empezó á usar de su autoridad fué en favor de la Religion. Como solo se la debía á la Iglesia, no queria valerse de ella sino en su beneficio. Una deter-

terminacion como esta exigía trabajos y fatigas; pero había formado ya su corazon tan generosos sentimientos, que nunca igualarian aquellas á la constancia de su valor. Quantos mas obstáculos se le presentaban, mas bien empleaba su crédito para vencerles.

Desde luego empezó su zelo con oraciones, súplicas, vigiliias y ayunos, haciendo que el cielo y la tierra se interesasen en el suceso de su empresa. Empezó á trabajar de este modo, pero fueron en vano todos sus esfuerzos. No tardó mucho en mandar, porque como Arzobispo, Cardenal y Nuncio del Papa procuraba mantener su distinguido lugar. Empleaba por los intereses de la Iglesia la autoridad que sabía menospreciar por los suyos propios. Todo se sujetaba á su poder, y él solo arreglaba un Mundo entero. Concluyóse el exámen de aquellos puntos tan difíciles: llegó el caso de sentenciar sobre ellos: reuniéronse unánimemente los votos: concluyóse el Concilio: quedó el cielo satisfecho: triunfante la Religion; y proscripta y fugitiva la heregia, dió á entender con su ódio que reconocia á *Cárlos* por su vencedor.

Ya me parece, oyentes míos, que sin haber referido todavía mas que las primicias del zelo que empleaba nuestro Santo contra los enemigos de la Religion, le admirais y contemplais como el apoyo de la Iglesia. Pero, ¡quán distante se halla su corazon de concebir una idea tan favorable! Jamás hizo caso de los importantes servicios que consiguió á la Iglesia, ni de los que nuevamente la podia

todavía acarrear. Aunque es cierto que la herejía se hallaba debilitada, no estaba extinguida. Sin embargo la hizo *Cárlos* conocer lo que debía temer de la intrepidez de su zelo. Si es necesario todavía descargar sobre ella nuevos golpes, él la sabrá perseguir, confundir y anonadar. Pero ¿qué es lo que digo? Buscará solamente el medio de volver al rebaño las ovejas extraviadas, é irá á encontrarlas hasta las extremidades de su Diócesis. Persuadirá á los unos con su eloquencia y ganará á los otros con su dulzura: por todas partes quebrantará la cabeza de aquel monstruo fatal, y hará que se siga la union á la revolucion, la calma á la tempestad y la paz á la guerra.

Mas, ¿por qué me he de detener yo en estos primeros sucesos? Ya me llama la consideración á una nueva encadenacion de trabajos, y se abre su zelo otra carrera muy diversa, y á que su inclinacion le llevaba mucho tiempo hacia. Bien hubiera querido separarse del tumulto de la corte, pero le detenía en ella su obligacion. Rompiéronse, por fin, estos respetables vínculos, y, como dueño de sí mismo, hizo que sirviese su libertad á su zelo. Su exactitud no aguantaba dilacion alguna; y el Apóstol de la Iglesia universal consagró su apostolado á la de Milan. El vencedor de la herejía llegó á ser el restaurador de la disciplina. Ya no podía Roma detenerle, porque estaba en Milan su corazon, y se creía mas necesario á su pueblo que á la Iglesia. Esta tenia sin él sus apóstoles, y si

no iba se hallaba su pueblo sin pastor. Aunque era el campo ménos dilatado podia muy bien estar lleno de abrojos. No hagamos aquí mencion de lo que á *Cárlos* no se le puso por delante en lo que iba á buscar. ¿Qué contraste se ofrecería á nuestra vista? ¿Diré yo acaso que era el de su persona misma? El propio no se habia formado mas que una idea débil de los inmensos trabajos que le esperaban. El espectáculo que advertia su consideracion le admiraba. ¿A quién no habia de admirar?

¿Qué ciudad habrá en donde la licencia de las armas y la ausencia de los pastores no autorice todos los desórdenes; el olvido de la Religion no motive la depravacion de las costumbres, y la libertad de satisfacer las pasiones no alimente el fuego que las irrita? ¿Qué ciudad donde la voluntad de los particulares no forme la disciplina general de las costumbres: donde se obedezcan las órdenes de qualquiera, sino hay ninguno que mande; y en donde se observe la ley, si esta consiste en que ninguno la guarde? ¿Qué ciudad en donde no se vea sepultada la clerecía en una detestable ociosidad, devorada por el fuego de la ambicion y sumergida en las tinieblas de una presuntuosa ignorancia; donde no se piense en hacer que valgan los abusos de los ministros por los derechos del ministerio, y en donde no se sacrifique impunemente la obligacion al placer y la Religion al interés? Sí señores: todo quanto yo pudiera decir en general de las ciudades del Mundo, no

sería suficiente para pintaros el retrato de Milán. Yo he trazado la desenfadada imagen de una nueva Nínive: si el entendimiento ha concebido la idea, no es menester que la exprese la lengua.

¿Se ensoberbecerá *Cárlos* á vista de tal desorden? No por cierto; porque si su corazón es tierno, su valor se inflama y se anima á vista de él: gime sin abatirse: teme sin desesperar; y reconociendo la iniquidad la emprende, combate y destruye. *Persecutus est iniquos, perscrutans eos* (1).

Ya le hubiera querido el ardor de su zelo transportar á todas las partes de su Diócesis, y arrancar de todos los corazones los pensamientos viciosos, introduciendo en ellos el amor á la virtud. Pero sabia que el torrente que arrastra á los pueblos al precipicio es el exemplo de los pastores. Atacaba al mal desde su principio, y encargaba la difícil aunque necesaria reforma de su clerecía. *Persecutus est iniquos, perscrutans eos*.

Si para restablecer la disciplina hubiera sido solo suficiente el proponer un perfecto modelo, no hubiera tenido que hacer otra cosa que manifestarse al público. Como exácto observador de las leyes que queria prescribir, ofrecía en su conducta señales de la mas eminente santidad. Ya se le habia visto renunciar por inclinacion al luxo, en el que habia tocado forzadamente. Ya tambien sacrificar las riquezas al desinterés, y la gloria á la hu-

(1) I. Machab. c. 3. 5.

mildad, estando desterrado el fausto de su palacio y la vanidad de su corazón. Como prodigio de su mortificacion se le habia visto observar la vida de un solitario penitente en medio de los trabajos del apostolado. ¿Pero qué puede el exemplo quando el vicio ha echado tan profundas raíces en los corazones? En este caso, es menester valerse de alguna otra cosa mas eficaz y persuasiva. Atrincherada la iniquidad en el santuario, no es extraño que siempre se defendiese desde él: ¿qué intrepidez de zelo no se necesita para arrancarla? Si señores: en este zelo intrépido es en el que encontró *Cárlos* poderosas armas para derrotar completamente á la iniquidad. ¡O qué maravillas se me representan en este solo hombre! Me parece que en él veo reunidos los esfuerzos y la virtud de muchos.

En la cátedra de la verdad era un Ambrosio. Presentarse en ella, hablar y convencer, era para él una misma cosa. Tan pronto bosquejaba una viva pintura, como admiraba y hería con la fuerza de su eloqüencia; pero la santidad de sus exemplos sostenian la vehemencia de sus discursos: este es el encanto vencedor que arrastra al camino de la penitencia á los que se juzgaban exéntos de practicarla porque la predicaban á los demas. Tan pronto hacia ver la grandeza y excelencia del sacerdocio, porque solo realzaba su brillantéz por recordar mas bien los debéres que exigía. El fin que se proponía en explicar á los ministros de Jesu-Christo lo que eran, no tenia otro objeto que el de enseñarles lo que debian de ser.

¿Qué es lo que advertimos, pues, quando desde la cátedra de la verdad pasó á ser cabeza de los concilios provinciales y de los sínodos diocesanos? Sucesos aun mas brillantes. Nada ménos que seis concilios provinciales y doce sínodos diocesanos se celebraron en su tiempo: ¿dónde se habrá visto jamas diócesis que cuente tantos? ¿Y los ha visto la Iglesia mas útiles? Si yo pudiera trasladar vuestro espíritu en medio de aquellas augustas asambleas, verais á *Cárlos* en ellas como oráculo y alma de tan venerable cuerpo. Allí admiraba con la extension de su ciencia, encantaba con su justo discernimiento, y triunfaba con la firmeza de su zelo. Ningun abuso se escapaba de su censura, ni ningun reglamento de su vigilancia. Era hábil para descubrir los privilegios sabiamente autorizados, y atento para cortar los usos fraudulentamente introducidos. En los estatutos que hizo componer, dexó una idea cabal de la disciplina Eclesiástica, y en sí mismo ofreció un perfecto modelo.

¿Acaso es ménos admirable en las conferencias particulares que al frente de los concilios? Hablad, ministros del señor, hablad y dad ahora un testimonio de su zelo para que todo el mundo sepa, que siendo siempre rebeldes á la gracia, prometisteis seguirla contra vuestra fatal ceguedad: decidnos, pues, el medio tan maravilloso é invencible de que se valió para sacaros de ella; y hacednos ver, en fin, como en el secreto de una conversacion familiar supo moveros, convenceros y conver-

ti-

tiros. ¡Cuán convincente es su language! ¡Cuán insinuativa y firme su caridad! El sabia intimidar siendo afable, y como hombre que poseia, digámoslo así, todos los talentos, les empleaba para ganar ácia sí todos los corazones.

Pero no siendo bastante para traer á la santidad de su estado á los hombres que estaban ligados al ministerio, era menester disponer para este á los que aun no estaban unidos á él. ¿Por cuántos diversos prodigios resplandeció en esta obra el zelo de *Cárlos*? Milan vió con asombro levantarse á un mismo tiempo tres establecimientos dirigidos, por decirlo así, por las manos de la Religion. ¡Asilos respetables, en los que puesta siempre en movimiento la virtud se forma, se sostiene y se perfecciona; y en donde tanteados siempre los talentos se ejercitan por emulacion y triunfan sin envidia! ¡Qué espectáculo para la Iglesia ver levantarse así á la sombra del santuario á una piadosa juventud, que desde los principios es la esperanza, y despues el ornamento del sacerdocio! De este modo prepara el tiempo á la Religion, mediante el zelo de *Cárlos*, pastores capaces de sostenerla con su doctrina, de defenderla con sus trabajos y de ilustrarla con sus virtudes. Aun el dia de hoy forman estos multiplicados establecimientos la admiracion del mundo, reproduciéndose en ellos el espíritu de nuestro Santo, y perpetuándose su zelo.

Yo estaba discurrendo el modo de manifestaros que jamas habia decaido su espíritu, quan-

quan-

quando veo detenida mi reflexion con las nuevas maravillas que la asaltan. Olvidándoseme lo pasado, y poniéndoseme delante lo presente, no puedo ménos de ver á *Cárlos* en medio de los trabajos mas penosos. Advierto que con pasos agigantados camina de combate en combate; y que en la rapidez de su carrera, se avanza á los mayores peligros, rompe los diques y se abre camino por entre los mismos obstáculos que le debian detener. Mas rápidas sus conquistas que mi imaginacion, apenas me dexan el gusto de seguirle. Lo mismo fué presentarse en los templos que verse decorados sus altares con mas magnificencia, celebrarse los divinos oficios con mas decencia y aplicarse con mas constancia los pastores. Y así que se dexó ver de su clerecía, se advirtió una reforma universal, y que se emprendia por zelo lo que antes se hacia por interés, escusándose de hacer por Religion lo que se habia executado por costumbre. Lo propio fué oírle en Milan, que cesar los escándalos, cerrarse los teatros y mudarse en religiosas prácticas de devocion aquellas ridículas diversiones que precedian al tiempo destinado á la penitencia. Si señores: al presentarse desaparecía la iniquidad, y no quedaba del vicio otra cosa que el sentimiento de haberse entregado á él, y la resolucion de no volver jamas á abrazarle. Hablaba, y la fuerza ó dulzura de sus palabras, sujetaban igualmente el orgullo de los grandes y la preocupacion del pueblo. En una palabra, por los sabios reglamentos que estableció en la clerecía, hizo tomar

mar á Milan un nuevo semblante. La reforma de los pastores produce la conversion del pueblo, y así, valiéndose de la prudencia y firmeza de su zelo, manifestaba nuestro Santo el vicio, y descubria hasta sus mas profundas raices. Por todas partes se levantaba la disciplina de la Iglesia con los despojos de las costumbres que la destruían. *Persecutus est iniquos, perscrutans eos.*

Aun quedaba una obra mas delicada qual era la reforma de los Religiosos. No hay duda alguna, que en el silencio del retiro y en lo interior del claustro deberia brillar mas particularmente la piedad, como que está distante del bullicio del mundo y mas íntimamente unida con Dios, debiendo gozar por lo mismo con los fervores de la contemplacion de un cielo anticipado, y dexar el hombre de serlo en aquellos sagrados lugares. Pero es tal la inestabilidad de las cosas humanas, que no subsisten algun tiempo sino para venir mas breve á su decadencia, degenerando insensiblemente el primitivo fervor, sucediéndose la relaxacion á la exáctitud y experimentando el sol sus eclipses y la virtud sus sombras. ¡Ah! ¡y qué espesas están las nubes en donde se halla sepultada la piedad del claustro.

Los religiosos abrazaban una regla que no seguian. Hábiles para dar á los votos una interpretacion favorable á sus intentos, dexaban á sus sucesores el cuidado de desempeñar los debéres. La lúgubre apariencia de la pobreza se habia destruido con una opulencia brillante. Siendo muy poderosos los superiores para man-

mandar, eran demasiado débiles para hacerse obedecer; y se veía muchas veces, que tímida la autoridad tenía que ceder á cada paso en qualquier particular. De aquí procedía la indiscreta libertad, el trato sospechoso, y los vergonzosos excesos que se cometían; y como siempre se comunica el contagio, hasta aquellas mismas conquistas de Jesu-Christo á quienes parecia separar una impenetrable muralla del mundo perverso, se resentían tambien de la depravacion. Ya no se conocían aquellas timoratas conciencias á quienes la sombra de una ligera imperfeccion hacia devotamente temer, ni había tampoco aquellas almas abrasadas en el amor divino, cuyos castos suspiros atraían la complacencia de Dios. El torrente de iniquidad había quebrantado las barreras que parecían salvar á aquellas preciosas palomas de las persecuciones del seductor enemigo. Sicilia, pues, había hallado en el claustro corazones susceptibles á sus encantos. Al abrigo de un supuesto privilegio se sostenía el escándalo y triunfaba hasta en los lugares profanos. El vicio consagrado por la religion se atrevía á producirse sin atender á que se ruborizaba la piedad y murmuraba de ello el mundo. Ya sabemos que en este no siempre se tiene á gran dicha el ser virtuoso; pero se desea que lo sean los demas, y sobre todo aquellos á quienes su profesion les obliga á ello.

Yo creo que miéntras hago esta relacion está vuestra consideracion conociendo en *Cárlos* los medios de que se había de valer su

zelo para arrasar esta tierra ingrata. Arrebatado con una santa indignacion, hubiera desgajado los mayores golpes, si solo siguiera los primeros impulsos de su ardor. Entró armado de un cuchillo vengador en los oscuros retiros; pero imitando el exemplo de Dios, que siempre es tardo en castigar, buscaba los medios de confundir al pecador, y le exhortaba, rogaba y amenazaba para atraerle á su verdadero conocimiento. Reprimia la indocilidad si se resistía: detenía el orgullo si se rebelaba, y sufría y confundía al furor si se armaba contra él. ¿Era, pues, necesario para sujetar á los espíritus sistemáticos hacerles experimentar los efectos de un saludable rigor? Sabia con exemplos de severidad intimidar á la audaz rebelion. ¿Era menester para fixar á los espíritus débiles é inciertos, usar de mil trazas juiciosas? Sabia con el atractivo de una conducta pacífica terminar su fatal irresolucion. Inflexible algunas veces, condescendiente otras y siempre prudente, ninguna cosa había que se resistiese á su zelo, ni dexase de mudar de semblante.

Reedificóse el claustro con sus propias ruinas, substituyeron puntualmente las nuevas Ordenes á las antiguas. Disputábanse todos á porfia la mas exácta regularidad. La emulacion reunió la ciencia al fervor. Y ¿qué mas diré yo? No tardaron en verse salir del centro de aquellos retiros predicadores zelosos, directores llenos de prudencia, apóstoles animosos, prelados humildes en medio de la gloria, y tambien un Papa, cuya exáltacion se la

la debió solo á *Cárlos*. Pero me engañio: la debió á su profunda capacidad, á sus superiores talentos y al heroísmo de sus virtudes. Como prodigio de santidad habia sido ya el ornamento del claustro antes que se acordase nuestro Santo de emprender su reforma.

¿Qué podremos ya añadir á lo dicho? La eleccion de un soberano Pontífice confiada á la sabiduria de nuestro Santo, su eleccion, la colocacion de Pio V. sobre el trono de San Pedro y su gobierno. Con estos asuntos acabaría el de *Cárlos*, sino me hubiera propuesto mostrárosle en medio de las pruebas despues de habérsle presentado entre las fatigas. Esta es mi

SEGUNDA PARTE.

El Episcopado tiene sus pruebas. La divina Providencia sujetó á ellas á todos los estados y condiciones, para hacer conocer á los hombres que dependen todos de un mismo señor, y dar á entender á los que eleva que les puede abatir.

Sino miráramos mas que las apariencias y la brillantez del Episcopado, era muy fácil dexarse alucinar con el resplandor que le rodea. Mirado un Obispo en este concepto, se le puede colocar entre la clase de los Dioses de la tierra. Ensalzado sobre los demas hombres, goza ya de las glorias de la felicidad. Mas quando, sin embargo de esta nube obscura, se penetra el velo misterioso; y quando desentendiéndose de aquel exterior que habia sorprendido, se penetra el interior que

no

no se habia podido descubrir; ¿quántos abrojos y espinas se encuentran en aquella tierra que solo se creía estar sembrada de flores?

Mas ¿qué es lo que veo? Por un lado se me presenta un pueblo rebelde que sacude el yugo de la subordinacion, y vuelve contra su pastor las manos que este habia llenado de beneficios. Por otro al mismo Dios que castiga este pueblo rebelde, y que con esta fatal venganza experimenta mas claramente la virtud de un pastor fiel. ¿Qué opondrá, pues, este tierno padre á esas diferentes pruebas? Desarmará á Dios y á los hombres á un mismo tiempo: en las persecuciones sujetará á los rebeldes con su paciencia: en la calamidad obligará á los ingratos con nuevos beneficios. Sin nombrar á *Cárlos* he delineado ya su retrato. La idea de un zelo paciente que todo lo sufre, y de un zelo generoso que todo lo sacrifica, es natural y sencilla. Pero aquí la superioridad de las acciones suple la brillantez de la eloqüencia.

El representaros á nuestro Santo como el modelo de un zelo tierno, y de una invencible paciencia, ¿no es un contraste entre el caracter de dulzura y de severidad que parece distinguirle? ¿No me criticaréis ya de que confundo su elogio con el de Francisco de Sales? Tal vez habreis creído hasta ahora que el espíritu pacífico del uno, y el inflexible espíritu del otro no podian ser comparados; pero es fácil daros todas las señales en contrario. Ambos son al mismo tiempo dulces y severos: severos para sí mismos, y dulces pa-

ra

ra los demas. Ambos tuvieron contradicciones que padecer y persecuciones que sufrir. Vosotros me direis, que el uno amenaza y centellea, y que el otro advierte y se insinúa; que *Cárlos* persuade y atrae, y que Francisco mueve y cautiva: mas por lo que hace á mí os diré, que ambos oponen la paciencia á la rebelion, el silencio á la calumnia, los beneficios á los ultrages, el amor al ódio: os diré, que ambos intimidan al herege para convertirle, excomulgan al pecador para ganarle; y, en fin, os diré, que siempre fué una tierna caridad el principio de su conducta, la regla de sus acciones y el garante de sus triunfos.

En efecto, ¿que viene á ser un prelado sin esta tierna caridad y sin este zelo paciente? A la verdad, que es un prelado indigno de serlo. El prelado siempre debe llevar en su corazon al pueblo de que es padre, á la clerecía de quien es guia, á los grandes de quienes es cabeza y á todos los cuerpos y estados de su Diócesis, de quienes es el alma. El prelado no debe tener otro enemigo que á sí mismo con sus mas injustos agresores: no tanto debe ver delinquentes que merezcan su venganza, quanto desgraciados á quienes deba perdonar. El primer carácter del zelo es la caridad: el primer carácter de la caridad es la paciencia. *Charitas patiens est* (1).

Yo entiendo que describiéndoos las obligaciones de un Obispo, os pongo de manifi-

(1) I. Cor. 13. 4.

fiesto su episcopado. Invectivas malignas, quejas injustas, libelos infamatorios, ultrages sangrientos, procederes indignos, atentados sacrilegos, y yo no sé quantas mas cosas sufrió *Cárlos*; pero debo advertiros, que por la caridad todo lo aguantó. *Charitas patiens est.*

El primero que se atrevió á armar contra el zelo de nuestro Santo fué un pueblo rebelde. Unos hombres que se interesaban en condenar sus empresas, porque eran su primer objeto: unos hombres enemigos de la virtud, porque era contra su conducta, fueron justamente los críticos y malignos espíritus que desde luego se dieron á conocer y extendieron sus censuras. Como eran hábiles para sorprender á la credulidad con apariencias de Religion, prestaban á la calumnia todo el colorido del zelo, y lograron que hasta la misma Iglesia les sirviese para su venganza. La reforma que *Cárlos* habia emprehendido en la suya la tenían por una novedad temeraria; y con este motivo se atrevieron á persuadir á los pueblos, que quebrantar unos pretendidos privilegios era usurpar los derechos del ministerio. Estas primeras diligencias causaron muy en breve otras todavía mas perjudiciales. La preocupacion sostenida por la imposura, solo veía en el zelo de nuestro Héroe indiscrecion; en su exáctitud severidad; en su caridad política; en su penitencia ostentacion, y en toda su conducta afecracion é hipocresía. Mas esto no era aun bastante, y así la víctima del jengafio lo llegó á ser tambien del furor. Todo se dirigia contra nuestro Santo.

Aquí ¡ó qué espectáculo! se atrevió una mano comprada por el crimen á detener al Santo Arzobispo á la puerta de su misma Iglesia. Mas convertido y mudado el corazon de su enemigo, no tardó en ser el primero que le franqueó la entrada del santuario. Allí ¡qué audacia tan nueva é inaudita! no se detuvo un pie sacrilego en hollar los respetables decretos del santo pastor. Pero desarmado el enemigo por la dulzura de *Cárlos*, se entregó muy en breve á la reflexion y reparó su crimen con tanta publicidad como le habia cometido.

Y tú, depositaria de los sagrados oráculos, tú que no debes servir sino para la explicacion de los santos misterios, para censurar el vicio y elogiar la virtud, tú digo, ó dichosa cátedra de la verdad, serviste tambien á los horrores de la calumnia. Un ministro prevaricador, debe á costa de la caridad hacer que brillen las sales de su ingenio en un discurso destinado á combatir la injusticia: aún él propio viene á ser injusto si con su travesura muda los colores del retrato, porque sabe ha de hallar en los espíritus una preocupacion favorable: se cuenta otro tanto mas seguro del sucesos en quanto pinta á *Cárlos* al igual de sus enemigos, y habla con otro tanto mas atrevimiento quanto mejor concibe que la caridad de este Santo nunca se ha de vengar, sino que ántes bien siempre ha de estar pronta para perdonar.

Pero el ódio debia llevar mas allá de Milan sus injustos procedimientos: hasta en la cor-

corte de Roma y de Madrid supo introducir sus especiosas quejas. En esta se le acusó á nuestro prelado de que ensalzaba el poder del Sacerdocio á costa de la ruina del império: en aquella se le acusaba de ensalzar el poder del império á costa del sacerdocio: como fiel vasallo del príncipe y humilde discípulo de la Iglesia, aunque le procuraban destruir y arruinar por todas partes sus envidiosos, no habia ninguna en que no le justificase su conducta, é hiciese ver que era siempre el bienhechor de sus enemigos.

En efecto, señores, cotejemos aquí la penitencia con el furor y al prelado con el pueblo. Oye *Cárlos* los clamores, descubre la rebelion y sufre los ultrages. Pero ¿os parece acaso que se armó con algun rayo vengador? ¿Hizo conocer por ventura á aquellos hombres iniquos toda la extension de su crédito y los derechos de su poder? No por cierto: observó un profundo y constante silencio: este fué el terrible golpe que hizo caer á sus pies á la calumnia, al ódio, al pueblo, á la clerecía y al mismo gobernador.

Su corazon gemía y suspiraba estando mas bien penetrado de dolor que lleno de indignacion; pero la iniquidad de su pueblo, y no las persecuciones que sufría, hicieron saltar de sus ojos un torrente de lágrimas. Podia sincerarse y callaba; vengarse, y quedaba en inacion. Superior á las desgracias, sabia sufrir siempre su penitencia y jamas quejarse.

Si anatematizó al gobernador de Milan con las excomuniones de la Iglesia, fué porque

aquel atrevido golpe era el único recurso que le quedaba para sostenerla sus derechos contra las ilegítimas empresas de la potestad secular. Si obligó á Roma y á Madrid á que diesen á su reputacion, injustamente manchada, un testimonio auténtico, no fué tanto por defender su propia gloria, como la del ministerio. *Cárlos* solo castigaba quando los intereses de la Religion no le permitian perdonar; pero quando él se interesaba solamente en la venganza, jamás sabia hacer mal á nadie. Para perdonar mas bien á sus enemigos, no queria conocerles: tenia otro tanto mas gusto en remitir á los demas las injurias en quanto era severo para condenarse á sí mismo. *Ckaritas patiens est.*

¡O zelo! ¡o paciencia de *Cárlos*! Pero ¿qué excesos son los que nuevamente la vienen á insultar? Discurre la audacia un proyecto, y se encarga el furor de ejecutarle. Prepárase el premeditado crimen y se intenta el llevarlo á debido efecto. Hízose la seña fatal. Mas ¡o vanas esperanzas de la impiedad! Una cruz fué la que sirvió á nuestro Santo de defensa. En ella sola fundaba su esperanza: ella únicamente debía procurar su salvacion como que ninguna estaba mas perjudicada. La víctima que se prometian se escapó del peligro. Nuestro Santo solo se acordaba de esto para entregarse al sentimiento de haber hecho un ensayo del martirio y no haberle podido consumir.

A la primera tempestad no tardó en seguirse otra de nuevo. La iniquidad tramó al abrigo

go del claustro un nuevo atentado. El hombre impetuoso solo escucha la violencia de sus pasiones. Viéndose, pues, sin costumbres y sin Religion, y á pesar de la santidad que exigía su estado, y que por lo mismo le habia de acarrear peores consecuencias, ofreció vengarse de la reforma de su Orden por medio de la muerte del reformador. Concibióse el sacrilego designio: estudió la ocasion: discurrió el momento; y::: ¿qué digo yo? se apresura á obrar sin reflexion, pudiendo decirse, que el crimen que medita le agobia sin atemorizarle. Quería que *Cárlos* hallase en su propio palacio su sepulcro. A vista de los altares se prometió derribar aquella cabeza tan útil á la Iglesia. El tiempo de oracion y de recogimiento es el que escogió para descargar el golpe mortal. Adelántase y le despide: mas ¿qué es lo que veo? ¡o prodigio! pierde el fuego su actividad; y puede decirse que aquel elemento llegó á hacerse insensible y negarse al delito de que un hombre, un Religioso y un Sacerdote no se horrorizaba.

Vosotros comprehenderéis con mucha facilidad la turbacion que en medio de esta trágica escena se apoderaria de los espíritus, y el temor que sobrecogeria á los corazones. En medio del pueblo á quien mas estimaba, como que era su padre, se trazaba contra su vida el mayor atentado. ¡Ah! ¿cómo podré yo pintaros los sentimientos de dolor y de indignacion de que cada uno estaba penetrado? No hubo ninguno que no se expusiese al peligro para librar de él á *Cárlos*, que se hallaba cons-

ternado y abatido, ó por mejor decir, deseoso y animado. Cada uno parecia que se apresuraba para descubrir á porfia el delinquente, y se figuraban un género de venganza muy propio de su zelo. Nuestro Santo era únicamente el que se mantenía solo y tranquilo consiguiendo apaciguar el tumulto y oponiéndose con la ternura de su zelo á la severidad de la justicia. El cielo, decía, me ha librado; y aquel hombre perverso ha quedado suficientemente castigado con la destruccion de su proyecto. Ya no hay que temer, con que demos á Dios infinitas gracias. Al hablar él todo se sosegó; pero no por eso dexó de continuar su oracion. Escápase de la muerte, y asombrada la Italia no sabia cuál de los dos prodigios era mas admirable, si la proteccion de la divina Providencia para con *Cárlos*, ó la dulzura de este para con su enemigo: dulzura siempre opuesta á las persecuciones de las cortes de Roma y de España, y con la que, si á pesar de sus lágrimas y de sus súplicas no pudo librar al delinquente del rigor del suplicio, le perdonó á lo ménos como cristiano, y sintió no poderle servir como amigo.

¿Proseguiré yo esta idea ya que la tierna caridad de *San Cárlos* me ofrece siempre prodigios nuevos? Discurro, señores, que he dicho lo bastante para justificarla. Un zelo sufrido hizo que nuestro Santo lo aguantase todo. La ingratitude de un pueblo rebelde, solo le sirvió para conocer mejor la generosidad de su corazon. En efecto, á este pueblo no le

le podia ver padecer nuestro Santo, sin embargo de que sufría por él todo lo que experimentaba, sin sacrificarlo todo en su favor. Segundo carácter del tierno zelo que le hace superior á las pruebas mas delicadas del Episcopado.

La generosidad es la virtud de los grandes corazones: virtud otro tanto mas heróyca, en quanto es mas rara. Los hombres la aprecian y admiran en los demas; pero un vil interes les impide muchísimas veces executar por sí mismos lo que aplauden en los otros.

Desde luego convengo en que olvidéis todo quanto os he dicho hasta ahora de *Cárlos*: voy á representárosle sobre el teatro de su gloria. Almas caritativas, á pintaros voy el Héroe de la generosidad, que es vuestro modelo: generosidad magnífica sin ostentacion: bienhechora con prudencia: atenta á descubrir la indigencia y pronta á socorrerla: tan pronto pública como secreta, y siempre universal y constante: generosidad única, en la que experimentó su corazon aun mas placer que de obligacion le impuso su estado. Santamente pródigo, se olvidaba de sí mismo para no olvidarse jamas de su pueblo: todos sus pasos están señalados con otros tantos beneficios. *Pertransiit beneficiendo* (1). Colmado de bienes de la Iglesia, solo disponia de ellos en favor de la miseria. Con la propia mano que los recibia los repartia otra vez al instante. El establecer retiros, el fundar colegios y el soste-

D 4

ner

(1) Act. Apost. 10. 38.

ner hospitales, eran las mas pequeñas maravillas de su caridad. Sacrificó el principado de Arona á las necesidades públicas; pero, ¿qué digo yo? llegó á ser el primer pobre de su Diócesis; y para expresarme con las palabras de su historiador diré, que distribuía el pan que él mismo necesitaba.

Mas ¿qué acontecimiento tan fatal fué el que ofreció al zelo de *Cárlos* el mas tierno espectáculo? Aquel triste momento con que un millon de veces habia amenazado nuestro Santo á su pueblo, despreciándole este otras tantas veces como una vana ilusion, llegó por desgracia á tocarse. Manifiéstase el Dios de misericordia, y como Dios de justicia castigó por fin, aunque fué como siempre tarde en hacerlo: su venganza es otro tanto mas terrible en quanto por mas tiempo ha sido suspendida: así es que la infiel Israel vió baxar del cielo un fuego devorador. Ya caían mil víctimas con él que abrasaba á su pueblo, y todo estaba á punto de perecer quando se echó en medio de las llamas, y á fuerza de súplicas consiguió que cesase el cielo con su azote. *Stans inter mortuos ac viventes pro populo deprecatus est, et plaga cessavit* (1).

¿Si encontrará Milan un libertador tan generoso siendo presa de la desolacion? ¡Ah! bien lo sabeis vosotros.

Quando el cielo vengador reparte sobre la tierra el contagio de los males, y quando infestado el ayre por los vapores malignos hace res-

(1) Núm. 16. 48.

respirar á los hombres el veneno mas sutil; ¡qué revolucion se experimenta en la sociedad! La humanidad gime, y sin tener parte en ella procura cada uno guardarse como puede. La naturaleza habla, pero el temor ahoga y sofoca su voz. Armase la Religion con su zelo, pero en breve se ve obligado, al reconocer el horroroso espectáculo de infinitas muertes, á tomar en lo succesivo un partido prudente. Todos miran á su patria como á su sepulcro. ¡Desdichados de aquellos á quienes comprehenda el contagio! El padecer en aquella ocasion es la menor desgracia; pero el sufrir sin consuelo y sin esperanza de socorro es la mayor calamidad. El único recurso que queda á un espíritu abatido es el de la muerte. La desesperacion se apodera en un instante de los corazones: cada uno le parece que está viendo en su pariente y en su amigo un enemigo que se recela y huye de él. Las ciudades se mudan en desiertos. Mas yo me engaño. Son unos tristes parages en donde mil cadáveres animados chocan á los sentidos y sobresaltan á la humanidad. En ellos se observa toda especie de miseria y ningun género de misericordia, porque á aquellos á quienes no se puede abandonar sin delito, es imposible socorrerles sin peligro. Entónces es quando experimenta el hombre mas que nunca si verdaderamente lo es; jamas se persuade que le obligue la caridad á buscarse la muerte por librar de ella á los demas.

Tales son tus recursos, prudencia humana; siempre hábil para encerrarte en una im-

posibilidad imaginaria, sabes con especiosas razones alucinar á la credulidad, eludir el peligro y aun adquirirte admiradores. ¡Pero qué admirable es *Cárlos* quando se rie del peligro y menosprecia la muerte! Bien hubiera podido poner por delante mil obstáculos, pero todo lo allanaba, y aunque le era fácil suponer una indispensable ausencia, como que el exemplo de los otros pastores autorizaba un pretexto al parecer tan sabio, jamas quiso hacerlo.

Es verdad que los demas prelados huían para salvarse; pero esto bastaba á *Cárlos* para detenerse en Milan. Aquellos no escuchaban mas que á su prudencia, y este solo consultaba á su zelo. Los otros creían que la obligacion dexaba de serlo en un lance tan peligroso; pero nuestro Santo quanto mas riesgada era la ocasion, mas indispensable le parecia no desampararla. Su pueblo era un otro sí mismo. Mas ¿qué digo yo? aun le queria infinitamente mas que á sí propio. Todo lo sacrificaba por facilitarle un pronto socorro. Preferia el ayre contagioso de Milan á las delicias de Roma. En vano algunos amigos, que deseaban conservar su salud, querian torcer sus pasos ó suspender la actividad de su zelo, porque solo escuchaba á su amor y su corazon era su oráculo.

Yo, señores, no sé cuál me admira mas al considerarlo, si el peligro á que el pueblo se hallaba expuesto, ó aquel á que *Cárlos* se exponia. ¡Qué cosa tan asombrosa! Por entre una multitud de cadáveres abria paso á los que

que la muerte no habia aun hecho acabar sus dias. *Stans inter mortuos ac viventes*. Como apóstol, y, si me es permitido hablar así, aun mas que apóstol, corria por todas partes y parecia que á cada paso se multiplicaba su zelo. Al mismo tiempo que le veo en un parage arrancar del seno de una moribunda madre al hijo que acababa de nacer y estaba ya para espirar, le advierto en otro enterrar á los muertos para conservar la salud de los vivos. Me parece que le estoy viendo en un mismo instante por todos los parages de aquella gran ciudad, y que, semejante á aquel espíritu celestial, vuela por unas y se detiene en otras. *Stabat et volabat*. Exhortaba, animaba y consolaba, creyendo cada uno que tenia en él su apóstol particular. *Stabat*. Ninguno podia comprehender como podia atender á todos y serles superior. Los padres abandonaban sus hijos y *Cárlos* era el padre comun. *Volabat*. Daba todo quanto tenia, y algunas veces concedia mucho mas: movia á los unos con sus discursos; alimentaba á los otros con sus limosnas, y á todos les admiraba con sus exemplos.

¿Se necesitará á vista de esto representárole todavia en aquel traje penitente, cubierto de ceniza, bañado de lágrimas, cargado con un cilicio, puesto con una soga al cuello, desnudos, y sangrientos los pies, y lleno su corazon de amargura? Parecia que solamente él era el delinquente, porque él únicamente era el que queria expiar los delitos de su pueblo, y ofrecerse por él como víctima de propiciacion.

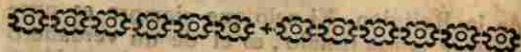
cion. ¿Os parece que se mantendrá el cielo inflexible á vista de estos esfuerzos? ¡O gran Dios! mirad, mirad la sangre de Jesu-Christo sobre una infinidad de altares: ella es quien os pide misericordia por un pueblo conternado y penitente. ¿Cómo es posible que la poderosa voz que hace llegar *Cárlos* hasta vuestro trono, no desarme vuestro brazo vengador? En efecto, señores, la súplica de nuestro Santo fué oída. Empezóse á purificar el ayre, cesó despues el contagio y se logró el sosiego. Parecia que Milan habia renacido, y agradecida desde entonces le reconoce por su libertador. *Pro populo deprecatus est, et plaga cessavit.*

¿Qué me queda ya que deciros, hermanos míos? Si me valgo de otras nuevas ideas discuro que debilitarán el elogio de nuestro Santo. Este último rasgo de su retrato os presenta el colmo del heroísmo christiano. Su imágen debe quedar permanente y entera en vuestros espiritus. ¡Quiera Dios que penetre hasta vuestros corazones para que produzca en ellos los propios sentimientos! *Cárlos* ya ha muerto; pero le podeis hacer revivir con vuestra caridad. No vive ya porque ni aun la grandeza de sus acciones le podia libertar de la muerte, pero sus virtudes son inmortales y eternas.

Imitad, pues, para ser admirados estas virtudes tan heróycas, respecto de que aun lo podeis hacer. Imitad aquel firme zélo que le hizo superior á las mas penosas fatigas del Episcopado, y con especialidad todos aquellos que estais destinados para aumentar la gloria de

de la Religion. El zélo que siempre es prudente y jamas tímido, es el de un verdadero apóstol. Imitad todos quantos habeis venido á oír su elogio aquel tierno zélo que le hizo superior á las pruebas mas delicadas y difíciles del Episcopado. El zélo paciente que todo lo sufre, y el zélo generoso que todo lo sacrifica, es el carácter que distingue al verdadero christiano de aquel que solo tiene las apariencias. Siguiendo estas máximas renovareis las virtudes de *Cárlos* sobre la tierra, y merecereis la corona de que goza en la eterna bienaventuranza.





PANEGÍRICO

DE SANTA CATALINA DE RICIS,

Virgen, del Orden de Santo
Domingo:

PREDICADO

*En las fiestas de su canonizacion en la
Iglesia de las Religiosas de Santo Do-
mingo, intituladas las Señoras de la
Cruz; y despues en la Iglesia de la
Abadía de Poisy.*

*Dabo tibi coronam vitæ. Te daré la co-
rona de vida. Apoc. 2. 10.*

Aquellos hombres á quienes la divina Pro-
videncia coloca en la tierra sobre los demas,
no siempre caminan por las sendas de la in-
mortalidad. El resplandor de su gloria admi-
ra al mundo durante su vida, pero desapa-
rece muchas veces con su muerte. El sepulcro
del monarca es, porque muere, el término fa-
tal

tal de su poder. Su corona no está ya sobre su
cabeza, sino que pasa á sus sucesores.

Solo á la santidad la corresponde el privi-
legio de sobrevivir. Ella es quien sabe formar-
se una corona, cuya solidez se mantiene con-
tra las injurias del tiempo. La revolucion de
los siglos no sirve de otra cosa que de hacerla
mas perfecta: y componiendo todas las vir-
tudes su ornato, llegan muy en breve á ser
los prodigios su recompensa. El cielo parece
que concurre al propio tiempo que la tierra á
fin de coronar para siempre el mérito de la
santidad. *Dabo tibi coronam vitæ.*

¿No habeis reconocido ya, christianos
oyentes, por la interpretacion que he dado de
los sagrados oráculos, á la ilustre virgen, cu-
ya gloria os junta aquí en este dia? Ya hace
mas de un siglo que continúa el cielo mani-
festando la autenticidad de sus virtudes con
multiplicados prodigios. La Italia, que fué
durante su vida el teatro de sus maravillas,
no lo ha dexado de ser un instante despues
de su muerte. Sin embargo, esperaba el mun-
do un oráculo mas solemne. Pronunció Roma
por fin en su favor, y en vista de tan supe-
rior sentencia, celebra la Iglesia universal el
triufo de *Catalina de Ricis*. La respetable Or-
den, de que fué el modelo, se impuso la obli-
gacion de tributarla los primeros honores, y
nos convida para que copiemos en nosotros
mismos el brillante conjunto de sus virtudes.
La santidad fué la corona que se supo for-
mar *Catalina de Ricis*, y por lo mismo debe
servir de fundamento á su elogio. *Dabo tibi*

coronam vita. Una santidad que se ocultó del mundo, y sin embargo fué reconocida por él, es su carácter y el plan de este discurso.

Catalina de Ricis cuidó siempre de ocultar al mundo sus virtudes. *Punto primero.*

El mundo siempre ha cuidado de tributar homenajes á las virtudes de *Catalina de Ricis.* *Punto segundo.*

¡Cuán gustoso es, señoras, para mí, hallar en este día en una Santa el mismo carácter que os distingue! La nobleza ilustrada por la humildad; las ventajas de la fortuna sacrificadas por el desinterés; sostenida la Iglesia por un zelo sabio y luminoso, y ser los honores la recompensa del mérito y siempre el mérito sobre los honores. El elogio es en esta capital otro tanto menos sospechoso, en quanto está fundado en el testimonio del público. Este es vuestro panegirista y yo no hago aquí mas que copiar sus sentimientos. ¡Quiera Dios que pueda yo manifestar tambien la gloria de la Santa de cuyo elogio me he encargado! Imploramos, &c.

PUNTO PRIMERO.

Aunque las almas vulgares procuren darse á conocer, siempre se contentan los corazones grandes con conocerse á sí mismos. Los corazones christianos se elevan sobre sí mismos, menospreciando el elogio de los hombres por virtud, y no por soberbia ni orgullo. El agradar á Dios es el único objeto que les lleva su atencion. Se apartan del mundo quando

do podrian aparecer en él con resplandor, y en el seno de un voluntario retiro, no quieren tener por testigo mas que al cielo. Su mérito está á cargo de su humildad, y al paso que el universo se embelesa cuidadosamente con su gloria, solo ellos ignoran su grandeza.

¿No es este, hermanos míos, el verdadero retrato de *Catalina*? ¡Qué encadenacion de maravillas os presenta su vida! Ella contiene una multitud de acciones brillantes, y una infinidad de interiores virtudes. Pero ya lo he dicho: *Catalina* fué ingeniosa para ocultar sus virtudes al atento cuidado con que se le observaba; y así no me admira tanto quando obra prodigios, como quando se encierra en su anonadamiento.

Los motivos que la hicieron abrazar el retiro, y la conducta que observó en él, son dos ideas que os harán conocer lo muy atenta que estuvo *Catalina* para ocultar su santidad á la inteligencia del mundo. Mas por todas partes reconocereis, que los caracteres de su humildad llegaron á ser para ella otros tantos grados de gloria. *Dabo tibi coronam vita.*

¿Es, pues, acaso siempre un motivo de religion el que aparta del mundo á las almas que repentinamente se consagran á Dios en el seno del retiro? Es vocacion de necesidad; y tales son muchas veces las causas de un precipitado retiro. Suspira el corazon por el mundo que dexa, y quisiera tener por mérito un forzado sacrificio. Teme la víctima el altar en que se va á inmolar, y revoca la voluntad la obligacion al paso que la pronuncia la boca.

Nada de esto absolutamente se parece al sacrificio de *Catalina*. Sus pasos estaban dirigidos por una voluntad libre, y su vocación fué obra de la gracia. Triunfó del mundo al mismo tiempo que se creía con derecho de reclamarla.

Yo desde luego me la represento del modo que la vió una de las primeras ciudades de Italia. La nobleza de sus mayores nada nos importa para su gloria. Si fuera un elogio mundano pudiera yo sacar de ella mucha ventaja; pero no la citaré en el discurso de *Catalina*, sino porque la supo menospreciar. Lo que puedo decir es, que la ilustre sangre que corría por sus venas, llegó á ser para ella un motivo para ilustrarse por sus virtudes. Los santos no conocen otra gloria que la de la virtud. Aunque Florencia la vió nacer, no se jactará tanto esta ciudad de sus soberbios monumentos, de sus inmensas riquezas, ni de su vasta extension, como de haber dado en nuestra Santa á la Iglesia una vírgen que fué el ornamento de su siglo y la admiracion de los venideros.

Tal vez esperareis oír los singalares acontecimientos que anunciaron al mundo el nacimiento de este prodigio. Mi asunto no necesita de agenas maravillas, pues por sí mismo es bastante maravilloso. El cuidado de engalanar los discursos á costa de la verdad, le dexo á la profana eloqüencia de quien es propio. ¡Quiera Dios que no se emplee jamas este arte frívolo en los elogios sagrados! Yo busco la gloria de *Catalina* en ella misma, y no quieró añadir nada á sus acciones. En los san-

santos siempre deben estas subministrar el asunto de su elogio.

Mas ¡qué idea tan preciosa es la que desde luego detiene mis pasos! Sobre el sepulcro de su madre era donde iba á estudiar la vanidad del mundo. Apénas podia conocerla, quando sabia ya su corazon negarse á ella. Siendo capaz de reflexionar, aunque todavía muy jóven, sabia con el fervor de la oracion oponer el tiempo á la eternidad. ¡Qué cuidado para ocultarse por una prudente huida del sedicioso encanto de aquellas sociedades, en donde hace manifestar la amistad el sentimiento, y en donde se liga el corazon quando le parece que aun no basta para sí mismo! El corazon de *Catalina* solo será susceptible al amor divino. La perfeccion de todas las virtudes era su estudio. Su modelo Jesu-Christo puesto en la Cruz. ¿Qué extraño es que una aurora semejante anuncie tan brillante dia?

De que veais, pues, á nuestra Santa formar la noble resolucion de sacrificarse á Dios en el silencio de la vida religiosa, y de que la veais allanar los obstáculos, poner á sus pies el ídolo de la fortuna, y romper los vínculos de la sangre, ¿criticareis su modo de pensar de una indiscreta determinacion? ¿Os parece que se aparta del mundo porque este no allane á su ambicion una brillantísima carrera? Además de que, ¿no podia pretender el nombre de Riciis lo que el mundo tiene de mas grande? ¿Acaso no fundó en ella su padre la esperanza de su casa? ¡Ah christianos oyentes! El poder vivir entre los honores del mundo,

E 2 fué

fué el motivo que tuvo para auentarse de él; y porque su reciente virtud llamaba ya las atenciones del mundo, quiso merecer solamente las atenciones de Dios.

¡O célebre retiro de Monte-Celi! Tú la viste apartada ya del bullicio del mundo, y victoriosa de él, estudiar en el retiro de Ricis el espíritu de obediencia, de humildad y de abnegacion, y exceder con su fervor á los mas fervorosos. Aun en el dia de hoy se conserva el precioso monumento que causaba sus delicias. Dígalo sino este crucifixo, origen para ella de tantas luces, de tantas gracias, y, estoy para decir, de tantos milagros. Los primeros pasos de *Catalina* en la ciencia de los santos os daban á conocer un prodigio de santidad. Pero el mundo queria reclamar á nuestra Santa, y no era para él para quien se criaba. Su corazon aspiraba por instantes al término de su sacrificio. Proporcionóla la Providencia la ocasion, y aprovechóse de ella. El que pone en Dios su esperanza tiene seguro el triunfo.

Discurrid ahora como se cumplieron los designios de Dios, sirviéndose de los de los hombres. En la ciudad de Prat, llamaba la atencion del Señor de Ricis un asunto importante. Pero otro que aun lo era mucho mas conduxo allí á *Catalina*. Fuese el padre á tratar sobre los intereses de su casa, y la hija á consultar sobre los de su salvacion. El uno se aprovechaba gustoso de los politicos consejos de un padre iluminado, y la otra consideraba con ardor el sagrado espíritu de una

co-

comunidad religiosa. Chocábanla los exemplos y edificábala la regla. Insinuábase la gracia, cede el corazon, resuélvese la vocacion y la eleccion se determina. *Catalina* que era la gloria de Florencia, se iba á sepultar en el escondido retiro de Prat; pero no tardó en ilustrarla su virtud. La santidad brilla hasta en el centro de las tinieblas.

Sin embargo, ¡quántos obstáculos se la ponian por delante! Su virtuoso padre rehusaba, aunque prudente, sacrificar á la que por si misma se sacrificaba. Creyó debia probar una vocacion tan de pronto resuelta. El tiempo le convencerá: juzgaba que no debia abandonar una victima tan fácil de condescender con los arrebatos que dicta la juventud, y que tal vez no tardaría en desaprobár la reflexion. Conocia á la verdad el inconstante corazon del hombre. Pero ¿quántas veces se sigue una impetuosa vocacion á un cruel arrepentimiento? El capricho la excita, y despues hace sentir la experiencia su pronta deliberacion.

Sabiduría austera por cierto de un padre tiernisimo. Cede, cede pues, que la vocacion de *Catalina* lleva consigo un respetable carácter, y sostenida por largo tiempo su virtud, es una segura señal de que solo la Religion ilumina sus pensamientos. Aumentad en buen hora la oposicion que ella será vencida. El presentarla en el vil mundo que ha resuelto dexar, nada supone para que mude de resolucion: observará quanto hay de seductivo en él, y no se dexará engañar de ninguna sombra. Las lágrimas de su familia podrán in-

E 3

fluir

fluir alguna cosa sobre el sentimiento, pero no sobre la virtud. Por fin, rompió intrépidamente el fatal nudo que le detenía, y renunció las delicias del mundo sin sentir las, así como las habia conocido sin amarlas. Dexó á Florencia, llegóse el instante del sacrificio, y se trató con formalidad de su entrada en la Religien.

Esta es la ocasion, hermanos mios, en que yo me quisiera detener para preguntaros ¿si habeis comprehendido el motivo que determinó á nuestra Santa para retirarse? Me parece que os estoy viendo decir, que su conducta manifestó la idea que me he propuesto, y que habeis advertido en ella una santa siempre atenta para ocultar su santidad á los ojos del mundo. Si Dios la encaminó al retiro, no tardará en dexarse sentir en su corazon. *Ducam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.* En el retiro es donde va á perfeccionar nuestra Heroína la obra de su santificacion.

Entróse en la regla de Santo Domingo de Guzman. El perpetuar el espíritu de tan perfecto Legislador era la idea que habia concebido su piadosa ambicion. Advertia en esta Orden una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia. Observaba en ellas unos hombres que eran por sus exemplos el ornamento de la fé y su apoyo por su zelo. Como Apóstoles sabios, destinados al ministerio de la predicacion, era la Religion su estudio, el Evangelio su regla, y el Universo el teatro de sus trabajos y de su gloria. Por otra parte se ofrecian á su consideracion unas fervorosas vírgenes,

nes, á quienes una impenetrable muralla separaba del mundo seductor. Veía que obtenian por sus oraciones las victorias que sus hermanos conseguian por su doctrina. Como apóstoles de deseo participaban de los combates de los héroes, y venia á ser el triunfo de estos el suyo propio. En aquellos y estas se hallaba la misma paciencia, la misma humildad y la propia caridad. La virtud siempre es superior á la debilidad del sexó.

¿Cuál será, pues, la conducta de Catalina en medio de tantos prodigios de santidad? ¿Cómo es posible christianos que os manifeste á las claras todos los sentimientos de aquel corazon penetrado con las sagradas llagas de Jesu-Christo? A la verdad no venia á ser otra cosa que una especie de calvario. Ella se inmolaba sobre la cruz con Jesus crucificado. La sangre de este Señor era un preservativo seguro contra el fuego de todas sus pasiones. Bien hubiera querido enterrar en su sepulcro tanto la brillantez de sus virtudes quanto los prodigios con que el cielo las coronaba.

Pero en vano intentaba ocultarse á los ojos de los hombres. Los multiplicados prodigios de su sangriento cuerpo daban á entender el glorioso camino por donde su humildad se queria ocultar, aunque en valde. La humildad era la prueba de su santidad, y la gloria la recompensa de esta. Pero ¿cómo se me oculta que no sigo el órden de sus hechos? Quando debia representaros ahora la entrada de su carrera, advierto que os cito ya los acontecimientos que la concluyen.

Sigamos, pues, el hilo de nuestro asunto, y hagamos ver una infinidad de acciones, aunque mas interesantes unas que otras. ¿Con qué señales cimenta desde luego nuestra Santa su solemne determinacion? Su nombre era el de *Catalina*; pero ¿me he olvidado yo del misterioso carácter de este nombre? Aquel con que la vanidad del siglo la habia honrado en el sagrado bautismo se distinguia con el de *Alexandrina de Ricis*. Mas nuestra piadosa Santa excedió á las ideas mundanas. Quiso proponerse á una señora por modelo, y ¿quién será esta? una Santa que fué el prodigio del décimo quarto siglo, y uno de los primeros ornamentos del Orden de Santo Domingo: una Santa cuya historia es un tejido de maravillas: de un pudor y recato muchas veces asustado y siempre victorioso: de una penitencia sin ficcion, de una humildad sin límites, de una paciencia que excedia á los trabajos, de un amor de Dios sin reserva, de una caridad activa y universal, de una autoridad respetable, conjunto de todas las virtudes, fervor de los Angeles, sufrimiento de los mártires, zelo de los apóstoles, luz de los profetas, poder dimanado del mismo Dios: en una palabra, el nombre de *Catalina de Sena* basta para formar su elogio.

Por los pasos de esta Heroína christiana fué por los que nuestra Santa se propuso caminar. Formó su plan y empezó á ejecutarlo. No, Iglesia de mi Dios, no sientas ya haber perdido los tiempos pasados, porque ahora acaban de renacer. El décimo quarto siglo se re-

reproduce en el décimo sexto. A *Catalina de Sena* la veo revivir en *Catalina de Ricis*.

¿Qué idea tan grande se me representa al pronunciar este nombre de *Ricis*! Hasta en medio del retiro le debia reconocer como superior segun el dictámen del mundo; pero tampoco la parecia su grandeza sino una sombra vana y fugitiva. ¿Hasta dónde, pues, no la persiguió esta? ¿Por qué presentó á los ojos de *Catalina* los vanos titulos que queria sepultar en su retiro? Yo no lo comprehendo, oyentes míos; pero lo cierto es, que nuestra Santa halló el nombre de *Ricis* en un tio que era, como ella, discípulo de Domingo. En este caso no tenia ya el nombre de *Ricis* nada de profano, porque estaba ilustrado por las virtudes, que son las que únicamente forman el hombre de los Santos. ¿Qué progresos hará nuestra Santa en la perfeccion evangélica, dirigida por el zelo, los consejos y la prudencia de aquel virtuoso tio?

Así como se presentan en los ayres aquellos fenómenos que sorprehenden la admiracion de los hombres, así se presentó *Catalina de Ricis* en la Orden de Santo Domingo. Aunque por razon de su edad parecia que necesitaba exemplos, servia ella misma de modelo. Apenas entró Novicia quando ya era perfecta; y entre tantos exemplares de penitencia, ofreció ella un nuevo espectáculo. Se la admiraba casi sin esperanza de poderla imitar.

¡O preciosos lugares, testigos de la santa crueldad que usaba con sus inocentes carnes! ¿Qué tanto celebrárais yo que pudiérais manifi-

tar-

tarnos aquí la imágen de sus austeridades! ¡Quántas veces os estremeceríais con los redoblados golpes de que hizo víctima á su cuerpo! Yo me persuado que por mucho que se figure la imaginacion nunca podrá concebir de ello una idea cabal. Puede decirse, que no conocia ya nuestra Heroína otro alimento que el de los Angeles. Pasábanse los años y flaqueaban las fuerzas como dando á entender que no podian resistir á su fervor; pero ella no las queria reparar sino por medio de un ayuno que, aunque no era tan resplandeciente, seria tal vez mas riguroso y mas perfecto. ¿Os diré yo, en prueba de esto, que casi no gustaba de las dulzuras del sueño, no conociendo el reposo sino en la acción misma, y siendo su vida una continuada muerte? ¿Os diré yo que una no interrumpida cadena la reduxo á la mayor esclavitud, y que unas erizadas puntas hicieron de su cuerpo una llaga entera? ¡Ah! arrobado en éxtasis este cuerpo parecia que dexaba de serlo; pero al mismo tiempo que le debilitaba la penitencia, le fortificaba la gracia. Aquel ser mortal parecia que llegaba á estar divinizado. *Intra corpus est, et extra corpus esse putares.*

Pero el cielo proseguia al mismo paso que con sus experiencias haciendo sus favores. Cuidadosa *Catalina* de buscar á los unos por medio de la humildad, sostenia á las otras valiéndole de la paciencia. Su historia nos la representa como una roca inmutable á los contratiempos de los vientos y de las tempestades, y con especialidad en aquellos tristes dias

en

en que causó la muerte los mas horribles extragos sobre la casa de Ricis. Espiraron sus primeros poseedores, y no tardaron en seguirles tambien otros al sepulcro. Arrebató una temprana muerte al padre de nuestra Santa, en quien conocia ella unos nobles sentimientos, una piedad sin hipocresia, una ternura siempre igual, y, en fin, un padre á quien amaba tanto quanto ella era amada de él. ¡Qué lance tan terrible para su sensibilísimo corazón! Ni la ley de la Religion, ni la naturaleza son contrarias en este caso á los justos sentimientos. Siempre se ha permitido derramar las lágrimas sobre el sepulcro de un otro sí mismo. Nuestra Heroína no se negó á los legítimos sentimientos del dolor, pero tampoco tardó la Religion en triunfar. Ofreció á Dios aquella querida cabeza al pie de los altares. Quanto mas costoso es el sacrificio, otro tanto mas glorioso es. Todo quanto la correspondia pertenecia al Dios omnipotente. Ni aun ella misma, si me es permitido hablar así, se creía que era para sí misma. Su modo de proceder dió á entender claramente lo que sentia.

En efecto, la miserable naturaleza la proporcionó una inagotable fuente de enfermedades complicadas; pero las aguantaba sin quejarse. Estaba contento su corazón, y el amor de Dios la sostenia. Mas bien se deleytaba con la amargura de las aficciones, que con las cosas honoríficas. *Obtatus mala perferre, quàm honore affici.* Mas encantos halló entre los horrores de una obscura prisión de dos años, que entre el brillo de la opulencia

y

y autoridad. Digo esto por ella ; porquè un sentimiento de humildad siempre firme fué la vasa de su conducta : su virtud hubiera querido estar sepultada en el mas profundo olvido. Pero una unánime y general voz la puso por cabeza de su Orden. ¿Quién podrá hacer mas bien observar la regla que aquella cuya conducta es verdaderamente una regla viva?

Aquí no os debeis figurar una autoridad tímida que disimula por ser débil. No una autoridad pesada y lastimosa , que por un despótico mando se venga de haber gemido mucho tiempo baxo el yugo de la subordinacion. La regla de *Catalina* era la prudencia. Con ella facilitaba la execucion de la ley sin atemperar su rigor. Sabia hacer respetar su dulzura del mismo modo que amar su exáctitud. Su disciplina estribaba en su vigor. Para observarla es preciso que se aliente la debilidad, se quiten los escrúpulos y se afirme la vocacion. Es menester humillar la soberbia , des-
 pertar la inaccion , dexar las dudas y moderar el fervor. Nuestra Santa sabia acomodar-se á todas las inclinaciones. Puede decirse con verdad , que su particular carácter era un precioso conjunto del de todos los demas. Y ¿qué diremos quando la precisaron los vicios á usar de un rigor temible? Entónces sabia unir á la mas severa reprehension un insinuativo encanto , que persuadia , arrastraba , corregia los defectos y conquistaba los corazones. En el mismo dia en que se la veía reprehender sin acrimonia perdonaba con bondad.

No creais sin embargo , que valida de la au-

autoridad del mando se desentendia de las humillaciones , y no se baxaba al último grado de obediencia. La verdadera virtud sabe pasar desde la elevacion á los abatimientos : su centro es la humildad. De aquí procedia en nuestra Santa aquella oficiosa y tierna caridad. La necesidad de sus queridas compañeras era muy bastante para arrebatarla al fervor de la oracion. Estas eran sus delicias ; pero la caridad obligacion. Jamas decaia en cosa alguna. A qualquiera parte iba para aliviar los males , dulcificar las penas , consolar , rogar , exhortar y disponer el terrible tránsito de esta vida para la eternidad. Aquí se me representa *Catalina* á un San Pablo , porque como él estaba enferma con las enfermas , lloraba con las que lloraban , y padecia quantos males las veía sufrir. *Quis infirmatur , et ego non infirmor* (1).

¿No es , christianos , ser verdaderamente ingeniosa ocultar la brillantez del mérito con el velo de la humildad? ¿Qué rasgo tan maravilloso sorprende aquí mis sentidos! ¿Cuán bien descubre el corazón de *Catalina* al mismo paso que ella procura no dexarle penetrar! El retrato de esta Santa nos le ha copiado fielmente una pluma desinteresada. En él se han pintado al natural sus sentimientos , sus acciones , sus virtudes y sus prodigios. Ninguna cosa puede desaprobár la crítica mas severa : todo está comprobado. El es un texto de hechos y de maravillas á quienes justifi-

(1) II. Cor. II. 29.



fican una multitud de testimonios. Cada día hacen mas precioso el tesoro los nuevos acontecimientos. Ninguno hay que dexé de leer con gusto aquello que ha visto con admiracion. Ella es la única que desconoce el retrato de sí misma. Pero ¿qué digo yo? Le conocerá muy en breve; porque una exácta indagacion se le hizo descubrir. ¡Descubrimiento fatal! Ella vió:: leyó::; ¡Qué sentimiento para su corazon! En fin, reconoció el retrato de sus virtudes. Mas esta era una pintura que no podia conservar su humildad. En vano procuraba hacerse desconocida, porque la verdad desmentia á su modestia. ¿Qué habia de hacer ella en este lance? Abrazó un partido, y ya que no podia impedir que fuesen sus virtudes la admiracion de su siglo, procuró á lo ménos quitar el conocimiento de ellas á los siglos futuros. Pero ¿qué es lo que veo? Aquel precioso monumento á los ojos de toda Italia, y objeto vil á los de *Catalina*, fué incentivo de las devorantes llamas, y no quedaron de él mas que las cenizas! ¡Eloquientes cenizas! Ellas verdaderamente forman el mas precioso panegirico de nuestra Santa, y manifiestan á todo el admirado universo, que la humildad siempre sabe inventar nuevos y piamados artificios para librarse de su gloria.

Pero quanto mas atenta estaba para ocultar á los ojos del mundo sus virtudes, otro tanto mas atento ha sido este para tributar honores á su santidad.

PUN-

PUNTO SEGUNDO.

El mundo panegirista de la santidad. Sí, christianos. Yo no sé si habreis percibido lo muy gloriosa que es para *Catalina* esta idea. ¡En qué pocas ocasiones se ve respetada la santidad por el mundo! Este no quiere muchas veces reconocer en la piedad sino su sombra. Interesa do siempre en combatir á la virtud, porque le condena sus vicios, le parece que escusa la censura de estos dándoles el colorido de santidad. Como es un mundo vano y soberbio critica á la humildad de un escrupuloso orgullo: si es un mundo inquieto é intrigante, acusa al zelo de amargura, ó de política. Un mundo luxurioso y afeminado, censura á la penitencia de indiscrecion ó de hipocresía. El que es avaro ó pródigo, dice que la caridad es ostentosa ó interesada; y persuadido el que es injusto á que no hay verdadera virtud, tiene casi por delito el ser virtuoso. De aquí procede aquella sangrienta guerra que declara á los hombres santos. Para un Mardocheo que haya lleno de gloria, ¿quántos Eleázaros se ven en los hierros? Se puede decir, que es menester que haya qualquiera dexado de ser santo para que se le reconozca por tal: como si los primeros rayos de gloria que deben coronarles no pudieran salir sino de la obscuridad de su sepulcro; y como si los milagros de quien es este teatro fuesen una prueba mas evidente de su santidad que sus propias virtudes.

In-

Insensiblemente me lleva mi consideracion delante de otro espectáculo. Este es el de una Santa reconocida por tal durante su vida. *Catalina* llegó á ser la admiracion de su siglo. La de un mundo profano de quien era el oprobio. La de un mundo religioso de quien era el modelo. Representaos, pues, el por menor de tantos prodigios, y convendréis inmediatamente conmigo en que siempre estuvo atento el mundo para tributar homenajes á su santidad. *Dabo tibi coronam vitæ.* Yo no me admiro de ver tributar al mundo sus incienso á favor de aquellos hombres que por sus resplandecientes acciones se atraxeron el aprecio de todos, y á los héroes que presentaron combates y consiguieron victorias. El mundo halla su interes, por su respectivo amor propio, en celebrar la gloria de aquellos grandes hombres.

Pero ver interesarse al mundo en la gloria de una virgen solitaria, penitente y sepultada en lo interior de la vida contemplativa; verle buscar á *Catalina* hasta en los mas secretos rincones de su humildad, y observar que una ciudad olvidada llegó á hacerse repentinamente célebre en el Universo por la reputacion de nuestra Santa solamente, son unas circunstancias á quienes yo tengo por uno de aquellos sensibles prodigios que condenan al mundo que no es santo, sin embargo de los honores que tributa á la santidad.

No nos olvidemos, señoras, en honor de esta Santa Virgen de uno de sus mas resplandecientes triunfos. Acordémonos de aquellos

tur-

turbulentos dias en que se confundió su virtud con las virtudes fingidas que no tienen mas que la apariencia de verdadera piedad. Levantóse una murmuracion injuriosa, y se acreditó á beneficio de aquellas lenguas malignas, cuya única ocupacion es la de afear la inocencia. Extendióse rápidamente el veneno de la calumnia. Aquellos atrevidos espíritus que juzgan de todo sin conocer nada, pronunciaban y decidian á favor de la malignidad. Aun delante de ella se atrevieron á manifestarse estos viles acusadores. ¿Ignoran acaso que las delicias de los santos son las humillaciones? El cielo es testigo de la pureza de las intenciones de nuestra Heroína y de la rectitud de sus pasos. ¿Que la importará que un mundo incrédulo apruebe su virtud ó la condene? Escuchaba sin alteracion las chanzas fingidas y las invectivas satíricas. Nada podian contra su corazon los esfuerzos del infierno porque era inaccesible á los resentimientos. A sus enemigos les miraba con un semblante tranquilo y una alma llena de caridad. Sufria con constancia, y perdonaba con generosidad.

¡O nobles sentimientos de *Catalina*! Ellos son los que impusieron silencio á la calumnia, confundieron al infierno y admiraron al mundo. La gloria de los santos dimana de sus humillaciones; y edificados y sorprendidos los enemigos de nuestra Santa, no tenian ya duda alguna acerca de la solidez y heroísmo de sus virtudes. Sus sátiras se convirtieron en panegirico; y ya no tenia otro enemigo que á

Tom. IV.

F

si

si propia. *Gloria virtutem quasi umbra sequitur.* Tal es el pensamiento de San Gerónimo. La gloria, dice este Santo Padre, huye de aquellos que la buscan; y busca á los que huyen de ella. La sombra del hombre sigue al hombre. La gloria sigue á la virtud. *Gloria virtutem quasi umbra sequitur.*

¿Por ventura no se ha verificado este oráculo en *Catalina*? Oponed á este propósito el contraste de su humildad y reputacion. Ya habeis visto como huyó de las atenciones del mundo, no obstante de que este la habia fixado sobre ella. Mas ¡que mundo! el comun de los hombres admira las virtudes regulares; pero las virtudes superiores atraen en él la atencion y los elogios de los poderosos, de los reyes de la tierra y de la impiedad misma. Era menester nombrar todos los príncipes que reynaban en el mundo christiano en el décimo sexto siglo, para citar todos los admiradores de nuestra Santa.

Cosme de Médicis, aquel príncipe que por la sabiduría de su gobierno, y por el rápido y constante vuelo de sus prosperidades causaba las delicias de sus vasallos y la gloria de Toscana, vió en sus estados un astro formado por *Catalina*, delante del qual se eclipsaba su grandeza en medio de que estaba en su mayor auge. Se olvidó de que era su soberano, con el fin de no acordarse de otra cosa que de los homenages que debia tributar á la santidad.

Transfiriéronse á los hijos los sentimientos del padre. Digalo sino Francisco de Médi-

dicis que, como pacificador de las desavenencias entre Florencia y Ferrára, jamás confiaba el secreto de sus empresas sino á la prudencia de *Catalina*. Siempre creyó que las oraciones de esta ilustre Virgen eran para él un testimonio seguro de sus sucesos.

Sobre todo ¿que veneracion mas grande que la que testificó á esta Santa Hernando de Médicis, cuyo príncipe fué el ornamento de la púrpura Romana en su juventud, y, aunque se le arrebató al santuario un acontecimiento imprevisto, causó la admiracion de la Europa por su prudencia y por su zelo contra los Otomanos? Este príncipe purpurado no se desdafiaba de que reflexasen los rayos de su gloria sobre *Catalina*. En lo que la Santa intercedia por él, le parecia hallar armas mas poderosas contra sus enemigos que en el valor de sus soldados.

Y tú, á quien puso la Providencia en el primer trono del Mundo: tú, á quien el cielo habia destinado por esposa de aquel monarca que conquistó por fuerza de armas un reyno que le pertenecia por derecho de sucesion: tú reyna famosa en los anales de la Francia, no solo por tí misma, sino por el nombre inmortal de Henrique el Grande, dime, ¿qual fué tu modo de pensar acerca de *Catalina*? La Toscana donde tú naciste tuvo el honor de verla poco despues de que tú aparecieses en el Mundo. Y como tus padres la habian honrado y respetado, no supiste degenerar de su admiracion. Ella te pareció un prodigio de santidad, y tú la pareciste á

ella digna del trono antes de obtenerle. ¡Quien sabe si por una luz profética vería ya entonces la gloria que te esperaba! Lo cierto es, que nuestra Santa penetró infinitas veces las obscuras sombras de lo venidero. No fueron pocas las que anunció los acontecimientos futuros. Sus predicciones se verificaron á vista de toda Italia. Pero su reputacion se extendió mas allá de su patria. La veneracion que la daba Italia se comunicó del otro lado del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos.

Con tanta brillantez aplaudia la corte de Baviera la santidad de *Catalina*, como la de Toscana. Felipe II. rey de España, aquel príncipe, cuya profunda política era igual á su ambicion, y en quien la Religion no fué jamas problemática como en Carlos V. su padre; aquel príncipe, digo, en quien siempre hallaba la virtud un fuerte protector; tenia en sus vastos dominios mil prodigios de santidad. Tenia, digo, á una Teresa, restauradora y gloria del Carmelo, á un Pedro de Alcántara, prodigio de una penitencia desconocida hasta entónces; á un Juan de la Cruz, asombro de abnegacion y de ciencia, y á un Francisco de Borja, que era mucho mayor quando menospreciaba al mundo por humildad que quando brillaba en él por la elevacion de su cuna. Sin embargo de esto, envidiaba Felipe á Toscana la dicha de poseer á *Catalina*; y ya que no la contaba entre los vasallos de su reyno, quiso por lo menos ponerla en el lugar de sus protectores. Mas ¿que digo yo? El embaxador mismo que debía re-

presentar á Felipe en la Corte de Florencia, debía ponerle tambien á los pies de *Catalina*, á quien recomendó Felipe II. la seguridad de su persona, la victoria de sus armas, y los intereses de su reyno.

A vista de lo referido, ¿que me quedará ya que decir? ¿Necesito añadir, que el libertinage y la impiedad misma trabajaban de comun acuerdo para divinizarla? ¿Quantas veces acudieron á ella muchos hombres luxuriosos para aprender el espíritu de penitencia? ¿Quantas veces el contraste de sus vicios y de sus virtudes cortó la rápida corriente del escándalo? A su vista se disipaba el encanto de las pasiones, empezaba la reflexion y triunfaba la piedad: ninguna cosa persuade mas bien la santidad que la santidad misma.

¿Si se resistirá á la evidencia de estas cosas el incrédulo mundo? ¿Si la virtud universalmente admirada dexará tal vez de serlo para unos hombres, cuya religion consiste en no tener ninguna? No por cierto; porque si en efecto se encuentran estos pretendidos espíritus fuertes que quieren sujetar la fé á la sutileza de sus discursos, tambien se vienen á sujetar á las luces de *Catalina*. Me parece que estoy viendo en ella resucitar al Angel de las Escuelas. Todo el mundo recibia con respeto las decisiones de Thomas de Aquino como si fueran otros tantos oráculos. Pero nuestra Santa era aquel á quien consultaba la Italia. Lo mismo era dar ella su parecer que desvanecerse las dudas y confesar la impiedad

dad con asombro su vencimiento. En aquella Virgen reconocia la fé un apologista, un apolo y un apóstol.

¿Extrañaréis á vista de esto que concurra toda la Iglesia á celebrar la gloria de nuestra Santa? Si llegó á ser la admiracion del mundo profano, de quien era el blanco, ¿como no lo habia de ser de un mundo religioso de quien era el modelo? Lo cierto es, que su orden la respeta, los prelados y cardenales la consultan, los papas la honran, y los santos la miran como un prodigio de santidad. Todo comprueba la evidencia de esta verdad. El mundo se afana otro tanto mas para hacer brillar su gloria, en quanto ella es mas ingeniosa para ocultarla. *Gloria virtutem quasi umbra sequitur.*

A vosotras, fervorosas almas que contemplais mas de cerca la luz de este luminoso astro, á vosotras pertenece tributarle los primeros homenajes. ¡Quanto respeto se observa en todo el orden de Santo Domingo al nombre de *Catalina*! Desde la villa de Prato ha cundido por todas las extremidades de la tierra, que es hasta donde se extienden las fecundas ramas de esta dichosa y numerosísima Religion. Aun vivia nuestra Santa, y ya la proponian los superiores como modelo en los monasterios de su jurisdiccion. La reputacion de su virtud pasó del otro lado de los mares, y penetró tambien en América. Siguiendo sus pasos caminó Rosa de Lima por las sendas de la mas heroyca santidad. Aun viviendo todavía logró ver ya sus obras inmorta-

ta-

lizadas en su orden. Ellas eran una preciosa recoleccion de los sagrados oráculos, y del cántico divino, monumento raro de la ciencia y de la piedad que habia consagrado *Catalina* solamente para su uso, y por desgracia se escaparon de sus manos. Sí, obra excelente, ya que la humildad te sepultó en las tinieblas, te hizo la obediencia salir á luz. La particular devocion á nuestra Santa llegó á ser general en todo el orden de Santo Domingo.

Desde este pasó á las órdenes superiores de la Iglesia. ¡Que multitud de prelados, celebrados en la Italia por su piedad, zelo y erudicion, vienen á sujetar á los consejos de *Catalina* las empresas del Episcopado! Los unos van á estudiar en su prudencia el arte de contrarestar el vicio y desarraigarle. Los otros á aprender en su ciencia el arte de combatir la incredulidad y de confundirla. Todos van á estudiar en su conducta el exemplo de todas las virtudes. Todos á confesar, que la realidad de su mérito excede á la brillantez de su reputacion.

Ya sabeis que en las riberas del Jordan se vió en otro tiempo con asombro, que la soberbia sinagoga diputó á San Juan Bautista sus primeros personajes. La gloria de este insignie varon se obscurece con la sombra de su humildad. El Sanhedrino habia hecho que se le informase de él muy particularmente. Mas la modestia de sus respuestas, salieron por fiadoras de la solidez de sus virtudes.

En la historia de *Catalina* se presenta al

poco mas ó menos un rasgo semejante. Llegó su reputacion hasta la corte de Roma, y la admiraron y sorprendieron los singulares acontecimientos, las sublimes virtudes y los multiplicados prodigios de esta dichosa Virgen. Pero sin embargo, no se resolvió aquella corte hasta que la evidencia confirmó estos hechos. Muchas veces se suponen acciones heroicas y milagros aparentes. Se sorprende la credulidad, y lo maravilloso no tiene realidad sino en los entendimientos preocupados. La reputacion no siempre decide del mérito. Roma quería saber la virtud de la virtud misma.

Así pensaba acerca de *Catalina* el célebre pontífice que gobernaba entónces el mundo christiano, Paulo III.: no le parecia que debia dar oídos á una preocupacion, que, aunque universal, podia ser demasiado favorable. Sobre la conducta de nuestra Santa fué sobre la que se determinó á juzgar y sentenciar. Aquel mismo zelo que exercia este pontífice para confundir los designios de la heregía, restablecer la disciplina en la clerecía, y suspender las rápidas conquistas de las Otomanas huestes, le empleó tambien para comprobar la santidad y los prodigios de ésta Santa Virgen.

De su orden pasará á la villa de Prat un prelado incapaz de preocupacion ni sorpresa. Descubrirá todos los pasos de *Catalina*; penetrará sus sentimientos, y será el censor exacto de toda su conducta. Pero ¿que digo yo? Será el admirador. Conocerá y hará conocer el

el prodigio de santidad, y el testimonio que servirá de prueba al que se habia dado ya de ella. Triunfó la verdad, y salió del trono de la Iglesia en favor suyo el oráculo mas solemne. En un papa que era la gloria del mundo christiano, halló nuestra Heroína un admirador sincero y un eloqüente panegirista. De modo, que, por decirlo así, oyó pronunciar antes de su muerte el solemne decreto de su canonizacion.

A estos se siguieron otros hechos que aumentaron de nuevo la gloria de nuestra Santa. A Paulo III. sucedieron los pontífices, cuya elevación habia ella vaticinado. Marcelo II y Leon XI, no se olvidaron en el trono de la Iglesia del edificativo espectáculo que les habia dado *Catalina* desde el retiro de Prat. Pero estaba reservado para el pontificado de Pio V. el reconocer su gloria en todo su esplendor. Ya os acordareis de aquel tiempo tan fatal á los principios, y despues tan glorioso al christianismo, en el que el magnífico Soliman llevó el fuego de la guerra por el centro de la Iglesia, forzó á Belgrado, conquistó á Rhodas, hizo temblar á Hungría en las llanuras de Mohas y llevó el terror hasta Viena. Pero aquí no nos interesa para la gloria de nuestra ilustre Virgen la del mundo. Sin duda derramaria sus lágrimas por la triste suerte de los christianos. Adoraba los altos juicios de la Providencia. Detengámonos solamente en los sucesos de la Iglesia que estuvieron entónces precisamente unidos á los de *Catalina*.

Selin II, sucesor de Soliman, y menos ambicioso y guerrero que él, no se entregó desde luego sino á los deleytes de la luxuria, y á los excesos del desenfreno; pero el odio que heredó al christianismo, le hizo declarar por fin la guerra á los christianos. Rompió Selin un solemne tratado con los Venecianos, amenazó á la Isla de Chipre, se apoderó de Nicosia y sitió á Famagusta. La Europa veia con horror que se extendia el azote, y se llevaba al último exceso la inhumanidad.

¿Os parece que siendo Pio V. un pontífice como era habia de permanecer inmóvil en un tiempo tan arriesgado como aquel? ¿Se contentaria acaso su gran corazon con gemir sobre las ruinas de la abrasada Sion? No por cierto. Enardecido su zelo excitaba ya el de los príncipes christianos. El célebre Bonelli, fué inmediatamente de su orden á solicitar de Francia, Alemania, Espafia y Portugal que se formase una liga temible contra los infieles. Del buen suceso de esta negociacion dependia el de la Iglesia. Y esto es justamente, señoras, lo que al parecer habia revelado á Catalina el espíritu de Dios. En ella fué en la que despues de aquel Señor puso Bonelli toda su confianza para el logro de su pretension. Mas ¿si se frustrará su esperanza? No, porque ofreciendo nuestra Santa sus súplicas y oraciones estaba segura la victoria. En efecto, armáronse los christianos, cubrióse la mar de embarcaciones y se preparó la batalla.

¡Quiera el Dios de los combates comunicar su poder á un pueblo lleno de héroes! So-

lo la gloria del Señor es quien le anima, y ella únicamente es quien pide ser vengada. ¡Permita el Señor que se extermine para siempre una nacion impía y luxuriosa! Regaba el altar con sus lágrimas el santo pontífice, y una Virgen fervorosa redoblaba los rigores de su penitencia. El corazon de Pio V. y de Catalina parecia que se reunian con el mismo objeto. No, no creais que el cielo pueda negar la victoria á sus unidas y esforzadas súplicas. Empieza la accion, enardécense las cruzadas y triunfa la cruz. Tú, ó dichosa jornada de Lepanto, tú eternizarás para siempre en los anales de la historia la gloria de los christianos y el oprobio de las Otomanas huestes. Y tú Religion santa, no menos reconocerás en tu triunfo lo mucho que debes á las oraciones de Pio V y de Catalina, que á la intrepidez de Don Juan de Austria y al heroico valor de los christianos.

¿Que me queda ya que explicar para manifestaros la gloria de nuestra Santa en este dia? ¿No deberé yo finalizar aquí su elogio? ¿Acabar su elogio, señoras! ¿Pues no me reprehenderiais un silencio tan repentino? ¿No me echariais la culpa de que queria ocultar á su elogio una circunstancia que corona todas las demas? Hablo de aquella vision sobrenatural entre nuestra Heroína y San Felipe Neri. Aquí se queja la incredulidad y forma sus dudas la crítica; pero decide la Iglesia y es menester que se sujete la piedad. Este es un prodigio. Dios es dueño de sus propias gracias. Me explicaré.

Felipe Neri, que fué el ornamento y el restaurador del Sacerdocio, se habia fixado en Roma por el interes de la Religion. La Congregacion que él habia creado nuevamente, le llevaba todas sus atenciones. Respetado de los pueblos, consultado por los obispos, querido de los papas, y unido á los mayores santos de su siglo, llegó á percibir con edificacion y asombro los prodigios de *Catalina*. De este modo se admiró en otro tiempo San Antonio al oír los milagros de Pablo.

No tardó mucho tiempo en formarse entre nuestra Santa y Felipe un perfecto modo de pensar. El principio de estos sentimientos consistia en una recíproca admiracion, y el fin en la gloria de Dios. Pero ¡quanto sentimiento tenian en no poderse ver, hablar y comunicar respectivamente de viva voz sus diversos movimientos, y sus pensamientos secretos! Sin embargo, nos debemos persuadir que lo que no se puede en el orden de la naturaleza se consigue en el de la gracia. Así se verificó, pues por medio de una transportation misteriosa se vió el uno con el otro. ¡Que prodigio tan grande fué el que les juntó estando Felipe en Roma y *Catalina* en Prat! Ah! esto consistió en que la virtud se simpatizó con la gracia. Dos corazones unidos por la caridad pueden romper la distancia de los parages, penetrar hasta el cielo y reconcentrarse en el seno mismo de la divinidad. En este caso no forman los dos corazones sino uno solo.

¿Quantas maravillas semejantes, quantos

ex-

éxtasis, profecias é incontrastables milagros os pudiera yo citar? La vida de nuestra Santa fué solamente una continuacion de prodigios. Ah! ¿por que vino la muerte á cortar en ella tan gloriosa carrera? Estos milagros de santidad deberian vivir siempre, ya veo en efecto que permanecen mas allá del sepulcro.

Lo mismo fué morir *Casalina* que respetar ya la Italia sus cenizas. Los despojos de aquel cuerpo mortal permanecen contra la revolucion de los siglos. La confianza de los pueblos logró los primeros prodigios. Multiplícanse estos y se perpetúan, aumentándose la confianza cada dia. De este modo se ve claramente, que siempre ha estado atento el mundo para tributar homenajes á su santidad. En fin, la Iglesia de quien fué el ornamento y la gloria durante su vida, la coronó despues de su muerte. *Dabo tibi coronam vite.*

Pero el triunfo de *Catalina* no debe terminarse ni referirse á ella sola. Si, christianos, la pompa de una resplandeciente demostracion que os congrega hoy en este templo, puede que lejos tal vez de quedarse en ceremonia, os haya edificado al ver el retrato que he puesto delante de vuestra vista. Si en efecto os ha edificado, tambien os debe haber instruido.

El fruto de este discurso debe ser una reflexion natural. En aquellos tiempos en los que parecia se entibiaba la fé, triunfaba la mentira de la verdad, estaba casi enteramente desconocida la virtud y el vicio casi generalmente acreditado é introducido; en aque-

llos

llos tenebrosos siglos, vuelvo á decir, habia santos dignos de la reciente Iglesia por mas que la incredulidad se desentienda de ellos. Si nosotros no lo somos como ellos, no culpemos á nadie. La santidad es de todos los tiempos. Los medios para ser santos no nos faltan. Lo que no tenemos únicamente es, por nuestra desgracia, el ánimo y la voluntad para llegar á serlo. Yo discurro, señoras, que todos estos defectos, son agenos de vosotras. Conoceis las virtudes de *Catalina*, y las estudiáis é imitáis. ¡Quiera Dios que tan raro exemplo mantenga siempre vuestro zelo! Estad siempre atentas como ella para ocultar vuestra santidad á los ojos del mundo, y se impondrá este eternamente la obligacion de tributar homenaje á vuestra santidad sobre la tierra, hasta que el mismo Dios os sirva de recompensa en el cielo. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,
Fundador de la Compañía de Jesus:

PREDICADO EN PARIS

*En la Iglesia de la Casa Profesa de los
Padres Jesuitas: y en la del Colegio
de Luis el Grande.*

*Numquid sapientio rem, et consimilem
tui invenire potero? ¿Hallaré yo un
hombre que iguale en sabiduria, y se
parezca á tí? Gen. 41. v. 49.*

Este es el testimonio que en otro tiempo dió Faraon á Joseph, quando despues de haber explicado á aquel príncipe el fatal sueño que agitaba su espíritu calmó sus sobresaltos por medio de saludables avisos, mereció los aplausos del consejo, é hizo ver lo que debia esperar Egipto de su fidelidad, de sus cuidados y de su prevision. El rey se felicitó á sí mismo por haber tenido su trono un apoyo

se-

llos tenebrosos siglos, vuelvo á decir, habia santos dignos de la reciente Iglesia por mas que la incredulidad se desentienda de ellos. Si nosotros no lo somos como ellos, no culpemos á nadie. La santidad es de todos los tiempos. Los medios para ser santos no nos faltan. Lo que no tenemos únicamente es, por nuestra desgracia, el ánimo y la voluntad para llegar á serlo. Yo discurro, señoras, que todos estos defectos, son agenos de vosotras. Conoceis las virtudes de *Catalina*, y las estudiáis é imitais. ¡Quiera Dios que tan raro exemplo mantenga siempre vuestro zelo! Estad siempre atentas como ella para ocultar vuestra santidad á los ojos del mundo, y se impondrá este eternamente la obligacion de tributar homenaje á vuestra santidad sobre la tierra, hasta que el mismo Dios os sirva de recompensa en el cielo. Amen.

 PANEGÍRICO

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,
Fundador de la Compañía de Jesus:

PREDICADO EN PARIS

*En la Iglesia de la Casa Profesa de los
Padres Jesuitas: y en la del Colegio
de Luis el Grande.*

*Numquid sapientio rem, et consimilem
tui invenire potero? ¿Hallaré yo un
hombre que iguale en sabiduria, y se
parezca á tí? Gen. 41. v. 49.*

Este es el testimonio que en otro tiempo dió Faraon á Joseph, quando despues de haber explicado á aquel príncipe el fatal sueño que agitaba su espíritu calmó sus sobresaltos por medio de saludables avisos, mereció los aplausos del consejo, é hizo ver lo que debia esperar Egipto de su fidelidad, de sus cuidados y de su prevision. El rey se felicitó á sí mismo por haber tenido su trono un apoyo

se-

para seguir el camino de la Religion. Ella quien hizo á su corazon capaz de superar á las pruebas de la Religion. Y ella, en fin, la que descubrió á su espiritu las luces mas puras de la misma Religion.

Ignacio caminó por las sendas de ella conducido por la sabiduría. Fué superior á sus pruebas debiendo su victoria tambien á la sabiduría. Y logró iluminarse con sus luces, mereciendo igualmente á la sabiduría haberlas penetrado.

Ignacio fué un hombre, que no conoció la gloria de sus mayores sino para hacer brillar la noble emulacion de seguirles sus huellas. Un hombre de un corazon generoso, elevado é inclinado siempre á lo grande y heróyco: incapaz de prestarse á los sentimientos que no fuesen dignos de la grandeza de su corazon: deseoso naturalmente de gloria: de entendimiento sólido y penetrante, á quien no podian sorprehender ni seducir las apariencias, y de un discernimiento completo con el que penetraba en todo la verdad. En fin, un Héroe tierno que unia al delicado fuego de la juventud la prudente reflexion que solo puede dar la experiencia de los años.

¿No os representa, christianos, á *Ignacio* el carácter que acabo de describir, ántes que hubiese triunfado la gracia de su corazon? Este fué el motivo de que extraviándose de las sendas de la Religion se perdiese en las vanas esperanzas del mundo, y de que por la sombra de una gloria incierta abandonase el precioso tesoro de su virtud.

La

La carrera militar, en la que despues de haber sacrificado el hombre su reposo á la ambicion, solo consigue muchas veces sacrificar su inocencia al ídolo del placer, fué la que desde luego se abrió á la sabiduría de *Ignacio*. Profesion fatal en la que el hombre es por lo regular muy ingenioso para reparar solamente las penosas fatigas con tiernas y prematuras inclinaciones. Pero ¿si lo diré yo? ¡Ah! Nuestro Santo recorrió los senderos de la perdicion, permitiendo el cielo, que aquel que habia de ser el azote del vicio fuese ántes su víctima. Debia por sus propias flaquezas aprender á triunfar de las de los demas. Mas no, no mantendrán mucho tiempo su império sobre su corazon. En el mismo *Ignacio* hallareis muy en breve á *Ignacio*.

Encargado de la defensa de una importante plaza, obrará prodigios de valor. Hasta el mismo enemigo admirará su invencible ánimo. Su único fin era conseguir una victoria que le adquiriese lauro y reputacion, pero le estaba esperando otra mayor. Herido de un tiro se verá á las puertas de la muerte; pero esto no servirá sino para resucitarle á la gracia. De su derrota dimanará su triunfo. Con un mismo golpe se asegurarán dos conquistas: la de Pamplona á la Francia, y la del cielo á *Ignacio*.

Dexémosle, pues, ahora en medio de las mas crueles operaciones, y sufriendo constantemente por un falso punto de honor. Pongamos nuestra consideracion desde luego en aquel dichoso instante que le hizo volver en

G 2

si

si mismo quando buscaba en un horroroso parage el medio de mitigar su dolor. Se habia figurado que las obscuras sombras de su imaginacion se podrian disipar con una multitud de embustes agradables. ¡Cuán ingeniosa es la gracia para lograr sus conquistas! La vida de Jesu-Christo y de los Santos fué justamente el libro que presentó el cielo á las reflexiones de *Ignacio*. ¡Necesidad fatal! Pero era menester verse reducido á ella. Echó nuestro Santo la vista sobre aquella obra como por pasatiempo; pero se persuadia que todo quanto en ella encontrase debería aumentar su decaimiento y su pena. La leyó con indiferencia y recorrió con poco gusto. Mas ¿qué es lo que veo? no tardó mucho tiempo en detenerse. Admirábanle una multitud de prodigios; y hallándose conmovido, le faltaba poco para convencerse. Escitábanse ya en su alma movimientos interiores, y hablándole la gracia escuchaba con gusto, y vió por fin su corazon agitado. ¡Ah! y como me parece que observó volverse ácia la Religion aquella sabiduría, que es don precioso del cielo, sin embargo de que hasta entónces la habia hecho servir excesivamente á su ambicion.

Vosotros seductores encantos del mundo, vosotros, ¿qué podreis influir ya sobre su entendimiento con vuestras frívolas ideas? *Ignacio* ha penetrado la nada de las cosas humanas, y comprehendido que ningunas son grandes sino las que se hallan en la Religion. El exemplo de los Santos le ha confundido y se ha apoderado de él. Como admirador de su con-

conducta, se reprehendia á sí mismo por no haber sido siempre imitador de sus virtudes. Ha meditado, reflexionado y vuéltose á la razon, rompiendo con intrépida mano el funesto vinculo que le unia al mundo y á la fortuna.

Léjos de aquí esas conversiones ocasionadas por la ligereza de un espíritu débil: esas conversiones que se forman en un instante y se destruyen en otro, pues son propias de un hombre que no se vuelve á Dios, sino porque un mundo engañoso le ha hecho conocer la vanidad de sus mas brillantes esperanzas: de un hombre, en fin, que viene á extinguir en el seno de la Religion el humilde recuerdo de una imprevista desgracia. No son estos los sentimientos de *Ignacio*: el noble designio que forma de no separarse de los caminos de la humillacion, es en honor de la mayor gloria. La sabiduría solamente es la luz que le guia; y ved ahí el poderoso encanto que le saca del seno de las tinieblas. La sabiduría disipa los prestigios de la seduccion que amaestran su espíritu: ella era la que hacia brillar á sus ojos las luces de la verdad, y ella la que le obligaba, por decirlo así, á cimentar su union con Dios por un formal empeño. *Sapientia deduxit illum per vias rectas* (1).

Yo no me empeñaré ahora en manifestar los sentimientos de *Ignacio*, y las primeras agitaciones de su corazon; porque á la verdad, señores, ¿cómo os habia de pintar aquella sabia

G 3

(1) Sap. 10. v. 10.

bia precaucion para eximirse de las reprehensiones de un hermano á quien amaba, por medio de una separacion secretamente manejada? ¿Cómo aquella ingeniosa prudencia para ocultar con un vil exterior las distinciones de su nobleza, como si temiera que el crítico y conocedor mundo fuese capaz de hacerle apartar de sus piadosos designios? Tú conseguiste, ilustre penitente, ocultar á las indagaciones de los hombres, tanto la gloria de tu nacimiento, quanto el resplandor de tu virtud. Dexabas que condenase el mundo los aparentes excesos, siempre que ignorase la causa que les movia. Hasta el cielo mismo parece que autorizó las injustas sospechas que se levantaron contra ti; pero bien pronto supiste volver á tus ventajosas y útiles humillaciones. La sabiduría te abrió las sendas de la Religion, y te hizo muy en breve superior á sus pruebas.

Por estas y por las persecuciones se forman los apóstoles. Pablo, aquel vaso de eleccion que debia confundir á la incrédula gentilidad, quebrantar el idolo de la supersticion pagana y llevar el Evangelio hasta sobre el trono mismo, no empezó, exerció, ni desempeñó su ministerio sino por el camino de la tribulacion. Insultado, menospreciado y perseguido, triunfó solo en medio de las tempestades, y no llevó á la Religion hasta las extremidades del mundo, sino hasta que lo pudo hacer sobre un rio de sangre.

Preparó Dios á Ignacio para renovar los prodigios de la primitiva Iglesia; pero no debia

bia disponerse á su ministerio sino á costa de las mas crueles experiencias. Por los ultrages, las calumnias y persecuciones, era por donde debia solamente entrar este nuevo Pablo en la carrera del apostolado. Yo me le represento del modo que le vió España al principio de su penitencia. Recogido, pensativo, bañado en lágrimas, y en un estado edificativo y piadoso en el que solo escuchaba á su fervor. Tan breve se veia metido entre el horror de los hospitales como postrado delante del santuario, y tan pronto colmado de favores celestiales como arrebatado en éxtasis y no viviendo mas que en Jesu-Christo. A cada paso se le veia entregado á sí mismo, lleno de escrúpulos, y experimentando y sufriendo la amargura en que estaba sumergido su corazon. ¡Alternativa cruel para aquel que solo está entregado á su Dios! Pero ¿qué es lo que digo? No tardó mucho tiempo en ponerle la sabiduría sobre aquellas delicadas experiencias. El murmurar y acusar al cielo de riguroso, no fué nunca jamás el exercicio del corazon de nuestro Santo. Estos eran unos sentimientos muy poco christianos. Sus desgracias las tenia por un justo castigo. Quanto mas abandonado se veia al parecer, mas fiel era. ¡O Señor, exclamaba él en los arrebatos de una fervorosa caridad, el amarnos y amarnos para siempre es solamente la gracia que os pido y la única felicidad á que aspiro! *Amorem tui, Domine, nec quidquam aliud ultra posco* (1).

G 4

Ya

(1) Orat. S. Ignac.

Ya se cumplirán los deseos de nuestro Santo. Pero su amor debe ser antes purificado en el fuego de la tribulacion. ¡Quántas tempestades tiene que sufrir, y quantas desgracias le esperan antes que pueda gozar de un perfecto sosiego! ¿Quién le sostendrá su valor y le hará triunfar? La sabiduría. Esta es en él como un escudo impenetrable que corta los golpes de sus enemigos.

No hablo de aquellos que experimentaron tantas veces durante su vida la virtud de *Ignacio*. Hablo de aquellos freqüentes asaltos que sostuvo contra un populacho insolente que le llenaba de injurias: de una multitud de muchachos que descargaban sobre él una nube de piedras: de la preocupacion de un juez mal intencionado que le condenaba sin oírle, y contra la venganza de un hombre vano que le hacia sospechoso con una infame adulacion y lisonja.

¡Inútiles esfuerzos! Pero ¿os parece que *Ignacio* se valdrá de la proteccion de los grandes para persuadir su inocencia y atraer su favor á los que intentaban perderle? ¿Solicitará la justicia de los jueces y el socorro de los amigos? No por cierto: su justificacion solo se la debía á sí mismo y á su prudencia. Esta desarma á sus mas poderosos enemigos. Un semblante sereno quando parece que debe temer todas las cosas, una conducta siempre uniforme y una sola palabra que dexé escapar á su silencio, son otros tantos golpes mortales que hacen caer á sus piés, así á la injusticia de la preocupacion, como al furor de la embidia.

Ad-

Advirtiósse en Salamanca que prevalecia la intriga y triunfaba la embidia. Sujetósse á *Ignacio* con las cadenas que hubieran de haber sido cargados sus acusadores. Y ¿qué consiguieron? ¡Ah! no tardó mucho tiempo en penetrar su profunda sabiduría, al modo que un astro resplandeciente, la obscuridad de su prision. Como dueño de su libertad hizo conocer por un casual efecto que no queria permanecer en ella sin mandato de la justicia. Quería mas bien estar cautivo sin culpa que dexando de estarlo ser culpable. ¿Cómo era posible que una conducta tan prudente no hiciese del teatro de la confusion el de su gloria?

Las mismas persecuciones y sucesos se notaron en Alcalá. Acusáronle sus enemigos de una doctrina errónea. Solo con sospechar un error se alteraba su virtud. El mismo fué inmediatamente á presentarse al tribunal de la Inquisicion, en donde para justificarse se valió solamente de la propia doctrina de que se desconfiaba. ¿Fué su conducta distinta en París? Allí se vió amenazado con el tratamiento mas indigno; pero ¿qué es lo que hizo? No dar á conocer su inocencia sino por medio de una sumision humildísima, con el fin de que de ello no le resultase ventaja alguna.

En una palabra, ¿de qué camino se valió *Ignacio* sino del de la sabiduría para triunfar en Roma? Mil obstáculos se le presentaron para el establecimiento de su Compañía. Todo era contrario á su empresa. El zelo en los unos y la mala voluntad en los otros. Se le desechaba con desden y se le trataba con menospre-

precio. Acusábanle tambien y le condenaban. Los Cardenales y hasta el mismo Papa le apartaban de sí con menosprecio: no parecia sino que la Iglesia se oponia á sus mismos intereses. ¿Qué recursos le quedaban en este caso? Solo el de su prudencia que era suficiente para todo. Por ella se atraxo á sí á sus propios enemigos. Preséntase en la corte de Roma y empieza á hablar. Su language le daba á conocer como un hombre depositario del espíritu de Dios. Encantaba, admiraba y persuadia. Todo se mudaba al oírle. Allanáronse los obstáculos, y aquellos mismos que eran los mas terribles contrarios de su empresa llegaron á ser sus mas firmes protectores. Reconocieron la mano del Altísimo por la obra de un hombre.

De este modo, ó gran Dios, cumplisteis la promesa que hicisteis á nuestro Santo. Reparad, señores, en aquella célebre vision con la que el mismo Dios se declaró el protector de *Ignacio* contra el furor de sus enemigos. *Ego tibi Romæ propitiuss ero* (1). En efecto, ¿quántos enemigos se declararon en aquella ciudad contra nuestro Santo? Pero si hemos de hablar con verdad, no se valió el cielo de ninguno sino del mismo *Ignacio* para que triunfase. Comunicósele un rayo de la sabiduría Divina, que penetraba con su resplandor, hacia abrir los ojos, obligaba á los espíritus, documentaba los corazones, y le hizo superior no solamente á las pruebas de la Religion, sino

(1) *In vita S. Ignat.*

no que le descubrió tambien sus mas puras luces.

Descubrir los recónditos secretos del humano corazon y pintar el hombre al hombre mismo; manifestarle el fin á que se debe dirigir, y los obstáculos que le impiden llegar á él; darle á conocer los medios de que se debe valer para sobrepujar á estos obstáculos; atraerle con poderosos motivos y ganarle con invencibles razonamientos; ofrecer á su vista los misterios mas augustos de la Religion; bosquejarle una pintura natural de lo que ella misma exige de él; hacerle conocer la extension de sus preceptos, la sabiduria de sus máximas y la fuerza de sus verdades, ¿no es esta una empresa que excede á todas quantas se puedan concebir?

Explicar los principios de la moral mas pura, enseñar la doctrina de la Teología mas sana, y, en una palabra, fixar el espíritu en una resolucion con método sólido y excelente, y hablar al corazon valiéndose de reflexiones tiernas, ¿dudareis que esta es obra de un hombre consumado en el estudio de la Religion; de un hombre que por el espacio de muchos años se molestó con fatigosas indagaciones para enriquecer al mundo con un tesoro tan precioso?

Desengañaos: esta sublime obra de que acabo de daros idea debe su origen á la sabiduria, y no á un penoso trabajo. La mano que delineó el plan de ella estaba hasta entónces acostumbrada á manejar la espada. Esto fué fruto de la reflexion y no de la ciencia.

Lle-

Llevad vuestra consideracion á una tenebrosa y casi inaccesible gruta, y vereis nacer, digámoslo así, á ese libro admirable de entre los fervores de la contemplacion y las lágrimas de la penitencia. Sepultado en obscuro rincón, distante del bullicio del mundo, y desengañado un hombre de las vanidades del siglo, piensa y reflexiona á su gusto. La prudencia le fixa en este caso, guiándole é iluminándole. Disípense las tinieblas de su espíritu y parece que los misterios se descubren á sus ojos. Lleno, pues, nuestro Héroe de los conocimientos mas sublimes; apoderado de un santo deseo de comunicarles al mundo, y ansioso de aprovecharse tambien de ellos é mismo, cree, escribe y compone. La sabiduría le dicta los oráculos, y apénas es comenzada la obra quando se ve concluida.

¿No reconoceis con estas señales á *Ignacio* en el famoso retiro de Manresa? Aunque en otros tiempos era desconocido le hizo su penitencia muy célebre. En él fué donde empleado en los ejercicios de una fervorosa oracion, y arrebatado muchas veces fuera de sí mismo, se olvidaba de las revoluciones del tiempo, se entregaba enteramente á Dios y gozaba de un cielo anticipado. En él donde parecia que la fé dexaba de serle obscura, y en donde se presentaban á su entendimiento las mas claras luces; pero ¿qué luces? unas luces que podian inspirar el valor para ofrecerse pronta y generosamente por el Evangelio, aun quando este no existiera ya. Retiro de donde salió la aurora de aquel brillante dia

dia que se comunicó muy en breve por todo el Universo. Hablo, para que me entendais, de los ejercicios de San Ignacio. Obra única, conocida de todo el mundo, útil á todos los estados, y superior á todos los elogios. Obra perfecta, en fin, y á quien yo puedo llamar como prodigiosa, pues sin embargo de que es de un hombre sin letras encierra los puntos de la ciencia mas sublime.

No teneis que admiraros de lo que digo. *Ignacio* sacó sus luces de la sabiduría, y esta es la fuente de su erudicion. El estudio puede desde luego adornar al entendimiento con los conocimientos profanos, pero solo á la sabiduría corresponde dar la ciencia de los Santos. *Scientia Sanctorum prudentia* (1). Tal es la sabiduría esparcida por el libro de los ejercicios. La heregía ha querido quitar este honor á *Ignacio*; pero está señalada su obra por el dedo del espíritu de la sabiduría. Con este distintivo no se le puede desconocer. Los enemigos de nuestro Santo le pueden embidiar, y solo la injusticia se atreverá á disputársele. ¡O libro divino! ¡O monumento precioso! ¡Qué presagio ha manifestado *Ignacio* á la Iglesia con este primoroso ensayo! ¡Con cuántas luces le enriquecerá quando haya perfeccionado con el estudio los muchos conocimientos que solo debe á la sabiduría! Aquí se me ofrece una nueva serie de asuntos.

No creais que es un solitario penitente ó un nuevo *Elias* por sus éxtasis el que tengo

(1) Prov. 9. 10.

que presentaros. Es un guerrero famoso por sus expediciones, un hombre mantenido en la delicadeza de la corte y reducido á la clase de una liviana juventud. Yo le veo sepultado entre la obscuridad del pueblo, y formado por la sabiduría del mismo Dios. Reconócele por su maestro y se sujeta á su disciplina. De este modo venció el penoso estudio, cuyos principios piden siempre una suma aplicacion, ¡Qué prodigio de sabiduría!

Tú no dexarás sin duda de admirarte, prudencia del siglo, pero ¿vituperas y te atreves á vituperar una resolucion tan heróyca? Coloca, coloca en el número de los insensatos á aquel que no teme deshonorarse con las perjudiciales apariencias de semejante conducta. ¡Dichoso el insensato que se entrega al delirio de una locura semejante! Una fatuidad de esta naturaleza, excede á la sabiduría de los mismos sabios. *Stultum videtur, sed stultum hoc superat omnes sapientes* (1).

La floxa ambicion llega hasta el punto de envilecerse para adquirirse la fortuna que huye de ella, y no se detiene en comprar una gloria pasajera y momentánea á trueque de un eterno deshonor. Reniego de los excesos de su conducta; pero admiro y alabo al héroe christiano que para facilitarse los medios de adquirir la gloria de su Dios, olvida su nacimiento, escucha solamente á su zelo y no teme ser menospreciado del mundo á quien menosprecia. Si renunciando á sus propios in-

(1) Aug. in Psalm.

tereses puede sostener los de la Religion hace muy bastante: su intencion es suficiente. La singularidad de sus acciones se justifica por los sentimientos de su corazon.

No fué otro el motivo que hizo obrar así á *Ignacio* que el de la Religion. Aunque la preocupacion exclamase contra su empresa, los brillantes sucesos que produjo nos dan á conocer muy claramente que fué solamente la sabiduría el principio de ella. *Stultum videtur, sed stultum hoc superat omnes sapientes*.

De este modo se informó de la Religion por la sabiduría. Ahora solo me resta hacer os ver como triunfó la Religion por la sabiduría de *Ignacio*. Este es de mi discurso el

PUNTO SEGUNDO.

Aquellos grandes hombres que son capaces de formar los designios mas magníficos, no saben executarlos sino por el camino de la sabiduría. Esta es la regla de su conducta.

Ya parece, señores, que me dais á entender, que os imagináis á *Ignacio* sepultado en la profundidad de sus pensamientos; examinando la faz de la Religion en toda la extension de la tierra, y animado de un zelo ardiente, tomar las mas acertadas medidas para hacer conocer la fe á los que no están instruidos en ella, y para sostenerla entre los que no la conocen sino para deshorrarla. Nuestro Santo no pone otros limites á sus trabajos que

que los que tiene el mundo entero. *Stetit, et mensus est terram* (1).

¡Dilatada empresa! Solo correspondia á un hombre como él. ¿Quánto zelo es menester para intentarla y saberla dirigir? A la verdad, que para executarla se necesitaba una sabiduría consumada. Estos son, señores, los prodigios de aquella sabiduría que debo haceros admirar aquí. Sabiduría igualmente hábil, tanto para combatir á los que corrompen la Religion, quanto para formarla en aquellos que la ignoran. Entremos en esta dilatada carrera, seguros de que á cada paso que demos se nos multiplicarán los triunfos. Todo el mundo entero es el campo que os propongo. El es el teatro en donde debe exercitarse la sabiduría de *Ignacio* para honra y gloria de la Religion. Atended al detalle de una materia tan exquisita.

La Religion tiene enemigos en su mismo seno. Sus propios hijos son los que la devoran con mas furor. Ciegos y presuntuosos los unos, atacan las verdades que enseña y la corrompen con su doctrina. Respetando esta los otros, son infieles en la práctica, y como sacuden el yugo que les impone, la corrompen con sus costumbres. A los primeros es menester instruirles; y á los segundos moverles. En aquellos hay errores que destruir, y en estos vicios que desarraigar. Empeñe nuestro Santo esta costosísima obra, y la executa. Pero, ¿deberé yo referir los milagros de su prudencia

(1) Habac. c. 3. v. 6.

cia sin manifestaros la triste pintura de las desgracias que les ocasionaron? ¿Cuál era el estado de la Iglesia?

Obediente la Inglaterra por mucho tiempo á los decretos de los soberanos Pontífices, acababa de separarse de su autoridad. Por medio de una repentina revolucion, se sepultó en el injusto resentimiento de un príncipe ciego por el fuego de sus pasiones. En Alemania acababa de presentarse un hombre vivo é impetuoso á quien animaba el deseo de un vil interés. Era vehemente en sus discursos, y tenia mucho poder sobre la credulidad de los pueblos. Un peligro tan grande como este amenazaba en Francia á la Religion. Ya se empezaban á formar aquellas funestas tempestades, cuyos negros vapores no se disipan sino despues de unas guerras sangrientas. Era universal el contagio, y ya se iban deslizandolos nuevos errores de provincia en provincia, y de reyno en reyno. Por todas partes seguia el nacimiento de la heregía á la depravacion de las costumbres. La piedad estaba desterrada del Santuario, y la Casa sin obreros. La ignorancia de los prelados parecia que autorizaba la de los pueblos, y servian sus perniciosos exemplos de excusa á los escándalos que reynaban y á la impiedad que se esparcia.

¿Quién defenderá, pues, á la Religion en tan deplorable estado? *Ignacio*. Guiado este por la sabiduría atraerá la paz á la Iglesia. El solamente lo hará, porque de nadie necesita. Sabe multiplicarse y extender su espiritu por toda la tierra. Combatir á todas las heregías

y extirparlas; atacar á todos los vicios y desarraigarles. Emprende, pues, esta obra, y se extremece el infierno, quien se valia de todos los medios posibles para destruir un proyecto que le debía ser tan fatal. Combate *Ignacio* y triunfa, tanto por sí mismo quanto por los que á él se asociaron.

¿Queréis vosotros que os recuerde aquí todos los trabajos que tuvo que sufrir para juntar á sus primeros discípulos; las medidas que tuvo que tomar antes de manifestarse á ellos, y las trazas de que tuvo que usar para unirles por un vínculo imperceptible? ¿Os acomoda que siga yo á aquellos nuevos apóstoles por las grutas subterráneas que recibieron sus solemnes votos? Sobre aquella respetable montaña en donde todavía está chorreando la sangre de los mártires, les vereis recoger un zelo tan grande y un valor tan singular, que les hará triunfar hasta de la misma muerte. No tardareis mucho tampoco en verle salir de aquellas venerables cuevas. Apoderase de ellos un fuego divino. Manifiesta Roma sus deseos, y puestos baxo el cuidado de *Ignacio* se empeñaron muy en breve en la delicada carrera del apostolado, haciendo verdaderos prodigios con sus primeros ensayos. Las aguas de aquel nuevo rio se alejarán de su origen, y acarrearán sin tardanza la fertilidad mas abundante hasta en las tierras mas estériles é ingratas.

Pero yo me estoy cansando, y esta nueva Compañía combate ya maravillosamente al error. Anglicanos, Luteranos y Calvinistas, todos

dos son el objeto de su zelo. Armado con el acero de la predicacion, ataca, persigue, ataja los rodeos, descubre los artificios y vence los obstáculos. La mas fuerte resistencia cede al ardor de un zelo tan activo. Ni los principios erróneos, ni los engañosos discursos se escapan á la vigilancia de aquellos héroes christianos. Vencedores en las públicas disputas y en las particulares conversaciones, por todas partes se anunciaban su gloria y sus triunfos. ¡Qué hombres aquellos! Mas ¿acaso nos debemos admirar de esto? Aquellos eran unos hombres formados por la sabiduría de *Ignacio*. Este habia indagado la naturaleza del veneno antes de aplicarle el remedio. Conocia la debilidad de la heregía y por eso no se detenía en atacarla con su propia debilidad.

Estaba muy bien enterado de que los hereges buscan por la brillantez de una doctrina pomposa el medio de alucinar á los entendimientos. Y ¿qué es lo que él les oponia? Unos hombres alimentados con la sana doctrina; armados de las sagradas autoridades como de un escudo impenetrable; enemigos por razon de su estado de todas las novedades profanas; desprendidos de su propio sentimiento y ceñidos á seguir el que estaba mas generalmente aprobado. Sabia *Ignacio* tambien, que los hereges son ingeniosos para encubrirse. Y ¿qué es lo que oponia contra ellos? Unos hombres capaces de sacar el error de entre las sombras con que se cubre: unos hombres que persuaden ó confunden con la solidez de su doctrina, y son los destructores de la here-

gía, ó las víctimas de la verdad. Sabia igualmente, que los hereges procuran con todos sus esfuerzos trastornar el império de la Iglesia. Y ¿qué oponia contra ellos? Unos hombres unidos á los soberanos Pontífices, que respetaban los decretos de Dios en los de su Iglesia, y unos hombres, en fin, que se imponian la obligacion de ser á un mismo tiempo, y a sus mas fieles hijos y ya sus mas zelosos defensores.

Tal es el espíritu y la sabiduría que conduce á *Ignacio*. ¿Quántas veces desafió al combate esta digna cabeza de Israel á sus mas poderosos enemigos? ¿Quántas veces les obligó á excusar por medio de una precipitada fuga la confusion que les esperaba? Hasta en sus atrincheramientos sabia descubrirles. Procure desde luego aquella artificiosa serpiente de la heregia librarse una y mil veces de la triste suerte que la espera, y busque en buen-hora el medio de seducir á la credulidad de los pueblos por una falsa sumision, que la sabiduría de *Ignacio* sabrá descubrir la impostura y desconcertar al error. Medite desde luego la heregia al verse superior á su derrota el modo de vengarse de su vencedor, que tranquilo *Ignacio* en medio de la tempestad advertirá los proyectos del furor; les destruirá su prudencia, y adquirirá de ellos la victoria quando lisongeados estén meditando su pérdida.

En el centro de la caridad, Roma, se dexó ver un falso apóstol que, aunque célebre por sus talentos, lo era aun mucho mas por su

su reputacion. Hombre al parecer de buenas costumbres, hábil en el modo de producirse, é ingenioso para extender sus errores y hacer gustar de ellos. Como dueño de los espíritus, procuraba cautivar los corazones y hacer correr en ellos por unos imperceptibles conductos el veneno que sabia preparar con arte. En una palabra, era un nuevo Lutero, que se levantaba contra la Iglesia en el seno de la Iglesia misma. ¡O qué asombro! Es menester combatir, proscribir y anatematizar á este fatal enemigo de la Religion: Enardecióse la fe y el zelo de *Ignacio*; pero no le permitia la sabiduría dar un ruidoso é indiscreto golpe. Admirad, pues, señores, la conducta de un hombre en quien siempre reyna la prudencia. Contúvose desde luego en el preciso silencio, y observando al herege para conocerle mejor, no le descubrió despues sino para mas bien atacarle y confundirle. Ya habia intentado nuestro Santo apartar el error con avisos sabiamente discurridos y manejados; pero de ningún modo queria rendirse, ni condescender con ellos. Sabia indemnizarse de la justa sospecha de *Ignacio*, y echarle con mucha maña la culpa. Declaróse la guerra y fué nuestro Santo acusado, siendo sus discípulos comprehendidos en la misma persecucion. Nuestro Santo era á favor de Roma, y esta ciudad era contra nuestro Santo. Hasta este punto llegarás tú, novedad profana, pero ya tienes en él el término de tu audacia. *Usque buc venies*. Tu orgulloso esfuerzo vendrá á estrellarse contra su prudencia: victoriosa siempre su sabiduría

duría confundirá á sus enemigos con los mismos testimonios que habian reproducido contra él. Desesperado, confuso y fugitivo el monge apóstata, no se libró algun tiempo de su desgraciada suerte sino para servir mas bien, á pesar de todos sus artificios, á la gloria de la Religion, y en particular al triunfo de *Ignacio*. *Vincitur per sapientiam*. ¿Quántas otras excelencias tenia que referir todavia acerca de su sabiduría?

Desde la capital de Roma, en donde habia hecho su asiento aquel nuevo sol, esparció sus rayos por toda la Europa, y se disiparon repentinamente las tinieblas en que estaba sepultada. Un concilio ecuménico admitió los oráculos de *Ignacio* en boca de Laynez, Salmeron y Jay. Por la sabiduría de nuestro Santo fué por la que atacó, combatió y deshizo el célebre Canisio á los hereges de Alemania. Ella fué tambien la que guió el zelo del grande Campiano en Inglaterra, y le hizo mártir de la verdad despues de haber sido su apóstol. Y ¿no parece que la Francia ha tenido otro *Ignacio* en el ilustre Regis, vencedor del Calvinismo y gloria de la Compañía de Jesus? Pero no es bastante defender á la Religion atacada en su doctrina. Es menester aun restablecer la santidad de sus costumbres. Yo no sé, á la verdad, lo que será mas difícil, si atraer un pecador á la gracia, ó un herege á la verdad. Para triunfar de este, basta muchas veces destruir las preocupaciones de su entendimiento; para vencer á aquel siempre es necesario arrancar los pen-
sa-

samientos de su corazon. La conquista de este es una obra delicada, que no ignoraba nuestro Santo. Una triste experiencia le habia hecho conocer muy bien quan poderoso es el imperio de las pasiones. Pero ¿qué es lo que no puede el zelo sostenido por la sabiduría? Esta es un torrente que rompe todos los diques. Nada se resiste á sus esfuerzos. Lo mismo fué presentarse á *Ignacio* que levantarse la piedad sobre los despojos de la irreligion. Los encantos de la lascivia cedieron á los atractivos de la virtud. Cesaron los desórdenes, y no quedaba por ninguna parte sino el amargo sentimiento del abandono.

¡Quántas maravillas, señores, ofreceria yo aquí á vuestra consideracion, si refiriese todas las victorias que consiguió nuestro Santo sobre las iniquidades del siglo! Pero detenida mi imaginacion con la multitud de objetos, apenas puede seguir en la rapidez de su carrera á aquel conquistador de las almas. Cortóse el pomposo lujo de las mugeres mundanas; y los juegos de envite, en donde muchas veces deciden las fullerias, fueron suspendidos y proscriptos dexando permanente á la fortuna. Restablecióse la regularidad en un famoso monasterio, y renació en él el espíritu y el fervor. Pero esto, oyentes míos, no es sino el preludio de lo que debia hacer *Ignacio*. Mas vasto era su corazon que el Universo. Semejante á la luz, hubiera querido estar á un mismo tiempo en todas partes. Nada era imposible para su caridad, ni ninguna cosa detenia la actividad de su zelo.

Vedle sumergido , á pesar del rigor de la estacion , en un estanque medio helado , y ser desde esta nueva especie de púlpito un predicador persuasivo y libre de los desgraciados lazos de una criminal costumbre. ¡Ah! mucho mas feliz que su prudencia en esta ocasion , se habia persuadido aquel inocente artificio para asegurar á la gracia la conquista de un corazon rebelde.

Miradle puesto á los pies de un ministro prevaricador , como se hace penitente por atraerle á la penitencia , y como confiesa por que confiese. Sus lágrimas eran como una piadosa extratagema para mover aquel empedernido corazon. Este era el único recurso que quedaba á su prudencia para volver á aquel infiel servidor á la santidad de su estado.

¡O qué conducta , gran Dios! En ella reconozco tu sabiduría. Sola ella podia ser capaz de hacer obrar á *Ignacio* semejantes prodigios. Estos son los que multiplica y perpetúa mediante los trabajos de su Compañía. Ella es quien ha hecho volver á la casa de sus padres tantos hijos pródigos. Ella quien por los encantos de la eloqüencia instruye á los entendimientos y conquista los corazones. Pero con lo que principalmente triunfa , es con la fuerza de sus exemplos. ¡Qué conjunto tan maravilloso de virtudes forma su caracter! Si se mira á la mortificacion se verá que impuso *Ignacio* á su Compañía una obligacion otro tanto mas esencial acerca de ella , en quanto parecia que la abandonaba al libre y desesperado furor de cada particular. Si se atiende á la

la obediencia , se observará que no dexa seguir á su Compañía otra voluntad que la de una potestad superior con la qual queria que tratase y se extendiese. Dígalo sino aquella famosa carta en donde supo pintar su sabiduría con tan vivos colores los caractéres de la obediencia , y en donde hizo ver , que esta es la única virtud que mantiene y produce á todas las demas. Como obra digna de su autor , se ven en ella mas oráculos que palabras::: Atento siempre á mantener en su Compañía una perfecta obediencia , sabia igualmente hacer que subsistiese en ella la mas heróyca caridad.

Si , christianos. Digo la mas heróyca caridad , porque queria *Ignacio* que olvidase su Compañía los mas sangrientos ultrages , caridad tan propia siempre por cierto , que la atrajo mil veces la secreta benevolencia de sus mas terribles enemigos. A vista de este espíritu que caracteriza el instituto , ¿cómo es posible que desconozcáis la sabiduría del Fundador? En combatir todos los vicios con el exemplo de todas las virtudes , es en lo que consiste el colmo de su sabiduría. Mas , ¿qué digo yo? Aun no teneis sino una ligera idea de lo que es. Confundir la heregía y abolir el vicio , es una parte de las muchas que componen sus trabajos. Eran mucho mas vastos sus designios. Ya que habia dado contra los que corrompian la Religion , debia instruir tambien en ella á los que la ignoraban.

No , no sois vosotros solamente , ó desgraciados pueblos , puestos á la sombra de la muer-

muerte en esas regiones distantes á donde jamas ha penetrado la luz de la fe, no sois vosotros, digo, únicamente á los que se necesita comunicar la profundidad de nuestros misterios. En medio de la Iglesia hay christianos, cuya razon es tan limitada, que apénas es capaz de descubrir la cosa mas leve. Susceptibles á todas las preocupaciones, siguen la ley porque se les ha dicho que es menester que la sigan. Como ignoran lo que profesan son unos espíritus muy fáciles al error, y á quienes es menester disipar las primeras tinieblas. Al cuidado de *Ignacio* es al que entregó la Religion aquellas nuevas plantas. A él le toca cultivarlas. Esta parte de un ministerio apostólico, era muy importante para que se escapase á su zelo. Su prudencia la supo desempeñar, y la obra causó la admiracion del Universo.

Aquí quiero recordaros el origen de aquellas célebres academias, en donde entregada la juventud á la prudencia de nuestro Santo y de maestros hábiles, se instruye á un mismo tiempo en la ciencia que en la piedad; donde la misma mano que dirige á los entendimientos en el estudio de los conocimientos humanos; les dirige tambien en el de las santas verdades, y en fin, donde por medio de la educacion mas perfecta, proporciona el tiempo á la Iglesia y al estado las mas abundantes riquezas.

Sábía índole de *Ignacio* por cierto, pues supo conciliar la ventaja de su Orden con la utilidad de la Religion, y mantener en ella

la

la ciencia sin perjudicar á la piedad. En efecto, no conocerle mas que por su ciencia, es no tener casi idea de lo que es. El espíritu de Religion que le anima es uno de los méritos que le hacen digno de nuestros elogios.

¡Ah! No hay cosa mas comun en él que sacrificar la ambicion de ser sabio por la obligacion de ser virtuoso. Los discípulos de nuestro Santo están libres de semejante reprehension. Quería que divididos entre el estudio y la oracion, se defendiesen con el recogimiento de aquel de la disipacion que podia sobrevenirles en ésta. Quería que por el espacio de dos años se ejercitasen en el estudio de la virtud antes que se empeñasen en la carrera de las ciencias. ¿Salían del bullicio de las aulas? Pues en este caso quería que en el silencio de un segundo retiro se afirmasen de nuevo en la práctica de la perfeccion. En una palabra, gustaba de que la misma ciencia fuese para ella una fuente y un medio de santidad. Queriendo mejor ver en su Compañía santos que sabios, prefería las virtudes sin talentos á los talentos sin virtud. Un exemplo maravilloso os convencerá mas bien de esta proposicion.

En el décimo sexto siglo se dexó ver un hombre cuya reputacion se mantiene aun hoy dia: era de ingenio vivo, sublime, penetrante y universal, capaz de aprenderlo todo, y feliz para retenerlo en su memoria; versado en todas las lenguas, y profundo en todas las ciencias; favorecido por un gran príncipe, que le miraba como un hombre superior á los de-

demas ; respetado de los sabios , quienes le reconocian por su maestro , y celebrado , en fin , por toda la Europa , quien no solo le admiraba , sino que le consultaba como á oráculo.

¡Qué á propósito parecia un hombre como este para patrocinar los designios de *Ignacio* ! Lo parecia en efecto , pero no lo era. No tardó mucho tiempo nuestro Santo en desengañarse de aquella fingida apariencia que le habia pretendido engañar. Contra toda la brillantez del mérito , supo desentrafiar su prudencia en él un carácter vicioso. En su grande entendimiento tuvo mafia para descubrir el espíritu sistemático que le dominaba. Esto era suficiente. Los grandes talentos no le podian hacer titubear. Si fuera virtuoso Postelo hubiera sido digno hijo de *Ignacio*. No hubiera necesitado mas que su virtud , aunque para ello no le era suficiente su ciencia. Su exemplo , pues , hizo conocer al universo admirado , que sabia nuestro Fundador separar de su Compañía á los individuos que mas la podian honrar , siempre que no acarreasen igualmente honor á la Religion. Mas ¿para qué me detengo yo aqui? ¿Por qué no he de adelantar mis pasos hasta mas allá de la Europa? La sabiduría de *Ignacio* resplandece desde un polo á otro. Por todas partes asegura triunfos á la Religion. *Sapientia complevit labores illius* (1).

Con el favor de una dichosa navegacion , y baxo los auspicios de un poderoso rey , acaba-

(1) Sap. 10.

baban de salir las indias Orientales del tenebroso cahos en que hasta entónces habian estado sepultadas. ¡Qué admirable es en todo el orden de la divina Providencia! Hasta las mismas pasiones del hombre sirven para los designios de Dios. Con la esperanza de este descubrimiento , menospreció un pueblo belicoso los peligros de la mar y llegó á aquellas extrañas riberas , estableciendo en ellas no solamente su fortuna , sino su dominacion. Aquel era un puerto , que abria el cielo en las regiones infieles para el establecimiento de la fé. Aunque la codicia humana vaya á despojar de sus inmensas riquezas á esta tierra fértil , llevarán tambien á ella tesoros mas preciosos unos infatigables apóstoles. Enarbolarán el estandarte de la cruz sobre las ruinas de la idolatría ; dulcificarán desde luego el bárbaro y feroz carácter de aquellos pueblos incultos , y les harán christianos ; pero ¿qué digo yo? Harán mártires de ellos.

Esta gloria estaba reservada no tanto para el mismo *Ignacio* , quanto para sus hijos. Sino hubiera escuchado mas que al ardor de su zelo , en breve se le hubiera visto al frente de tan grande obra poner los fundamentos á esta nueva Iglesia. Se creía mucho mas dichoso en coronar sus trabajos por el sacrificio de su vida. Por lo mismo , si hubiera hecho tal peregrinacion á las tierras infieles , no hubiera dexado de buscar á los tiranos , menospreciar su furor , y hablar y morir por la fé. Pero la suerte no es siempre conforme á los deseos. Manifestó el cielo su voluntad , y permaneció

ció en Europa. A pesar de sus lágrimas y de su resistencia le vió Roma por primer General de su Orden. La sabiduría de su gobierno admiró al mundo christiano, y no hay duda que servirá de modelo á sus sucesores. Pero no estaba destinado para él triunfar de la idolatría. ¡Qué sentimiento para su corazón! ó por mejor decir, su corazón participará de todos los trabajos de sus hijos. En efecto, sigámosle hasta los climas mas remotos, y veremos como no se gobiernan sus discípulos sino por el espíritu de su maestro. La sabiduría de *Ignacio* es quien los dirige, y su zelo el que los anima.

Yo veo á aquel grande Héroe christiano Xavier, que en los últimos tiempos de la Iglesia renovó las maravillas de la primitiva; á aquel nuevo Pablo que por la virtud de su predicacion y por la multitud de sus milagros, reduxo á la obediencia de la Iglesia á tantos reyes y reynos; á aquel corazón mas grande que el de Alexandro para quien no bastaba la conquista de todo un mundo, y, en fin, á aquel incomparable apóstol de las Indias y del Japon que no pensaba ni hacia nada sino por los consejos y las órdenes de *Ignacio*. Este era el que arreglaba todos sus pasos. Que hable sino, y se verá como el sol del Oriente, suspende su rápido curso. Como humilde discípulo de nuestro Santo, puso á sus pies las coronas de los monarcas y los corazones de los pueblos que sujetó á los estandartes de la cruz. En una palabra, le ofreció el fruto y la esperanza de sus trabajos.

Aho-

Ahora bien, hombres apóstólicos, vosotros que sois dignos sucesores de Xavier, vosotros que habeis padecido tantas fatigas, recorrido tantos mares y despreciado tantos peligros. ¿No es verdad que quando anunciasteis el Evangelio á presencia de los tiranos, menospreciando santamente el furor con vuestro zelo, y haciéndoos mas intrépidos é invencibles la muerte que teniais delante de los ojos, era el espíritu de *Ignacio* el que os animaba? El era el que sin duda excitaba vuestro valor é inspiraba vuestros mas que humanos sentimientos.

Estas eran las expresiones con que se distinguia *Ignacio* para mayor gloria de Dios. *Ad majorem Dei gloriam* (1). Todas sus acciones y pensamientos se dirigian á aumentar la gloria de Dios, defenderla, extenderla y perpetuarla. *Ad majorem Dei gloriam*. Tales eran los sentimientos que se perpetuaban en su Compañía. No, no era un vil interés el que la hacia pasar los mares y regar con la sangre de sus apóstoles aquellas tierras ingratas. La gloria de Dios y el establecimiento de la Religion en ellas era el noble objeto que la animaba. *Ad majorem Dei gloriam*. Los templos de los falsos dioses reducidos á ceniza; los cultos supersticiosos abolidos, y la fé triunfante en el centro de la idolatría, son otras tantas voces que os manifiestan mejor que la mia haber sostenido únicamente la constancia de un zelo tan heróyco el interés de la gloria de Dios. *Ad majorem Dei gloriam*. Si los

hi-

(1) *In vitâ S. Ignat.*

hijos de *Ignacio* fueran unos apóstoles ambiciosos, ¿qué necesidad tenían de haber ido á buscar á otro emisferio los honores que hallaban y rehusaban por todas partes contentándose solo con merecerlos?

¿Qué hombres, pues, mas á propósito que estos para ocupar las primeras dignidades de la Iglesia? Pero como su regla les alejaba de ellas, no aspiraban sus corazones á obtenerlas. Persuadido nuestro Santo á que semejante sacrificio era muy necesario á su Compañía, la impuso sobre ello una estrecha obligación. Solo el mandato de los soberanos pontífices la pudo legitimamente dispensar; pero ¿quan poco se supo aprovechar de esta licencia? ¡O Religión santa! ¿No miraba *Ignacio* á vuestra gloria en las ventajas que queria proporcionar á su Compañía? Su idea era la de ponerla en estado de que os sirviese siempre con fidelidad al mismo tiempo que con desinterés.

¡Admirable sabiduría de *Ignacio* para perpetuar mas allá de sí mismo las puras intenciones de su zelo, y asegurar á la Religión inmortales triunfos hasta desde el mismo seno de su sepulcro! ¡Ah! ¡Aquel lance tan triste me encamina insensiblemente á mi asunto! ¡Este es el término fatal de la brillante carrera que nos ofrece nuestro Santo! Si, christianos, murió en efecto; pero permíidme que recoja aquí sus últimos sentimientos. El cielo le llama para sí al propio tiempo que le detiene la tierra. Ya habia honrado y cumplido con su ministerio, y sin embargo quisiera em-

peñarse su zelo todavía en nuevos combates. Aun quedaban pueblos que convertir. ¡Qué no pudiera ser su apóstol!

Pero yo me engaño; porque como fiel adorador de los divinos juicios, no escuchaba ya los movimientos de su zelo. *Sordet tellus*, decia él, *dum Cælum aspicio* (1). ¿Qué puedes tú hacer, ó mundo profano y herético, eterna mansion de todos los vicios, qué puedes tú hacer sobre mi corazón y espíritu? No, no me deleytan tus miserables bienes. Mucho mas sólidos son los que me esperan. *Sordet tellus*. No, decia á la tierra, triste mansion de mi destierro, no eres tú capaz de detenerme. Yo voy al Cielo que se abre para mí. Aquella es mi patria. A ella es á donde encamino todos mis deseos. *Sordet tellus, dum Cælum aspicio*. Transportado *Ignacio* en sus santos y heróyicos sentimientos, y como fuera de sí mismo, acabó con esta vida mortal. Si, christianos, murió aquel glorioso patriarca, aquel sabio Joseph de la nueva ley. Admirado y respetado durante su vida, no tardó mucho su muerte en hacerle por todas partes un objeto de veneracion. Su nombre está solemnemente escrito en los anales de la Iglesia, y toda la tierra está llena de sus alabanzas. *Laudis ejus plena est terra* (2).

Felipe Neri, Francisco de Borja y Carlos Borromeo fueron sus panegiristas. La incomparable Santa Teresa le admiraba y la pare-

Tom. IV.

(1) *In vitâ S. Ignat.*

(2) Habac. 3. v. 3.

cia que le estaba viendo reproducirse en su compañía. Baronio y Belarmino anuncian los maravillosos prodigios que cada dia se notan en su sepulcro. Los soberanos pontífices creen que no pueden darle tan magníficos elógijs como mereçe. De tal modo , que así como *Ignacio* procuró la gloria de la Iglesia , se apresura esta para celebrar la de *Ignacio*. *Laudis ejus plena est terra.*

Viva, pues, y viva para siempre en el corazon de todos los christianos este hombre que fué el apoyo del Christianismo. Aprovechémos de los socorros que nos ha dexado; y quiera Dios que nos lleve á la perfeccion sobre la tierra , y despues á la gloria del cielo. Amen.



PANEGÍRICO DE SAN GERMANO,

Obispo de París , Titular de la Abadía
Real de S. Germano de los Prés:

PREDICADO

En la Iglesia de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de S. Germano.

Cum ipso sum in tribulatione ; eripiam eum , et glorificabo eum. Yo le acompañe en la afliccion ; le sacaré de ella , y le colmaré de gloria. *Ps. 90. v. 15.*

Los trabajos y los contratiempos son la herencia de los santos. Talés son las misteriosas sendas por donde caminan á la gloria los escogidos de Dios. Siempre perseguidos y jamas abandonados , logran ser sostenidos por la misma mano que los tienta. Expuestos por

cia que le estaba viendo reproducirse en su compañía. Baronio y Belarmino anuncian los maravillosos prodigios que cada dia se notan en su sepulcro. Los soberanos pontífices creen que no pueden darle tan magníficos elógijs como mereçe. De tal modo , que así como *Ignacio* procuró la gloria de la Iglesia , se apresura esta para celebrar la de *Ignacio*. *Laudis ejus plena est terra.*

Viva, pues, y viva para siempre en el corazon de todos los christianos este hombre que fué el apoyo del Christianismo. Aprovechémos de los socorros que nos ha dexado; y quiera Dios que nos lleve á la perfeccion sobre la tierra , y despues á la gloria del cielo. Amen.



PANEGÍRICO DE SAN GERMANO,

Obispo de París , Titular de la Abadía
Real de S. Germano de los Prés:

PREDICADO

En la Iglesia de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de S. Germano.

Cum ipso sum in tribulatione ; eripiam eum , et glorificabo eum. Yo le acompañe en la afliccion ; le sacaré de ella , y le colmaré de gloria. *Ps. 90. v. 15.*

Los trabajos y los contratiempos son la herencia de los santos. Talés son las misteriosas sendas por donde caminan á la gloria los escogidos de Dios. Siempre perseguidos y jamas abandonados , logran ser sostenidos por la misma mano que los tienta. Expuestos por

algun tiempo á los mas violentos ultrages, lo gran por fin un perfecto sosiego: esta es la recompensa de su valor. Quanto mayores han sido sus humillaciones, otro tanto mas brillante es su gloria. *Cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum, et glorificabo eum.*

Echemos la vista sobre la gloria de *S. Germano*, aquella firme columna de la Iglesia Galicana, y ornamento y gloria de la de París. Recopilemos los acontecimientos de una vida tan milagrosa. ¿Qué alternativa tan singular de tribulaciones y de gloria se nos presenta en ella! Tan breve olvidado, menospreciado y perseguido, como respetado de los pueblos, consultado de los reyes y colmado de honores: en uno y otro estado siempre firme, siempre constante en la verdad y siempre santo. Firme en las desgracias, adoraba los altos juicios de un Dios severo: humilde en la elevacion, adoraba los juicios de una milagrosa Providencia. Por todas partes le guia la Religion, le sostiene y le corona. *Cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum, et glorificabo eum.* En dos palabras:

Por el camino de las tribulaciones llegó á ser *Germano* un prodigio de gloria. *Punto primero.*

En medio de la mayor gloria y honor, fué siempre *Germano* un prodigio de santidad. *Punto segundo.* Imploremos, &c.

PRI-

PRIMERA PARTE.

¡Quánto resplandece aquí la verdad de este oráculo! Solo al que ha sufrido terribles combates pertenece atreverse á coronarla. *Nemo coronabitur, nisi qui legitime certaverit* (1). Por el penoso camino de los combates fué por el que llegó *Germano* al templo del honor. ¿Qué idea es la que os formais desde luego vosotros de este Santo? ¿Le admirais como si fuera una de las lumbreras de la Iglesia? Pues sabed que no subió al trono de ella sino por el camino de los trabajos. ¿Le admirais como á un hombre prodigioso? Pues no llegó á ser depositario del poder divino, sino despues de haber sido el blanco de las persecuciones de los hombres. ¿Le admirais como á oráculo de los reyes? Pues no exerció su autoridad sobre los potentados, sino despues de haber sufrido los mas sangrientos menosprecios. Vosotros, pues, vereis salir la luz de la Iglesia del seno de las aflicciones. Vereis salir al hombre prodigioso del seno de las persecuciones, y, en una palabra, vereis salir al oráculo de los reyes del seno de las humillaciones. De este modo llegó á ser *Germano* un prodigio de gloria por el camino de las desgracias. *Cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum, et glorificabo eum.*

¡O qué pintura tan triste se me ofrece á la vista! Un corazon firme é inaccesible á las importunas y continuas trazas del sentimiento y

13

(1) II. Tim. c. 2. v. 5.

de la humanidad; la ternura vuela en furor; sufocada la naturaleza; una madre sumamente barbara para meditar la muerte de su hijo aun antes de haberle dado la vida; una madre que se esfuerza para hacer en su propio seno el sepulcro de su hijo. Si oyentes míos: tal es el horroroso espectáculo que desde luego me sorprende en la historia de *Germano*. Yo no dudo que vosotros os estremecereis al oír estas expresiones; pero no dan á entender mas que las primicias de lo que debe sufrir nuestro Santo. Vencedor de la muerte antes de nacer (permitidme que hable de este modo), solo goza de la luz del dia para verse amenazado muy en breve con su pérdida. Un peligro le encaminaba á otro, y siempre experimentaba nuevas desgracias.

Habiendo salido bien del funesto atentado de una madre desnaturalizada, se vió para caer en los lazos de la ambición. ¿De qué no es esta capaz? Baxo los engañosos exteriores de la amistad, ocultaba sus mas denigrativos proyectos para armarse contra *Germano*. Preparáronse dos copas y se le brindó á que bebiese de ellas. Una mano mercenaria, frágil y vendida á la iniquidad supo mezclar en un delicioso licor el veneno mas sutil. La esperanza de una riquísima herencia inspiró el crimen; pero éste será castigado, y el detentador de la víctima será el que pague el delito premeditado. ¡O gran Dios, y como cuidais de la vida de este Santo! Aquella composicion fatal que le debia ser suministrada, se le presentó inadvertidamente á *Stratido*. Perció éste

te al tomarla y triunfó el inocente. ¿No advertís en todas estas señales el misterio de una vocacion superior? Nacido para ser la gloria del Episcopado, no debia llegar á él *Germano*, sino por el camino de los sufrimientos: era menester que se preparase con las pruebas mas terribles para el ministerio mas trabajoso.

Pero ya le veo entrar en la carrera que abrió en su favor la Providencia. Instruido en la virtud por la virtud misma, y baxo el cuidado del piadoso *Scapilion*, no tardó mucho en ser la admiracion de su maestro. Prodigio de prudencia, sabio sin orgullo, religioso por inclinacion. La ciudad de Autun le habia visto ascender al sacerdocio desde los menores empleos de la Iglesia. La abadía de San *Sinforiano*, aunque corta recompensa de sus trabajos apostólicos, solo le habia servido para aumentar el ardor de su zelo. Casi todo el Oriente estaba lleno de sus alabanzas. Como era á propósito para ocupar uno de los primeros puestos de la Iglesia, se le nombró unánimemente para la silla de París. En vano se resistia *Germano* negándose su modestia á su elevacion. Por medio de un sueño misterioso le pareció que habia oido la orden del cielo. Venció por fin la obediencia á la humildad, y condescendió con la eleccion.

No era todavia París lo que es en el dia; ni era una ciudad célebre por su prodigiosa extension, por la brillantez y magnificencia de sus edificios, ni por el número ni el ingenio de sus habitantes. No, no era París todavia este famoso parage en donde la opulencia

es siempre ingeniosa para hallar una nueva delicadeza en el luxo, y en donde acreditado el escándalo por el exemplo de los grandes, se produce con audacia, se sostiene impunemente y triunfa muchas veces hasta de la propia justicia. Ni ménos era París entónces el centro de las artes y de las ciencias; pero tampoco era la ciencia como la del día, que por desgracia vemos es una fatal semilla de la incredulidad. Los espíritus eran en aquel tiempo ménos brillantes, y mas verdaderos los corazones: se reconocían ménos habitantes y muchos mas christianos. No se revestía en aquel tiempo el vicio de las apariencias de la piedad, para abrirse un camino fácil á su fortuna: se ignoraban las secretas intrigas de la política, y solamente el honor de servir á la Religion, al estado y al rey, formaba los ribales y causaba su emulacion. La virtud era el distintivo de los grandes, y la santidad el primer paso que encaminaba los hombres á las dignidades de la Iglesia.

Sin embargo, no os figureis una ciudad, en donde fuese la piedad de los pueblos tan universal que pudiera permanecer sin accion el zelo de un digno prelado. París tenia sus vicios contra quienes era menester declararse; sus abusos que cortar, y sus errores que combatir. Aun subsistian en ella algunas infelices reliquias de la idolatría y era necesario exterminarlas. París tenia pueblos á quienes era indispensable instruir, y clerecía que se necesitaba reformar. Todos estos encargos y obligaciones los sabrá desempeñar *Germano*.

Acree-

Acreeador al Episcopado antes de obtenerle, ejercerá sus funciones con un zelo verdaderamente apostólico: llegará á ser el modelo de los prelados, la gloria de la Francia y la admiracion de Europa. Pero ¿para qué me caso? Ya era entónces la admiracion del mundo christiano, y su reciente gloria se habia elevado como un astro resplandeciente. Haciéndose á él dócil la naturaleza, se observó que respetaba su voz como si fuera la de un Elías. Mas antes de manifestaros aquí el hombre prodigioso, debo representárosle tambien en medio de las tribulaciones. Por el camino de los sufrimientos llegó á obtener los honores de la Iglesia. Del seno mismo de las tempestades y persecuciones es de donde debe salir el Señor de los elementos y el Taumaturgo.

Díganlo sino aquellos desgraciados dias de turbulencia y de horror en los que se vió sacudir á un pueblo rebelde el yugo del mas fiero pastor, y no corresponder á su infinita bondad sino con una suma ingratitud. ¡O tristes dias! ¡No quisiera acordarme de vosotros! testigos de las desgracias que tuvo *Germano* que sufrir, lo fuisteis tambien de la constancia que mostró, y de la gloria que le coronó. Pero ¿qué diré yo acerca de este Héroe si os le presento como victima de la envidia cargado de cadenas, y entre los horrores de una obscura prision? ¡O qué prodigio tan grandel! Aunque injustamente condenado, gemía y padecía no queriendo descubrir la iniquidad de sus agresores. Su inocencia le bastaba. Por lo mismo, no tardó mucho en darse á conocer.

Me

Me parece que estoy viendo en *Germano* un nuevo San Pedro. Rompiéronse por sí mismas sus cadenas; confundióronse sus enemigos, y triunfó su virtud. De este modo penetraba su reputacion las tinieblas que le rodeaban. Por medio de los contratiempos y de las desgracias establecia la Providencia divina la gloria de este Héroe christiano. La horrorosa mansion en que se pensaba habia de espirar á impulsos de un supuesto delito; fué el primer parage en dondè se empezó á manifestar su poder. No tardaron mucho en atraer sobre él todas las atenciones una multitud de maravillas. Un prodigio acarrea otro prodigio. *Facit mirabilia*. Los miembros separados del cuerpo volvieron á ocupar su primera situacion, y las llamas de un repentino y voraz incendio se disiparon y extinguieron. En una palabra, á mí me causa admiracion la multitud de sus milagros: ¿quién se atreverá á señalar su número? *Facit mirabilia, quorum non est numerus* (1). Milagros ciertos y averiguados.

Yo no hablo aquí segun el sentir de Gregorio de Tours y Fortunato de Poitiers, que son jueces iluminados, desinteresados y prudentes. Hablo conforme al testimonio del mas severo crítico, á quien el miedo de conceder falsos milagros le ha hecho muchas veces negar los verdaderos. En fin, señores, hablo con arreglo al sentir de uno de nuestros reyes. En su corte es en la que se ha manifestado el poder de *Germano* con la mayor brillantez.

Chil-

(1) Job 9. v. 10.

Childeberto I. uno de los hijos y sucesores del grande Clovis, reynaba en esta parte de la Francia, en donde á cada paso que daba nuestro Santo parecia que se formaban los milagros. Rey digno de tal nombre, en quien sin embargo de que han obscurecido al parecer la gloria de su reyno algunas señales de crueldad, han sido borradas y obscurecidas por las mas excelentes qualidades. Ann en el dia subsisten una infinidad de monumentos de su piedad, que son como otros tantos trofeos de su zelo y de la Religion. La guerra que llevó hasta España, la conquista de Borgoña y la batalla de Narbona, que ganó contra el famoso Amalarico, serán siempre en nuestros anales ilustres testimonios de su valor y constancia. Guerrero por inclinacion y pacífico por bondad, causaba las delicias de su pueblo, el terror de sus enemigos y la gloria de Francia. Pero los mas poderosos reyes no son delante de Dios sino polvo y ceniza. Esta mano que les coloca sobre el trono puede sepultarles en un instante entre las sombras de un sepulcro. Persuadióse la Francia que habia llegado Childeberto á este trance fatal. Acometido repentinamente de una enfermedad, recurría en valde el monarca á los hombres mas hábiles en la medicina. Todos confesaban la incapacidad de sus débiles conjeturas. Permitidme que os haga ver los sentimientos de todo el reyno, la turbacion de los espíritus, el language de los corazones, las lágrimas de los ojos y los suspiros que penetraban los ayres. Todo el reyno estaba aena-

nazado en la persona del príncipe. El peligro del monarca era tambien el de su pueblo, máxime quando este reconocia un padre en su rey. Pero yo creo, señores, que vuestro modo de pensar confunde aquí los acontecimientos. Llevemos pronto nuestra atencion sobre nuestro Santo.

Llamósele al castillo de Celles. En el poder de este Isafas fué en el que puso toda su confianza aquel nuevo Ezequías. La del príncipe animó á la del pueblo. Jamas se vieron súplicas mas fervorosas, ni mas sinceras, como que las inspiraba la piedad, las dictaba el corazón y las oía el cielo. Vive, príncipe, vive, pues, para los intereses de la Francia, para la felicidad de tus vasallos y gloria de la Religion. Habló *Germano* y dispó con su poderosa palabra la mortal languidez que amenazaba ya al monarca con un próximo tránsito. Concedióse á Childeberto á las súplicas de su pueblo. Aparece la calma, y como que la misma Francia volvía á renacer, no advirtiéndolo por mas ingeniosa que era el modo de manifestar á nuestro Santo su reconocimiento.

Aquí, aquí es donde se encuentra el hombre prodigioso y el oráculo de los reyes. ¿*Germano* el oráculo de los reyes? Sí, señores, este es un nuevo carácter que le distingue. Las potestades de la tierra, los reyes delante de quienes parece que todo tiembla y se extremece, respetaban la voz de nuestro Santo, y se imponian la obligacion de seguir sus consejos y condescender con su voluntad y sus deseos. Pero ¿si lo diré yo? Estaba determina-

nado que no consiguiese la gloria sino por medio de las tribulaciones. Jamas, por decirlo así, disfrutó del Divino poder sino despues de haber sufrido de parte de los hombres las persecuciones mas violentas, ni se atrajo la confianza de los reyes sino despues de haber experimentado los mas sangrientos menosprecios.

Es propio de todo christiano hacerse superior á las humillaciones y casi indispensable que el hombre experimente todas las amarguras. Los mas generosos esfuerzos de la virtud no pueden ahogar del todo los sentimientos de la naturaleza. El hombre siempre es hombre; y al paso que triunfa la Religion de su corazón le inclina la humanidad ácia sí mismo, y le obliga á que sienta siempre la injuria que perdona. ¿Pues qué será si estos sensibles golpes vienen de una mano respetable, y autorizan con una publicidad fatal las indignas detracciones de mil embidiosos enemigos? Los menosprecios de un otro igual, son unas agudas saetas que siempre están martirizando; pero el menosprecio de un rey es un rayo que destruye.

Acordaos, señores, de aquel crítico momento en que mudó el reyno de semblante y fué para *Germano* como el presagio de una próxima desgracia. Aunque es el parage de las intrigas y de las eternas revoluciones, nunca está una corte mas agitada que en los primeros dias de un nuevo reinado. Así sucedió á la Francia con la muerte de Childeberto. *Germano* fué el primero que lo experimentó. En aquel

aquel príncipe perdió esta Monarquía un rey digno de ser sentido, y nuestro Santo un bienhechor, un apoyo y casi se puede decir que un discípulo. He aquí, pues, el desgraciado término de aquel favor que tanto se embidia y á que cada uno aspira. Múdase la escena, y pasa el cetro á otra mano. Sube Clotario al trono; pero se ignora si con el cetro heredará los sentimientos de su predecesor, y si los validos de este lograrán del nuevo monarca el mismo aprecio. ¡Incertidumbre cruel, que tiene suspensa á la corte, al reyno y á los particulares!

Pero ninguna fuerza hace á *Germano*, porque él solamente pensaba en los intereses de su Iglesia y de su pueblo. Jamas deseaba el favor del príncipe sino en quanto fuese necesario para la gloria de la Religión. Presentábase en la corte como pastor humilde, sin embargo de que su modestia quisiera alejarle de ella. Pero, ¡ó asombrosa revolución! desde luego vemos á este hombre respetable por su carácter, cuya clase, nacimiento, erudición y virtud merecen todas las atenciones, confundido entre la multitud del vulgo, y deseoso siempre en manifestarse al público por mas que procurase apartarse de él. Le vemos asimismo expuesto á los rigores de la estación y estudiar con sumo cuidado los movimientos del príncipe para lograr sus atenciones. Desconocido y despreciado no se le permitía explicar su sentir; y se puede decir, que tomaban por diversion el probar su paciencia é insultar á su decaído crédito. La indiferencia del

del príncipe degeneró en menosprecio; y comunicándose este se creyeron los cortesanos con derecho de imitar la conducta del monarca. Allí era el ver como la maligna crítica extendió mil discursos burlescos, y acusó del modo mas agrio é infame al zelo que observaba el Obispo en la corte. ¡Qué caridad tan política, exclamaba esta, la de alejarse de su pueblo á pretexto de servirle!

¡Quiera Dios que nunca estén mas bien fundadas con otro semejantes reprehensiones que lo estaban contra nuestro Santo! Seguro de los sentimientos de su corazón dexaba al cielo el cuidado de justificarle. En efecto se encargó este de su defensa, y lo hizo con otra tanta mayor brillantez en quanto había sido mas sangriento el ultrage. Con el menosprecio del príncipe había proporcionado la divina Providencia la gloria de *Germano*. No tardará mucho tiempo en mudarse la indiferencia en respeto. ¡Qué cosa tan admirable! Habiéndose puesto Clotario á las puertas de la muerte, se apoderó de él un grande terror. Con este singular motivo reconoció la mano del Altísimo y se reprehendió su injusticia. Aunque hasta allí no se había querido baxar á nuestro Santo, fué desde entónces el nuevo profeta de quien imploró el socorro. La milagrosa curacion de Childeberto le mantuvo en el delicioso juicio que había hecho de un prodigio semejante. Acudia *Germano* donde el cielo le llamaba, y el peligro que amenazaba al príncipe le juzgaba como personal. ¡Dichoso él si le pudiese hacer ver su fidelidad,

dad, su respeto y su zelo! Presentóse, pues, delante del monarca, y exclamó diciendo: ¡O sapientísimo Dios! entre tus manos están los corazones de los reyes, y tú eres únicamente el que sabes acomodarlos á tu omnipotente voluntad. *Coe Regis in manu Domini quocumque voluerit, inclinabit illud* (1). Yo busco á Clotario en sí mismo. No es ya aquel príncipe altivo que desde lo alto de su trono veía solamente en los demas mortales la sombra de su grandeza. ¡O qué conducta tan contraria! Muévase Clotario al oír estas expresiones, y convida, ruega y honra á Germano. ¿Qué es lo que veo, oyentes míos? ¡El monarca puesto á los pies de su vasallo! No, no es ya este aquel príncipe cruel que con mil órdenes sangrientas y executivas habia manchado la gloria de su reynado. Ya parece que la dulzura forma su carácter. Pero ¿es acaso, señores, un sincero arrepentimiento el que le mueve á ello? No por cierto; porque si Clotario atendió á su obligacion, no fué porque estaba precisado á ello: solo esto era suficiente para apartarse de ella. El triste espectáculo de la muerte fué el que triunfó de aquel corazon que estaba acostumbrado mucho tiempo hacia á menospreciar y ahogar los remordimientos de su agitada conciencia. Yo creo que no penetramos nosotros el motivo que hacia obrar al príncipe de esta manera; pero sea el que fuese, lo cierto es que siempre redundaba en honor y gloria de Germano. Por de contado ha-

(1) Prov. 21. 1.

cia ver, que Dios sabia hacer respetar la virtud á aquellos mismos que no la seguian. Como el monarca escapó tan breve del peligro de la enfermedad, creyó que no debia su curacion sino al poder de nuestro Santo. Testimonio del prodigio á que subscribió tambien la corte, y con el que se dió á conocer al Universo, que los santos no tienen otros enemigos que á sí mismos, y que el modo de defenderse de ellos es el de hacer beneficios.

¿Cómo podreis dudar, á vista de tan resplandeciente prodigio, del poder que tuvo Germano sobre el espíritu de Clotario? El deciros que fué colmado de honores, que llegó á ser el alma del consejo, y que no se repartian las gracias á los pueblos sino á su solicitud, seria, no obstante, describiros muy impropia-mente los sentimientos del príncipe, y hacer que nouviérais mas que una ligera idea de su reconocimiento. Este, pues, no se concluyó sino con sus dias; pero la autoridad de nuestro Santo permaneció aun despues. Por el discurso de quatro diferentes reynados fué siempre el Apóstol, la guía y el oráculo de los reyes. Bien pudiera acerca de esto daros pruebas convincentes, pero me parece que he dicho ya bastante para desempeño de mi proposicion.

Por el camino de las tribulaciones llegó á ser Germano un prodigio de gloria. Ya es tiempo de que os haga ver, que en medio de la mayor gloria fué siempre un prodigio de santidad. Esta es mi

SEGUNDA PARTE.

¡Qué hombre aquel que llega á ser la luz de la Iglesia, el oráculo de los reyes y el árbitro de la naturaleza! Yo no he hecho todavía mas que bosquejar el retrato de *Germano*. Ya que he procurado manifestar su gloria, es menester tambien que pinte la imagen de sus virtudes. Su gloria no ha servido sino á la obra de su santificacion. Por la de Dios se aprovechó solamente de los honores de la Iglesia, y se santificó por el zelo y el desinterés. No aprovechándose de la autoridad que tenia sobre los potentados sino por el beneficio que resultaba á su pueblo: se santificó igualmente por la bondad y caridad que tenia, no aprovechándose del poder que exercia sobre la naturaleza, sino para humillarse y anonadarse en si mismo: en una palabra, se santificó por la humildad y la penitencia.

Aunque tiene el Episcopado sus ventajas, tambien tiene sus obligaciones. Es propio de la sabiduria de un Obispo aprovecharse de las primeras para cumplir las segundas. Tal fué siempre la conducta de nuestro Héroe. La preeminencia de su estado, y los derechos de su autoridad, solo le sirvieron para aumentar las empresas de su zelo. Zelo á la verdad activo é infatigable, que se prestaba para todo, todo lo emprendia y todo lo executaba. ¿No podia decir *Germano* como poderoso mediador entre el cielo y la tierra, no podia decir, digo, al modo que Moyses lo hacia en otro tiempo,

po, que llevaba á los hombres las leyes de Dios y á Dios el corazon de los hombres? *Ego sequester, et medius fui inter Dominum et vos* (1). Considerad y vereis quales eran sus trabajos por la situacion en que se hallaba el reyno.

La Francia fué christiana despues que vencedor Clovis de los Alemanes habia tributado á Jesu-Christo el homenaje de sus trofeos. Sostenida la Religion por el zelo y los milagros de Remi de Reims, Hilario de Poitiers, Martin de Tours y Germano de Auxerre, conseguia cada dia nuevas victorias. Pero ¡quánto la faltaba que trabajar para conseguir un triunfo perfecto! Todavía tenia ciegos partidarios la idolatría, y los idolos adoradores supersticiosos. Autorizada tan breve por la licencia de las armas, como fomentada por la inaccion de la paz, se manifestaba y esparcia el error haciéndose su império universal.

¿Qué hombres opondrémós á tantos monstruos? *Germano*. Su zelo bastaba para todo. ¡Con cuánto ardor perseguia á la idolatría hasta en sus mismos retrincheramientos! Hablaba, movia y persuadia, atacando con su zelo, confundiendo con su ciencia y haciendo que se disipasen las tinieblas y se descubriese la verdad. ¿Habia rebeldes que se rehusaban condescender con sus discursos? Pues lo que hacia era armar contra ellos la autoridad del príncipe: expedir edictos por el trono, derribar los idolos y sacar triunfante al Christianismo. ¡Dichosos principios, y conseqüencias

K 2

aun

(1) Deuter. 5. 5.

aun mas felices! Cargado con los despojos de la idolatria se declaraba contra el vicio, quitaba los abusos y establecia sabios reglamentos.

Yo me le represento aqui del mismo modo que le admiran los mas ilustres prelados de Francia en el tercer concilio de Paris. Siempre se ha dicho que nuestro Santo fué el órgano por donde se comunicaron los sentimientos de aquellos que componian esta célebre asamblea. Su vasto ingenio lo abrazaba todo, y todo era del alcance de sus luces. Cada palabra que pronunciaba se recibia como un oráculo. Promulgaba las excomuniones de la Iglesia contra los violentos usurpadores de los bienes del Santuario, y todo el mundo aplaudia su conducta. Su sentimiento particular formaba el universal. Su profunda capacidad no era menos conocida en el segundo concilio de Tour, que en el quarto de Paris. Los sucesos mas brillantes coronaban por todas partes sus trabajos. En la cátedra de la verdad era otro Chrisóstomo. Por la fuerza de sus discursos destruía las preocupaciones del entendimiento, y arrancaba los pensamientos del corazon. En contando los prodigios que obró, se saben las conquistas de su zelo. Sigerce, sistemático fuertísimo y adherido á las ceremonias de los judíos, llegó á ser el adorador mas humilde de la cruz: Florentino, que era la gloria de la Iglesia de Macon, se vió libre del peligro que le amenazaba: Radegondo, que abundaba en piadosos designios, llegó á ser la admiracion de Poitiers y la gloria del claustro,

tro, despues de haber sido el modelo de la corte y el ornamento del trono. Yo solo indico aqui las maravillas que obró el zelo de Germano en Francia, y las admirables y únicas señales que dexó en toda ella. Por este medio encaminó á los hombres á Dios, y obtuvo de este Señor en favor suyo las mas singulares gracias. *Ego sequester et medius fui inter Dominum et vos.*

¡Qué zelo, señores, tan activo, infatigable y glorioso siempre para la Religion! Yo no tengo que atender á otras pruebas sino á aquel templo augusto y á aquella célebre Abadía, que son otros tantos eternos monumentos que testifican esta asercion. Lo cierto es que la piedad de uno de nuestros reyes formó el proyecto, y su liberalidad echó los primeros fundamentos de aquella obra; pero tambien me atrevo á asegurar, que la execucion de esta grande empresa se debe á Germano. Su zelo fué el que lo solicitó y consiguió, y sus magnificas demostraciones, las que brillaron en ella muy en breve. Por desgracia no han quedado con la injuria de los tiempos sino unos leves desperdicios. Mas precioso es aun el tesoro que á pesar de la revolucion de los siglos se conserva. Este es el espíritu, la ciencia y la santidad de nuestro Santo que todavía permanecen enteras. ¡Quiera Dios que se perpetúen para siempre! Permitanos este mismo Señor que veamos continuamente los prodigios de su zelo! Zelo á la verdad que siempre se arregló por la prudencia, sin la qual degenera en indiscrecion; y cuya indiscrecion es un impetu-

tuoso rayo que no produce mas que funestos efectos. Firme sin severidad el zelo de *Germano*, atacaba, combatia y perseguia á la iniquidad hasta sobre el mismo trono; pero como siempre estaba guiado por la sabiduría, sabia desempeñar las obligaciones de pastor sin faltar á las de vasallo. Tomemos las cosas en su origen.

Acababa la muerte de arrebatarse á la Francia á Clotario I. último de los sucesores de Clovis. El imperio que aquel monarca habia reunido en su persona, fué dividido por su muerte entre quatro hijos, que fueron Chereberto, Gontrano, Chilperico y Sigiberto. El reyno de París fué herencia del primero. Figuraos en él un príncipe pacífico, cuyo corazon era inaccesible á los impulsos de la ambicion, y mas zeloso para mantener el reposo de su reyno que para extender sus límites; un príncipe de un espíritu vivo y penetrante, zeloso por la justicia, moderado, liberal y condescendiente; pero un príncipe que obscurecía la brillantez de sus mas bellas qualidades con vicios aun mucho mas resplandecientes: un príncipe esclavo de sus pasiones, envuelto en la desidia, y que deshonorando la Religión, se deshonoraba tambien á sí mismo. Tales son los desórdenes, cuyos rápidos progresos determinó *Germano* cortar. ¡Cuán intrépido é ingenioso es su zelo! Muy léjos de él estaban aquellas delicadas miras con que se procura atraer la confianza del príncipe, sin hacerse cargo de que por ellas se distraen los hombres de la santidad de su ministerio.

No

No permitia la prudencia á *Germano* artificio alguno, ni sabia darse á entender con indiscretos discursos. Respetando al Monarca procuraba hacerle conocer su yerro. A presencia del pueblo sostenia la magestad del trono; pero delante del príncipe mudaba de lenguaje. Hacia á Chereberto la pintura de lo que era. *Tu es ille vir* (1), y le decia. Reconócete en el retrato que yo te dibuxo. Tus vicios son los que yo ataco. *Tu es ille vir*. Tal vez te disgustará la atrevida sinceridad de mi zelo; pero mi obligacion me precisa á que hable así, y solo la muerte me podrá hacer callar.

¡O hermanos míos! En vano le hacia estas reflexiones! Menospreció todo Chereberto y se hizo superior á quanto le decia. Sin embargo nada se ensoberbeció el intrépido *Germano*: le rogó vivamente y le amenazó sin ninguna utilidad: quantos recursos le sugirió la sabiduría, otros tantos empleó con él. Cansóse, en fin, y descargó sobre el trono sus excomuniones, con cuyo atrevido golpe manifestó al parecer al Monarca el término de su reyno y fin de sus dias. En efecto, no tardó mucho la muerte en arrebatarse á sus criminales placeres. ¡Exemplo triste que enseña á los grandes del Mundo lo que deben respetar á los santos ministros! y exemplo que da á estos al mismo tiempo en la persona de nuestro Santo un modelo perfecto del mas sabio y verdadero zelo.

K4

Pe-

(1) II, Reg. 12. 7.

Pero lo que mas me admira es el generoso desinterés que reynaba en su conducta. No es otra la causa que hace obrar muchas veces al zelo; y la esperanza de una adventicia fortuna hace no pocas veces arriesgarse á aquellas atrevidas empresas que admiran al mundo. Yo creo que de este modo no sería Apóstol sino tuviera ánimo de producirse por medio de los sucesos de su apostolado. Haciendo *Germano* poco caso de aquel vil modo de pensar, no se reconocia á sí mismo en los trabajos de su zelo, ni se observó otra cosa en él mas común que la de menospreciar la brillantez de los honores y los tesoros de la opulencia, en medio de que para conseguirlos no tenia mas que desearlos. Daba todo quanto tenia y estaba muy léjos de buscar lo que no gozaba.

Sin pensar en ello me veo entre un nuevo cúmulo de maravillas. Vosotros habeis visto al hombre de Dios y conoceis al hombre del pueblo. *Germano* no se aprovechó de los honores de la Iglesia, sino por lo que servian á la gloria de Dios. Se santificó por su zelo y desinterés, y no se aprovechó de la autoridad que tenia sobre los potentados, sino por el interés de su pueblo, santificándose asimismo por su bondadosa caridad.

Lo que yo necesito hacerlos conocer aquí es su corazon; aquel corazon cuyos generosos sentimientos excedian á las mas edificativas acciones de su zelo; aquel corazon deseoso siempre de sufrir, y siempre ingenioso para que su próximo no padeciese, y aquel co-
ra-

razon; en fin, nacido para hacer dichosos á los hombres. *Germano*, pues, motivaba la felicidad de su pueblo. Como prelado exácto y padre tierno, se le veía siempre atemperar la firmeza con la dulzura. Afable sin complacencia sabia hacer amar hasta la severidad de su conducta. ¡Quántos maravillosos acontecimientos me pone á la vista su caridad! Caridad siempre atenta para remediar á las necesidades de su diócesis. ¿Pará qué se servia de su poder supuesto que entre el cúmulo de los honores era el admirado oráculo de la corte, el árbitro, por decirlo así, de la suerté y de la voluntad de los reyes, y escogido como otro Moyses para representar el poder de Dios delante de los soberanos mismos de la tierra? ¡Ah! creed, señores, que si alguna vez usó de este poder, fué porque resultaba en favor de su pueblo: todo lo queria para los demas y nada para sí mismo. En beneficio de la miseria eran las gracias que solicitaba de la corte. Con la propia mano que recibia los beneficios del príncipe los repartia inmediatamente entre los pobres.

¡Qué asunto tan patético se me representa! ¡Qué noble combate de caridad entre el príncipe y *Germano*! Este solicita y aquel concede. Pero ¿qué digo yo? Se multiplican sin cesar por una parte las limosnas y por otra se distribuyen con prudencia y sin excepcion. Le parecia al príncipe que sus dádivas no podian bastar para saciar la caridad de nuestro Santo, y á este que no podia mover quanto queria las piadosas intenciones del príncipe. El

uno

uno se manifestaba santamente pródigo en favor del pobre, y el otro sumamente ingenioso para descubrir la miseria.

Sin embargo, no creais que las liberalidades del príncipe limitaban la caridad de *Germano*. Decidlo sino vosotras, viudas tristes y desconsoladas á quienes alivió; vosotros abandonados huérfanos á quienes socorrió; vosotros desdichados pobres de toda especie que componíais la compaña mas amable y el ornato mas bello de su palacio, y, en fin, decidlo vosotros desgraciados cautivos á quienes ha librado de las cadenas; á todos vosotros emplazo para que sirvais de apoyo á mi proposicion; y ya que en él hallásteis un verdadero padre, publicad ahora sus beneficios; repetid las alabanzas que le dábais quando atento á escuchar vuestras quejas y descubrir vuestras necesidades, enjugaba vuestras lágrimas, participaba de vuestras penas y dulcificaba la amargura de vuestra suerte. Si deseaba reynar en vuestros corazones, tambien sabia proporcionaros intereses en los dias mas tristes y calamitosos; y ya que no pudo detener aquellos horrorosos estragos de la guerra, supo á lo ménos remediarlos por la multiplicidad de sus beneficios.

Quando me oís hablar de los terribles estragos de la guerra, os debeis figurar aquellos dias de turbacion y de horror, en los que la ambicion armó al hermano contra el hermano, y se vió pelear al frances contra el frances; aquellos en que el furor usó de su rabia con otra tanta mayor crueldad, quanto

la

la exercia contra los enemigos de una propia sangre, y dias desgraciados, en fin, que pusieron al reyno á pique de perderse, y en los que la muerte misma de los vencidos se vió que debilitaban el poder de los vencedores. En una palabra, manifestóse la tempestad al rededor de París, y las forzadas murallas con las ciudades que habian tomado anunciaban solamente combates mas sangrientos. Los sediciosos se aumentaban en lugar de disminuirse. En vano habia desplegado su voz el angel de paz; en vano desesperado y triste, al ver la desolacion de su pueblo, habia llevado *Germano* hasta los pies del trono las justas quejas de un consternado reyno, y en vano, en fin, habia manifestado su prudencia el medio útil y necesario de que se debian valer, porque nada tenia efecto sino el menosprecio de su zelo. El ódio y la embidia de dos reynas que se habian declarado la una contra la otra aumentaban el incendio. Estimulado Chilperico por Fredegunda, y Sigeberto por Brunehault, se entregaron al fuego de su funesta ambicion. Caminaban de combate en combate, y alternando la victoria dexaba aun indecisa la ventaja; mas la toma de una plaza importante debia terminarla sin tardanza. Refugiado Chilperico á Turnay hizo ánimo á mantener el sitio; pero el ejército de Sigeberto se apoderaba ya de las inmediaciones de la plaza.

¡O qué asombro! Preséntase *Germano* lleno de aquel espíritu que caracteriza á un apóstol, y se empeña en detener á Sigeberto en su cri-

criminal designio. ¡Cuán convincente es su lenguaje! Sus expresiones salen de un corazón á quien anima solamente la caridad. Me parece que le estoy oyendo exclamar con una voz profética: O príncipe, si te apartas y dexas á tu hermano, vivirás y serás victorioso; si tienes otro modo de pensar, morirás sin remedio. ¡Inútiles amenazas! el monarca se rió de la prediccion. De ningun modo se quiso apartar de su intento. Miraba la caridad de *Germano* como un efecto de política. El vaticinio que le hacia el Santo de su muerte, le parecia que era motivado del ardor de un zelo indiscreto. ¡Dichoso él, sino hubiera sido tan firme en su incredulidad; y si por la sabiduría de su conducta se hubiera sabido librar del furor de sus enemigos! Bien sabeis, señores, por lo que refieren nuestras historias, el desgraciado fin de aquel príncipe; y lo único que puedo añadir sobre este particular, es de que el seguir los avisos de los santos siempre trae utilidad. La caridad los hace algunas veces pronunciar tristes oráculos; pero estos son los que nos deben instruir, y de los que nos necesitamos aprovechar.

Yo debería ahora referiros nuevos triunfos y manifestaros de una vez su caridad. Pero aun quando os dixese, que sosegó los furores de la ambicion, que fué obra suya la de una inesperada paz, que á los desórdenes y al pillage hizo que se siguiesen una dichosa abundancia y una larga prosperidad, y que su caridad fué siempre firme é inagotable, aun nó hubiera dicho lo que debiera. Suplid todo aque-

aquello que me obliga el corto tiempo á pasar en silencio, y permitidme que acabe este elogio con el último rasgo que pone el sello á la santidad de *Germano*. Ya habeis visto como se aprovechó de la autoridad que tenia sobre los potentados por los intereses de su pueblo, y que su caridad fué por la bondad santificada. Ahora añado, que solo se aprovechó del imperio que tenia sobre la naturaleza para humillarse y anonadarse en sí mismo, y que se santificó por la humildad y la penitencia.

El mandar al cielo y á la tierra, y á los seres sensibles como á los inanimados; sujetar su carne victoriosa á la muerte vencida; disminuir las temibles fuerzas del infierno desatado; penetrar el inmenso espacio de los tiempos; anunciar lo venidero, y descubrir los secretos mas recónditos de los corazones, es ser mucho mas que hombre. Pero contenerse siempre en medio de este absoluto poder y de los aplausos del mundo en su modestia, y olvidarse de su gloria para recordarse su nada, es ser á un mismo tiempo superior al hombre y á los milagros. *Supra hominem est quodcumque edidit.*

Dexaos ver incomparable *Germano*, dexaos ver con el carácter de una humildad tan profunda. Aprended vosotros, oyentes míos, aprended de su exemplo. Mirad á ese famoso Héroe en la mas peligrosa mansion, y en medio del bullicio de la corte, que era el famoso teatro de su poder: miradle en medio de los honores del Episcopado como siempre es superior á su grandeza por el noble menosprecio que

hi-

hizo de ellos. El ingenio que es limitado y miserable se vale por lo comun de su elevacion, y recibe con gusto los elogios que le dan. El hombre grande, y el ingenio superior de nuestro Santo, se elevan sobre los homenajes que se les tributan. Se admiran y se ocultan á los ojos de sus admiradores; y aunque se aplaudia su poder, siempre era ingenioso para degradarse y no hacer alarde de su miseria. El hombre milagroso choca, mueve y admira: el hombre virtuoso arrebatada, encanta y edifica. Pero yo me engaño; porque este no es ya un hombre, sino un astro, cuyos rayos reflexan sobre todos aquellos que le rodean, y cuya luz se comunica á la corte y á todo el reyno. *Suprà hominem fuit quodcumque edidit.*

¡Admirable humildad de Germano, sostenida y coronada siempre por la penitencia mas rigurosa! ¡O triste noche, cuyas fatales sombras ocultan á los ojos de los mortales tantos iniquos misterios que no han servido sino para favorecer la modestia de nuestro Santo! Tan cuidadoso de ocultar su penitencia como era de exácto para practicarla, hubiera querido no haber tenido jamas testigo alguno de sus vigiliyas, de sus oraciones ni de sus mortificaciones, sino á su misma persona y á las tinieblas. Pero por mas cuidado que puso en encubrir estos ejercicios, se traslució muy en breve su penitencia. Mas ¿qué es lo que hizo en este caso? A la verdad, señores, que os debeis admirar de los sentimientos de un corazon tan christiano como el suyo. Aumentan-

tando las austeridades supo triunfar de su reputacion. Ni los rigores de la estacion, ni los trabajos del apostolado, ni las delicias de la corte, pudieron suspender el curso de sus asombrosas mortificaciones. Como víctima de su fervor apuró los últimos artificios de la penitencia, y entre todos los prodigios, de los que fué su vida un precioso encadenamiento, el mas grande de todos era el de su misma persona. *Suprà hominem fuit quodcumque edidit.*

Sigamos sus pasos desde la mas tierna juventud hasta la mas avanzada vejez, y veremos siempre en él el mismo género de vida. Por qualquiera parte que se le considere, se advierte en él un hombre, que durante la paz de la Iglesia, sabe á falta de los tiranos imponerse á sí mismo un martirio otro tanto mas glorioso, en quanto era renovado muchas veces; y en estos dias de decaimiento en que la desfallecida naturaleza le anunciaba todos los horrores del sepulcro y le ponía á punto de espirar, no por eso ponía fin á la santa crueldad que usaba con sus inocentes carnes. El cilicio con las puntas vueltas contra su cuerpo eran las armas con que esperaba á la muerte. Esta hora tan terrible y con la que se acaban todas las grandezas, era para él el principio de una nueva gloria.

De esta suerte murió el ilustre Germano, que fué el ornamento de la Iglesia, el oráculo de los reyes y el depositario del divino poder. Sí, christianos, vosotros que acabais de admirar la brillantez de su gloria y el heroísmo de sus virtudes, os debeis siempre acordar

dar , que no llegó á la cumbre de los honores, sino por el camino de la tribulacion. Léjos de abatirse su corazon con los reveses de la fortuna y con los trabajos , fué siempre superior á sus desgracias. Aprended vosotros á quienes solo la idea de una adversidad momentánea os agita , turba y consterna , aprended digo de su conducta , y avergonzaos de la vuestra.

Yo convengo en que os olvideis del hombre de gloria , porque la de nuestro Santo merece indispensablemente vuestra admiracion. Pero no en que dexeis de tener siempre presente al hombre sufrido , zeloso , caritativo , humilde y penitente ; porque este es vuestro modelo , y á quien debéis imitar. No teneis mas que caminar por sus pasos en las sendas de la virtud para que se os conceda la gracia de que logreis la corona de gloria , que os deseo y de que goza *Germano* en la eterna bienaventuranza.

PANEGÍRICO

DE SAN MARTIN, Obispo de Tours:

PREDICADO

En la Iglesia Parroquial de S. Martin.

Signa faciam quæ nunquam visa sunt super terram. Haré prodigios que jamas se hayan visto sobre la tierra.
Exôd. 34. 10.

Aquellas maravillas que llenaron á los pueblos de admiracion en la ley antigua , se perpetúan en la nueva. El mismo poder que manifestó Moyses en Israel , se le comunicó Dios á sus apóstoles. Pero ¿qué digo yo? Aun ha producido el Christianismo mayores milagros, los quales ha observado el mundo con otro tanto mas asombro en quanto no les habia visto jamas como ellos. *Signa faciam quæ nunquam visa sunt super terram.*

Para justificar esta idea , no tengo mas que
Tom. IV. L pa-

dar , que no llegó á la cumbre de los honores, sino por el camino de la tribulacion. Léjos de abatirse su corazon con los reveses de la fortuna y con los trabajos , fué siempre superior á sus desgracias. Aprended vosotros á quienes solo la idea de una adversidad momentánea os agita , turba y consterna , aprended digo de su conducta , y avergonzaos de la vuestra.

Yo convengo en que os olvideis del hombre de gloria , porque la de nuestro Santo merece indispensablemente vuestra admiracion. Pero no en que dexeis de tener siempre presente al hombre sufrido , zeloso , caritativo , humilde y penitente ; porque este es vuestro modelo , y á quien debéis imitar. No teneis mas que caminar por sus pasos en las sendas de la virtud para que se os conceda la gracia de que logreis la corona de gloria , que os deseo y de que goza Germano en la eterna bienaventuranza.

PANEGÍRICO

DE SAN MARTIN, Obispo de Tours:

PREDICADO

En la Iglesia Parroquial de S. Martin.

*Signa faciam quæ nunquam visa sunt
super terram. Haré prodigios que ja-
mas se hayan visto sobre la tierra.
Exòd. 34. 10.*

Aquellas maravillas que llenaron á los pueblos de admiracion en la ley antigua , se perpetúan en la nueva. El mismo poder que manifestó Moyses en Israel , se le comunicó Dios á sus apóstoles. Pero ¿qué digo yo? Aun ha producido el Christianismo mayores milagros, los quales ha observado el mundo con otro tanto mas asombro en quanto no les habia visto jamas como ellos. *Signa faciam quæ nunquam visa sunt super terram.*

Para justificar esta idea , no tengo mas que
Tom. IV. L pa-

pasar á los primeros siglos de la Iglesia. ¡Que prodigios señalaron el apostolado de San Pablo! Pero figurémonos desde luego en el quarto siglo. En él se nos presenta un nuevo Pablo, un apóstol sucesor digno de los apóstoles, un prelado gloria de los prelados, y un hombre cuyas heróycas acciones, y cuyos averiguados milagros han sido como una viva prueba de la Religion. Con solo nombrar á *San Martin*, me parece que hago un elogio superior á su elogio mismo. Como hombre prodigioso manifestó al universo admirado señales tan resplandecientes, que no habia podido ver hasta allí, ni tal vez verá jamas. *Signa faciam quæ nunquam visa sunt super terram.*

Pero estos inauditos prodigios que son como garantes de su palabra, solo fueron la recompensa de sus virtudes y de su zelo. *San Martin* no llegó á ser el Taumaturgo de su siglo, sino despues de haber igualado á los primeros fundadores de la Religion en la santidad de sus exemplos y en la grandeza de sus trabajos. Uno y otro objeto comprehenderá mi discurso.

Fórmase *San Martin* en la Religion, y llega á ser el ornamento de ella. *Punto primero.*

Conságrase *San Martin* en la Religion, y llega á ser el defensor de ella. *Punto segundo.*

Por esta razon advierto en su persona un milagro mas grande que todos quantos obró. *Signa faciam quæ nunquam visa sunt super terram.*
AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

El hombre que os propongo como ornamento de la Religion, es un hombre vencedor del mundo y de sí mismo; un hombre que se eleva sobre sus enemigos y admiradores; un hombre, en fin, superior á los demas por su heróycá fé, por su singular penitencia, por su paciencia invencible, y por su profunda humildad. Un hombre tal como este vereis en *San Martin* desde el principio de su carrera.

En él se reunen todas las virtudes y todas son en él prodigiosas. Su fé es heróycá, su penitencia inaudita, su paciencia inmutable, su humildad siempre una misma; triunfando igualmente, por el dichoso conjunto de tantas virtudes, del mundo y de sí mismo, de sus enemigos y de sus admiradores. Triunfó del mundo por el heroísmo de su fé, de sí mismo por el rigor de su penitencia, de sus enemigos por su paciencia invencible, y de sus admiradores por su siempre constante humildad. Despachémonos para manifestar las riquezas de tan dilatado asunto.

En el mismo seno de las tinieblas fué donde empezó á brillar la luz. De entré las obscuras sombras del paganismo empezó á iluminar la fé á *San Martin*. *Exortum est in tenebris lumen* (1).

Idólatra por necesidad y por inclinacion christiano, no fué delito en él la desgracia

(1) Psalm. 111. 4.

de su nacimiento, las felices disposiciones de su corazon anunciaban ya las primicias de su mérito.

Aun no le permitia la debilidad de su tierna edad conocerse á sí mismo, y le hacia ya percibir su prudencia la ridiculez de las opiniones en que se pretendia imponerle. Nada podia la preocupación de la educacion en su espíritu. Yo advierto, que se oculta á los ojos de un padre que adora á los ídolos, y busca en los templos de los christianos á los adoradores del verdadero Dios. Como discípulo dócil se instruía con ventajas, venciendo todos los obstáculos su naciente fé. En un catecúmeno se advertian ya los sentimientos de un apóstol. Primera victoria que consiguió su fé en el mundo, y dichoso presagio de las que debia despues alcanzar.

En efecto ¿en qué carrera le empeñó despues luego el mundo? En una profesion otro tanto mas delicada en quanto permite al parecer un uso libre de todas las pasiones humanas. Triunfando el militar de los enemigos del estado, se ve siempre vencido por los finestros sentimientos de su corazon: la licencia de las armas le hacen tan pronto victima de la seductiva luxuria como de la imperiosa ambicion, y muchas veces tambien de un vil y criminal interes. ¡O pasiones tiránicas! no, no llevasteis jamas la inocente atencion de *San Martin*, porque la fé de este Héroe tan joven, fué siempre para vuestros encantos una inexpugnable muralla. El placer, que es quien muchas veces fortalece el valor del guerrero, fué

fué el primer enemigo contra quien creyó debia combatir. El único placer que se prometia, como virtuoso soldado, era el distinguirse por su valor. Su ambicion solo aspiraba al honor de servir á su principe del mejor modo posible. Aunque se deleytasen los otros en causar la ruina de quantos podian por los excesos de una odiosa violencia, y aunque su interesado furor no respetase ninguna ley; solo se prestaba nuestro Santo á los sentimientos de moderacion, de dulzura y de caridad.

¡Caridad de *San Martin*! ¿Qué es lo que he dicho señores? ¿Que accion tan brillante nos representa aquí su fé? Figuraos en vuestra imaginacion aquel pobre bañado en lágrimas, que postrado á sus pies le exponia las desgracias de su triste suerte. Privado como él de los bienes de fortuna, sentia no poder conceder á aquel desdichado, sino una mera compasion, porque á su corazon le costaba mucho no remediar á quantos imploraban su socorro. Pero ¿qué artificio os parece que le sugerirá su fé? La de desnudarse á sí mismo para encubrir la indignancia, creyéndose sumamente feliz en partir su capa con un hombre que era la imágen de su Dios. ¡O prodigio digno de admiracion en todos los siglos! Exercitar del modo mas superior un militar y un catecúmeno la virtud mas perfecta del Christianismo, es uno de aquellos rasgos que se conocen, pero de quienes no se puede manifestar debidamente la grandeza y el heroismo.

A estos primeros triunfos que distinguen la fé de *San Martin* se sigue una victoria mas

importante: Acababa de romper el fatal vínculo que le unia al siglo profano. En vano se empeñaba el mundo en retenerle con el cúmulo de sus recompensas, y con la ceremonia de sus reprehensiones. Había pensado y reflexionado sobre lo que debía hacer, y se quitó de la vista de la prostituida Babilonia. Ya había llegado á Poitiers su fugitiva y prudente fé, para buscar en Hilario una guía clara y luminosa, y un maestro capaz de formarle en el heroísmo de la Religión. ¡O que maestro tan admirable! Hilario que era la gloria del Episcopado, el ornamento de los sabios, el terror del Arrianismo, el defensor y la víctima de la fé de Nicea: Hilario que era el intérprete mas juicioso, y el mas eloqüente panegirista de la Trinidad: Hilario, cuyos profundos escritos, y cuyo intrépido zelo ataca al error hasta sobre el trono mismo, le detiene en sus empresas, le descubre en sus sutilezas, le confunde en sus principios y le fuerza en sus retrincheramientos: Hilario, en fin, que por la constancia de sus trabajos y la atrevida santidad de su conducta, defendia la Divinidad de Jesu-Christo, hacia triunfar la Religión y admiraba al universo.

A este grande hombre estaba reservado dirigir á *San Martin* en los misteriosos caminos de la fé. ¡Que no pudiera yo hacerlos ver la codicia con que estudiaba el discípulo el espíritu del maestro! ¡Que no pudiera yo manifestaros aquellas secretas conversaciones con que trasladó este sus sentimientos al corazón de aquel! Heredero nuestro Héroe de la fé de San

San Hilario, no tardó mucho en acompañarle por el camino de la penitencia. Por el heroísmo de su fé triunfó del mundo, y por los rigores de la penitencia de sí mismo.

Aquí se empiezan á descubrir una multitud de hechos asombrosos. En un christiano que apenas acaba de abrir los ojos á la luz Evangélica se presenta ya un mártir voluntario y un otro Juan Bautista, ingenioso para encontrar nuevos géneros de mortificación. En efecto, el vivir en el silencio de la soledad, con el único fin de entregarse á ella, y sin que nadie le viese, á los últimos excesos de la penitencia: el consumirse con rigurosos ayunos y continuas vigiliias, exerciendo una especie de tiranía sobre una carne inocente, y el reducirse en algun modo á la nada por austeridades siempre nuevas, no es mas que una débil pintura del asombroso espectáculo que ofreció *San Martin* al Poitou. Sigámosle, pues, desde esta provincia hasta Turena. ¿Os parece que degenerará en ella de sus excesivas penitencias? No señores: allí donde se ofrece á nuestra consideracion el mas famoso espectáculo de las victorias que consiguió sobre sí mismo.

Figuraos, pues, un obscuro y casi inaccesible retiro situado entre los horrores de un espantoso desierto y cercado de una escarpada roca. Parece que la naturaleza ha negado allí la vista á las indagaciones de los hombres, y apenas se cree que faciliten la entrada sus tortuosos caminos. Tal es la situacion del solitario parage á donde le conduxo el espíritu de penitencia. El manifestaros hasta qué pun-

to llegó allí á ser víctima de su furor, es sumamente dificultoso: el mas vivo retrato que se puede hacer se queda en un mero bosquejo. Vosotros solos, ó preciosos lugares, testigos de tantos prodigios, vosotros solos los que le podéis dar completo. Decidnos cuevas profundas, que resonabais tantas veces con los redoblados golpes que descargó sobre un cuerpo agobiado ya con mil mortificaciones, decidnos del modo que se atraxo tan breve sobre sí ese nuevo solitario las atenciones de los hombres, y mereció las complacencias del mismo Dios. Vosotras visteis lo atento que estuvo el cielo para aumentar su gloria, así como él fué de ingenioso para ocultarse á los aplausos del mundo. Vosotras visteis: pero ¿qué es lo que yo mismo estoy viendo? Ese horroroso desierto se vuelve un célebre monasterio, el primero de Francia, y tambien el primero tal vez que se estableció en el Occidente. Ochenta discípulos distinguidos por su nobleza se apresuraron á ponerse baxo las órdenes y disciplina de *San Martin*, cimentándose con sus exemplos, imitando la austeridad de su penitencia y llegando á ser el asombro del mundo christiano. De este modo se levantó, baxo los auspicios de nuestro Santo, la famosa Abadía de Marmontier, la que aun en el dia subsiste y por el discurso de tantos siglos ha dado constantemente á la Iglesia prelados distinguidos por sus virtudes y ciencias, y prelados que mucho tiempo despues de su fundador han hecho revivir la santidad de su espíritu.

Pe-

Pero en la tierra jamas corona á los santos una gloria sin mancha: el cielo les embia contratiempos para experimentar su virtud. Enemigo *San Martin* de sí mismo, debia no obstante, pelear aun contra otros. ¿Acaso hay algun hombre que no los tenga? Levántase la embidia contra nuestro Santo, atácale el furor, y el mártir de la penitencia llegó á ser casi el de la fé. Mas ¿qué es lo que puede vuestra rabia, hombres inquietos? Atreveos á obrar, y sereis confundidos: vuestros inútiles esfuerzos se vendrán á estrellar contra un corazon firme é inmutable. La penitencia de *San Martin* triunfa de las mas violentas tempestades. *Flaverunt venti, et irruerunt* (1).

¡O penitencia invencible! ¡Qué encadenacion de maravillas nos ofreces al presente! Para explicáros las yo, necesitaba la eloquencia de un *San Bernardo*. Pero ¿qué es lo que digo? Aquel zeloso panegirista de *San Martin* confiesa de sí mismo, que no sabe como reunir baxo un solo punto de vista tantas contradicciones, tanto valor y tantas perfecciones é intrepidez. *Persecutiones quas sustinuit beatus Martinus propter Fidem, longum est numerare*. Parece que el cielo y la tierra han sentido su pérdida. *Flaverunt venti, et irruerunt*. Este es otro Job de quien se puede decir, que armaba la Providencia contra él enemigos siempre nuevos y cada vez mas furiosos.

Tan pronto como se manifestaba la calumnia con envenenados discursos, procuraba atacar-

(1) Matth. 7, 27.

carla y destruirla; y lo mismo era autorizarla la preocupación con las demostraciones mas indignas, que animar á los espíritus y conjurar á los corazones contra ella. Aunque se presentaban á *San Martin* sus injustos agresores, sufría y callaba; mas breve se cansaba la crueldad de perseguirle que su paciencia de sufrir las persecuciones. *Irruerunt*. En la embocadura de los Alpes se atrevieron dos hombres sanguinarios y alimentados con carne humana, á levantar contra él una mano sacrílega. Guiados por el interés y sostenidos por la audacia intentaron perseguirle. *Irruerunt*. Pero su dulce tranquilidad y su inmutable paciencia les encantó y arrebató al verle. Siguióse inmediatamente la reflexion al asombro. Postráronse desarmados á los pies de nuestro Santo, y confesaron la iniquidad de su conducta. De suerte, que aquellos que se lisongeaban ser los autores de su muerte, llegaron á ser la conquista de su zelo. *Irruerunt*.

No escuchando el impetuoso Brice mas que los impulsos de una inconsiderada juventud (condenada igualmente por el zelo que por los exemplos de *San Martin*), aspiraba solamente á lograr la hora de la superior venganza á que le arrastraba su temeridad. Como interesado censor de una virtud que le reprobaba sus vicios, llegaba á producirse hasta delante de los altares con invectivas amargas. *Irruerunt*. Pero ¿qué consiguió quando intentó sorprender la incredulidad del pueblo con la pintura mas iniqua de *San Martin*? ¡Ah! no tardó mucho en confundirse y detenerse, hallando en la

la paciencia de nuestro Héroe un fuertísimo freno á su audacia: múdase esta en respeto, el furor en admiracion y la sátira en alabanza. De modo, que el contrario é indiscreto agresor de *San Martin*, llegó á ser su fiel discípulo, y el heredero de sus virtudes y de su gloria. *Irruerunt*.

¡O qué nuevo espectáculo se ofrece á mi vista! Pero no hagamos caso de las contradicciones que nos presenta la historia de nuestro Héroe, ni de los esfuerzos de la heregía, de la rabia de la idolatría, de la violencia del libertino, ni de las cadenas ni prisiones. Su paciencia es superior á todo, y por todas partes observo que sale su gloria del seno de las persecuciones; por todas que se sigue el sosiego á la tempestad, y que su valor y constancia le atrae por admiradores hasta sus propios enemigos. Triunfó de estos con su paciencia, y de sus admiradores con su humildad.

Esto es, señores, el heroísmo de los corazones grandes. Ser insensible á los movimientos del amor propio, es una circunstancia de que carecen las almas vulgares. Ser el objeto de la admiracion pública, y saberse negar á un tributo tan lisonjero, es lo mismo que querer ocular á los honores que nos buscan. A *San Martin*, pues, correspondia dar de esto al asombrado universo una prueba semejante: su exemplo será siempre la condenacion de aquellos viles esclavos de la fortuna, cuya elevacion no es tanto efecto del mérito, quanto obra del enredo.

¡Qué escena tan edificativa os debia yo re-
pre-

presentar! ¡Qué combate tan singular entre su humildad y la conducta de sus admiradores! Acababa San Liborio, digno sucesor de San Cayetano, de concluir su dichosa carrera; pero como era un prelado á quien adornaban todas las virtudes que edifican á los pueblos, y todos aquellos talentos que atraen los corazones, se dudaba poder hallar sugeto á propósito que ocupase el hueco de tan grande hombre. ¿Sobre quién os parece que echó la vista la Iglesia de Tours? Sobre *San Martin*: la brillantez de su mérito atraía en su favor todos los votos. Mas ¿cómo se habia de sacar al hombre de Dios de su soledad? Su humildad le apartaba otro tanto mas de los honoresen quanto mas bien los merecia: era menester sorprenderla para vencerla, y para obligar á que cediese su modestia era indispensable que interviniese la caridad. En suma, consiguióse el fin; y quando le parecia á nuestro Santo que caminaba á las humillaciones, se dirigia á la gloria: creyendo que iba á socorrer la indigencia enferma, se apresuró para llenar las miras del pueblo que le esperaba, y que no tardó en ver prostrado á sus pies.

Figuraos, oyentes míos, si es posible, en vuestra imaginación los opuestos sentimientos que dividian el corazon de *San Martin*. El Episcopado es un ministerio penoso y lleno de trabajo, y esto bastaba para que se determinase á abrazarlo su valor; pero como requiere talentos y virtudes era muy suficiente para acobardar su modestia: de modo, que su valor deseaba lo que su modestia temia. ¡O herma-

nos

nos míos, exclamaba él, volvedme, volvedme á mi soledad! Esta debe ser mi única herencia. Una preocupacion demasiado favorable ácia mí es la que ha determinado vuestra eleccion. Incapaz de corresponder al concepto que habeis formado, tiemblo y me estremezco á vista del terrible ministerio de que quereis encargarme.

Estando ya para separarse de la gloria que le esperaba por medio de una precipitada fuga, procuraba escaparse de la vista de quienes no podian admirarle como quisieran. Pero quanto mas se resistia su humildad, otro tanto mas se le violentaba: hasta el mismo cielo declaró su voluntad con acontecimientos singulares. Inútiles lágrimas y protestas. A pesar de la constancia con que lo rehusó *San Martin* fué colocado sobre el trono de la Iglesia. Nuevos triunfos para su humildad. Siempre se sostendrá en la elevacion, y su fervor y penitencia no declinarán. Siempre será el ornamento de la Religion, ó por mejor decir, su defensor. Esta es mi

SEGUNDA PARTE.

El confundir la impiedad del paganismo, sujetar la opinion de la heregia, extirpar los errores de la supersticion y combatir los sucesos del falso zelo: son asuntos en quien yo creo que estriva el apoyo de la Religion, y el nombre del héroe suyo en quien los desempeña: idea natural que desde luego nos manifiesta el carácter de *San Martin*.

Es-

Este, pues, sostiene la Religión contra la impiedad del paganismo, que es el triunfo de su intrepidez. Sostiene á la Religión contra el sistema de la heregía, que es el triunfo de su ciencia. Sostiene la Religión contra los errores de la superstición, que es el triunfo de su discernimiento: Y sostiene á la Religión contra los excesos del falso zelo, que es el triunfo de su constancia. ¡Qué infinidad de prodigios!

Desde luego os debo manifestar el vencedor del paganismo. Desde la muerte de Constantino el Grande parecia que se reproducía la idolatría por instantes. Aquel principe fué el primero que hizo subir al Christianismo sobre el trono de los Césares. Firme é inmutable siempre en su fé, habia sepultado los idolos baxo las ruinas de sus templos; pero los herederos de su corona no lo fueron de su zelo. ¡Qué funestos contratiempos experimentó la Iglesia con la equívoca fé de Constantino el jóven, y la vana y ridícula superstición de Constanza, que se atrevió temerariamente á adornar con el titulo de eterna á la indigna apostasía de Juliano, cuya impiedad le habia oscurecido las mas brillantes qualidades! En vano habia hecho colocar el piadoso Jobiano la respetable señal de la cruz sobre los estandartes en que Juliano la habia hecho quitar. Un nuevo reynado atrae nuevos acontecimientos. Valentiniano y Valence permitieron que siguiese cada uno la religion de sus mayores: conservaban el derecho y las esenciones de sacrificadores paganos, y parecia que con sus

pú-

públicas demostraciones se entregaban cada vez mas á la propagacion de la idolatría. Pero donde se establecia el culto de las falsas divindades con mas particularidad era en las Gaudas. Desde el nacimiento del Christianismo en Occidente habia sido establecido en ellas la fé. ¡Débiles principios por cierto, pues que su triunfo habia sido imperfectísimo! La cruz solo tenia un pequeño número de adoradores. A *San Martin* estaba reservado extender las conquistas del Evangelio en aquellos dilatados paises.

Pero ¡con qué pruebas tan crueles debia entrar en esta penosa carrera! La primera conquista que meditó, se le escapó, digámoslo así, de entre las manos. ¡Ceguedad fatal! Su corazón fué otro tanto mas penetrado y lleno de ternura y mocion, en quanto le era el objeto mas amable. En un padre fué en quien solamente halló el enemigo que le resistía. Una madre tierna y dócil se hubiera prestado fácilmente á las insinuaciones de la gracia. Una multitud de pueblos se someterán á la obediencia de la cruz. Pero nunca olvidará *San Martin* en medio de sus mas brillantes sucesos, que la victoria que mas bien le lisongearía á su zelo, es justamente la que el cielo le queria negar. Sin embargo ¡quántos trofeos consiguió con que poder ocultar esta negacion!

Yo me le represento en medio de la Francia como si fuera otro Ezechiél, á quien conduce el espíritu de Dios por toda una vasta y dilatada campiña. Sepultado el pueblo en las sombras del paganismo, sin conocimiento del

ver-

verdadero Dios, me representa aquellos descarnados huesos sin forma, acción, ni movimiento, á quienes el profeta hace oír la voz del Señor todo Poderoso. *Ossa arida, audite verbum Domini* (1). En efecto, lo mismo fué hablar el profeta que percibirse un ruido lento, y cubrirse de carne nueva aquellos disecados y dispersos huesos, reuniéndose y reanimándose hasta llegar á tomar muy en breve la forma de un cuerpo perfecto. *Ingressus est in ea spiritus, et vixerunt* (2).

¡O pueblos que estais abrigados á la sombra de la muerte, y no adorais á otro Dios que á la obra de vuestras manos! Escuchad, decia á la obra de vuestras manos! Escuchad, decia *San Martin*, escuchad la palabra de un Señor mas poderoso. *Ossa arida, audite verbum Domini*. Apénas hizo el nuevo Ezechiél que se oyese su voz quando se vieron por todas partes los mas maravillosos efectos. Reunianse los pueblos distantes, y el espíritu de Dios les turbaba, movia y hacia mudar de vida. A semejanza de aquellos desecados huesos que se reanimaban, tomaban una nueva forma y aspecto. Los unos renacian á la vida, y los otros se volvian á la gracia. *Ingressus est in ea spiritus, et vixerunt*.

Si yo hubiera querido haceros un elogio ménos fecundo en maravillas, me hubiera detenido á manifestaros los obstáculos que tuvo que vencer *San Martin*: os hubiera dicho, que no solo tuvo que vencer las preocupaciones de

(1) Ezech. 37. v. 4.

(2) Ibid. 37. v. 10.

la educación, la fuerza del exemplo y la tiranía de la costumbre, sino tambien la ceguedad de los entendimientos, y la depravacion de los corazones: os hubiera dicho, que se proponia inspirar el horror del vicio nada ménos que á unos hombres que le establecian como virtud; y en fin, os hubiera hecho admirar la actividad y fuerza del heroísmo de su zelo. Pero yo no quiero acordarme aquí de los combates, y solo quiero tener presentes los triunfos, presentando allanados los obstáculos, y coronados los trabajos por los mas gloriosos sucesos.

Todo mudaba de aspecto; los templos de los falsos Dioses se veían reducidos á polvo; suspensos y abolidos los sacrílegos cultos; todos los monumentos de la idolatría trastornados, y hechos pedazos los ídolos sobre sus propios altares. En vano buscaria yo aquellos árboles consagrados en la antigüedad por la credulidad del pueblo, porque ya no existian. A presencia de los revoltosos idólatras, y á pesar de sus esfuerzos, de sus amenazas y de su furor, destruyó *San Martin* las funestas obras del infierno, y erigió de ellas á la Religion otros tantos triunfos. En los mismos parages en que se veían los templos de los inanimados ídolos, se levantaron con magestad los del Dios vivo. Los pueblos que ántes eran bárbaros, preocupados y sumergidos en las tinieblas de la idolatría, formaban un pueblo civilizado, dócil y christiano. *Ingressus est in ea spiritus, et vixerunt*.

Con el mismo ardor que defendia á la Religion.
Tom. IV. M li

ligion contra la impiedad del paganismo , la sostenia contra la heregia rebelada. Acia mediados del quarto siglo habia visto la Iglesia levantarse en su seno la mas furiosa tempestad. Un hombre de sutil y elevado entendimiento , y tan capaz para persuadir como seducir ; de un natural dulce , agradable y propio para darse á conocer ; de un exterior grave y austero ; hábil para engañar , y que desde luego fué conocido por sus talentos , despues por su inconstancia , y por último por su impiedad. Arrio , en fin , acababa de turbar la paz de la Iglesia por un sistema que solo se dirigia á destruir la Divinidad del Verbo. A pesar de las excomuniones que se habían echado contra él en el concilio de Nicea , enardecieron la audacia del heresiarca sus primeros sucesos. Ya se estaba preparando para nuevos triunfos quando le detuvo una muerte trágica en sus funestos proyectos ; mas por desgracia no puso fin á sus errores el de sus dias. Favorecido y sostenido el Arrianismo por los potentados , se esparcia como un torrente , y resistian sus fieros sectarios á la ciencia de los Atanasios en Oriente , y de los Hilarios en Occidente. Todo el universo se veia con asombro sepultado en el error. *Mirabatur orbis se esse Arianum.* La fé se vió sorprendida en la misma Roma por una fórmula equívoca. Pero ¿diré yo que executó *San Martin* lo que los Atanasios y los Hilarios habian intentado inútilmente? No por cierto : el zelo de nuestro Santo no podia extinguir enteramente las llamas de este universal incendio. Pero ¡quán terri-

ribles son los golpes que su intrepidez y ciencia descargó sobre este activo monstruo!

Aun no se contentó con establecer el incontrastable principio de la constanciabilidad del Verbo Jesu-Christo engendrado por su Padre en el esplendor de los Santos ántes del nacimiento de los siglos , nacido del seno de una Virgen ; igual en todo á su Padre , y poderoso y eterno Dios como él. No se contentó con hacer ver , que tres personas son un solo Dios ; que la Unidad de naturaleza , no destruye la Trinidad de las personas , y que este es un misterio superior á la razon sin ser no obstante contra ella.

A estas maravillosas señales de una profunda ciencia , juntaba *San Martin* los últimos esfuerzos de un zelo infatigable. Atacaba y combatia á la heregia en el pueblo , porque sabia que era otro tanto mas poderosa sobre su espíritu , en quanto no la abrazaba sino por ignorancia , no la sostenia sino por preocupacion. Peleaba contra ella por su flanco , y así no tardaba en lograr el triunfo. Toda la Iliria me ofrece los trofeos de su zelo.

Vencedor de las ideas comunes , perseguia al Arrianismo en sus mas ardientes protectores. Los Obispos contra quienes daba eran los cabezas de partido. El interes ó la ambicion es el vicio que arrastra á un prelado á las novedades profanas. El deseo de mandar se reviste con las apariencias de la Religion. Otro tanto mas preocupado y unido está un obispo al error en quanto conoce mas bien su ridícula falsedad. Tal era Auxenzo obispo de Mi-

lan. La ambicion le habia hecho ser partidario de Arrio, y un falso punto de honor su apoyo. Como de corto ingenio, y de violento carácter, se vió precisado á callar con el discurso de *San Martin*, y no acertó á vengarse de él sino por injustas persecuciones. La rabia y el furor es la última defensa de la heregía.

Pero ¿si habré dicho yo lo suficiente? ¡Ah señores! El zelo de nuestro Santo abrazaba empresas mas arduas. Confundia el Arrianismo hasta en el trono. Si, señores, la corona imperial tambien estaba imbuida de este fatal veneno. Justina apoyaba el error con su autoridad. Criada en la Religion arriana llevaba su odio contra los católicos hasta el último exceso. Sus mayores enemigos eran los ministros de Jesu-Christo. El sexó femenino no se contenta con aborrecer, sino que es sumamente ingenioso para comunicar su odio. Justina inspiró á Valentiniano sus mismos sentimientos. Lleno este de fiereza y de imperio, é inaccesible para todo el mundo, le parecia que no podia ser tan dulce, fácil y condescendiente para la emperatriz como debia. Los deseos de Justina arreglaban la voluntad del príncipe; reynaba ella sobre su corazon, y sabia hacer que imperase al mismo tiempo el Arrianismo. Protegia á la heregía Valentiniano sin ser herege, y apartaba del trono los ministros del santuario. Preséntase *San Martin* en la corte, y aunque se le hizo saber al príncipe no permitió que le viesse. ¡Privacion y negativa inútil! ¿Qué es lo que veo? Allanáronse los obstáculos, sorprendióse la vigilancia de los guar-

guardas, y las puertas se abrieron por sí mismas. Hasta los pies del trono se abrió *San Martin* un paso libre. Acércase al príncipe, obligale á calmar por un resplandeciente milagro su injusta cólera, y con este atrevido golpe puso al Arrianismo en precision de confesar su imposibilidad ó rendirse á la verdad.

Nuevas empresas ó triunfos para nuestro Héroe. Vencida la heregía le miraba como á su destructor y su azote. Pero aun fué mas delicado el proyecto de suspender y detener los errores de la supersticion. ¿Acaso es esta ménos fatal á la Iglesia que la incredulidad? Este es un problema que no me toca á mí resolverle. Tanto un exceso como otro es preciso que arrastre á los mas funestos extravíos. La incredulidad lo desecha todo, y la supersticion nada. La una duda hasta de la misma verdad, y la otra cree que la está viendo en la mentira. La una es el vicio del entendimiento que profundiza demasiado, y la otra del entendimiento que no profundiza lo bastante. Los grandes caen ordinariamente en aquella, y el pueblo en esta. Si es dificultoso poder persuadir á los primeros, no es mas fácil poder desengañar á los segundos: en unos y otros encuentra la Religion sus mas peligrosos enemigos. En una palabra, al hombre incrédulo se le ve ceder alguna vez á la razon, quando parece que el supersticioso triunfa de ella misma.

Estas comunes ideas se deslizan imperceptiblemente, esparciéndose muy en breve, y perpetuándose en la sucesion de los siglos. La ignorancia las produce, la impostura las adop-

ta, la costumbre las autoriza, y la credulidad piensa que reconoce en ellas un carácter de Religión. Abuso peligrósísimo que se determinó á cortar *San Martin*.

Introdujose cerca de Marmontier un culto público á quien habia dado origen una falsa opinion. Un mártir supuesto de quien ignoraba el pueblo hasta el nombre, y cuyo poder no era ménos sospechoso, fué el objeto de la superstición. Erigióse un altar en su honor, y se vió concurrir delante de él á todo el pueblo á porfia. Era este sumamente ingenioso para suponer en el pretendido santo las mas heróycas virtudes, y tal vez, para concederle milagros. ¿Acaso es menester, oyentes míos, representar las mas brillantes escenas de que era teatro aquel famoso sepulcro? El zelo de *S. Martin* me ofrece otro espectáculo muy distinto. ¡Qué prudencia! ¡Qué discernimiento! Testigo de la devoción popular, no tuvo desde luego por conveniente abolirla, sino buscar los medios de justificarla. Ya que no podia descubrir en una obscura tradición la mentira de entre la verdad, hizo por escusar algun tiempo aquel indiscreto esplendor. Dirigió sus súplicas al cielo para arreglar los pasos de su zelo. Oyó el Señor sus imprecaciones y conoció el abuso de un culto introducido fraudulentamente. Cubrióse de una horrible obscuridad el sepulcro del falso mártir, y se entregó entonces nuestro Santo á su impetuoso fervor, amedrentando y descargando amenazas por todas partes. Intimidó al pueblo para desengañarle mas bien, y le obligó de una vez, tanto á renunciar

ciar un santo sin mérito, quanto á apartarse de una devoción sin autoridad.

De este modo sostenia la pureza de la Religión contra los errores de una supersticiosa costumbre, y contra los excesos del falso zelo. Estos son unos prodigios conocidos, célebres y únicos, que solo basta indicarles á vuestra consideración. Vuestro entendimiento os lleva ya á la corte de Máximo. En este nombre se comprehende lo que tiene la tiranía de mas odioso, un vasallo rebelado contra su príncipe, y un vasallo, en fin, que por medio de la muerte de su señor se atrevió á abrir un sangriento paso á la corona. ¡Qué atentado! Pero el crimen también tiene sus lisongeros. La adulacion sigue por todas partes al poder. Hasta el mismo zelo se le ve degenerar de la santa intrepidez que debe formar su carácter, como si el trono quitara defectos y diera virtudes. Atraídos á la corte para solicitar las gracias del príncipe, hasta los mismos obispos se atreven á colocar entre el número de los cortesanos. Guíales la caridad, y en favor suyo se atreven á constituir sus panegiristas á expensas de la verdad. Ingeniosos para descubrir la debilidad de Máximo, creían que habian de conseguir con la lisonja lo que no se atrevian á esperar de su justicia. Viles adoradores de la fortuna, degradaban al sacerdocio, y les hacia su mal entendido zelo prevaricadores de su ministerio, quando debieran desempeñarle con mas severidad. ¡O iníquos procederes de la humana politica! No, no os jactareis de que reynasteis jama s en los discursos de *San Martin*

tin. Presentase delante del tirano como los demás obispos; pero aunque le trae el mismo fin, no esperéis ver la propia debilidad que en ellos. Viene á conquistar á Máximo, y á romper las cadenas de infinitos desgraciados que gimen en horribosas prisiones. Quando suplicaba parecia que mandaba. No le deslumbró la brillantez del trono, pero tampoco le dexó ver la imagen de su Dios en un criminal usurpador de la corona. Hablaba contra Máximo en su misma presencia.

Si desde luego convino en sentarse á la mesa del tirano, no fué por otra cosa que por dar al universo admirado el exemplo único de una libertad superior á los acontecimientos. Bien sabeis el lance tan famoso que sucedió quando le presentó el emperador la copa, y la alargó ántes de volvérsela al ministro de Jesu-Christo que le acompañaba. Accion heroica que dexó admirado á Máximo, y cundió por toda la corte con igual asombro. Pero ¿para qué me canso? La mas remota posteridad tendrá siempre que aprender con nueva admiracion, viendo á nuestro Santo colmado de honores por los señores del mundo, sin que les tributase los que no le parecia corresponderles. ¿No es esto, señores, el verdadero modo de sostener á la Religion contra los excesos del falso zelo? Y quando hablo de estos mismos excesos, ¿no advertís en ellos una fatal señal para *San Martin* en lugar de ser gloriosa? Me explicaré.

La heregía de los Priscilianistas que se vió nacer en España, empezaba á extenderse por el

el reyno de Francia. Condenóla el concilio de Zaragoza; pero quiso un zelo indiscreto descargar sobre el error golpes mas decisivos. Prendió Itaca detener el mal en su origen; y aunque habia hablado la Iglesia sobre el particular, no era para él suficiente, y así hizo resonar en el trono del emperador una causa que no era de su inspeccion. Los obispos á quienes tocaba confundir á qualquiera enemigo adicto á la heregía, se juntaron en Itaca, y formaron un partido con el que la persiguieron como lo habian intentado. Resistíase nuestro Santo á que Máximo les sostuviese en su empresa, como que no es propio de la potestad secular, sino ántes bien de un tribunal muy extraño el concluir las conferencias que se suscitan en la Iglesia. Qualquiera que sea el zelo que se atreva á recurrir á aquel tribunal, es un zelo falso: condenábase, pues, nuestro Santo, y lo mismo al de los Priscilianistas.

En efecto, en vano se le criticó su dulzura, y se quiso suponer que favorecia á los hereges y estaba por su modo de pensar. La dulzura de *San Martin* estaba arreglada á la justicia. Como el someter una causa eclesiástica á un juez secular es trastornar el orden, creyó nuestro Santo que no debia comunicar sobre la que ocurrió en sus dias con los de Itaca. ¡Quánta gloria le ha resultado de este modo de pensar!

Mas ¿si lo diré yo? La columna de la Religion se empezaba á balancear, y el Moyses de la nueva ley titubeaba, y cayó en fin. Salió

lió un edicto sanguinario del trono, y creyó nuestro Héroe que no podría salvar á la inocencia oprimida sino ofreciéndose por ella al arbitrio del emperador. Como la caridad le estimulaba á ello, se resolvió á ejecutarlo, tratando desde entónces con los de Itaca su mas temible enemigo. Yo, señor, adoro tus divinas determinaciones. Conozco que la virtud del Santo prelado á quien celebramos hubiera sido mas brillante sino hubiese tenido sus eclipses; y no se hubiera tenido por de ningun hombre, sino hubiera manifestado algunas humanas flaquezas. Pero esta misma debilidad vino á ser en él la causa que le impelió á una dilatada penitencia. ¡De cuánta instruccion nos sirve este delicado asunto!

Este hombre á quien reconocian los elementos y anunciaban su poder; este hombre á quien respetaba la muerte, y este Taumaturgo, en fin, cuyos pasos estaban todos señalados con el distintivo de algunos prodigios, no estuvo libre de defectos. El fué ciertamente el depositario del divino poder; pero tambien fué un triste exemplo de la fragilidad humana. Admirémos sus virtudes y su gloria; aprendamos de su caída y de su penitencia, y conozcámos que los hombres mas grandes siempre son hombres: es verdad que pueden caer, pero su caída da una nueva brillantéz á su santidad, y su penitencia pone el colmo á sus virtudes.

Bien pudiera yo representaros á *San Martin* quando estaba lleno de lágrimas y de humillaciones, mucho mas grande que quando

re-

reducia á polvo los templos de los ídolos, daba vista á los ciegos, oído á los sordos y vida á los muertos. Pero precisado por el tiempo á ceñirme y dexar de referir muchas particularidades de un elogio que jamas podría concluir, me contentaré solamente con hacer mencion de la que pertenece al fin de su carrera.

¡Qué zelo, qué constancia y qué sumision tan perfecta á las disposiciones de la Providencia Divina! El que muere de este modo vive para siempre; porque no tiene mas voluntad que la de su Dios. ¡O prodigio de la mas héroyca virtud! El no temer la muerte, ni resistirse á perder la vida; hallarse igualmente agitado, tanto por el deseo de ir á gozar de la recompensa de sus trabajos, quanto por el ardor de empeñarse en otros aun mucho mayores, ¿no es, si me es permitido hablar así, ser un mártir mas generoso que los mismos mártires? *Non recuso laborem*. No, oyentes míos, no era para él su corazón, porque era herencia de su Dios y de su pueblo, del cielo y de la tierra. Manda, señor, manda que pronto está á seguir tu voluntad. Feliz en todas partes, como que no apetece vivir, no quiere morir sino por tí. *Non recuso laborem*. ¡Qué muerte tan dichosa! Pero es una muerte digna de aquellos hombres que son los héroes de la Religion. Los prodigios de su muerte igualan á los de su vida. Su gloria le sigue hasta el sepulcro; los milagros se multiplican, y su nombre se ha hecho célebre en todos los parages del Mundo. El tiempo de su muerte ha venido á ser una época célebre y universal; la Iglesia

sia le tributa los mas singulares honores, y la gracia le reverencia con el glorioso nombre de Taumaturgo.

Por lo que hace á nosotros, oyentes míos, le debemos reverenciar como á un hombre que es el ornamento y el defensor de la Religion. El paganismo, la heregía, la supersticion y el falso zelo, le mirarán siempre como á su vencedor y su azote. Nosotros no debemos hacer otra cosa, que caminar á su exemplo por las sendas de una fé cierta y segura, de una rigurosa penitencia, de una paciencia invencible y de una humildad profunda.

¡O Santo mio! ¡quánto os debe en particular la Iglesia Galicana, quando la universal os es deudora de tantas obligaciones! La Francia que fué el teatro de vuestro apostolado, os es responsable en algun modo de la Religion que profesa. ¡Quiera Dios que jamas se altere! ¡Quiera Dios que este reyno tenga siempre presente que recibió de tí la fé y está obligado á mantenerla del modo que se la enseñaste! Ampara á este pueblo fiel, pues se interesa con especialidad en tu gloria. ¡Permita el Señor que despues de haber caminado por tus huellas en este valle de lágrimas, podamos llegar á conseguir la recompensa de que gozas tú en la eterna bienaventuranza. Amen.

DISCURSO

PARA LA SOLEMNE DEDICACION
de la Iglesia de San Sulpicio:

PRONUNCIADO

En uno de los dias de su Octava.

Faciam illum columnam in templo. Yo haré que sea la columna y el apoyo del Templo. *Apoc. 3. 12.*

El zelo acaba de poner el colmo á sus prodigios, y los trabajos están acabados. Este templo que, sin estar concluida su magnificencia, habia atraido las atenciones del público y merecido su admiracion; este augustó templo digo, que es un perfecto modelo de las obras del arte digno de un nuevo Salomón, y maravilla de nuestro siglo, se ofrece por fin á vuestra vista en todo su esplendor, y logra de que vuestra piedad venga como á porfia á contemplarle.

Pero mientras que vuestra vista acaba de

sia le tributa los mas singulares honores, y la gracia le reverencia con el glorioso nombre de Taumaturgo.

Por lo que hace á nosotros, oyentes míos, le debemos reverenciar como á un hombre que es el ornamento y el defensor de la Religion. El paganismo, la heregía, la supersticion y el falso zelo, le mirarán siempre como á su vencedor y su azote. Nosotros no debemos hacer otra cosa, que caminar á su exemplo por las sendas de una fé cierta y segura, de una rigurosa penitencia, de una paciencia invencible y de una humildad profunda.

¡O Santo mio! ¡quánto os debe en particular la Iglesia Galicana, quando la universal os es deudora de tantas obligaciones! La Francia que fué el teatro de vuestro apostolado, os es responsable en algun modo de la Religion que profesa. ¡Quiera Dios que jamas se altere! ¡Quiera Dios que este reyno tenga siempre presente que recibió de tí la fé y está obligado á mantenerla del modo que se la enseñaste! Ampara á este pueblo fiel, pues se interesa con especialidad en tu gloria. ¡Permita el Señor que despues de haber caminado por tus huellas en este valle de lágrimas, podamos llegar á conseguir la recompensa de que gozas tú en la eterna bienaventuranza. Amen.

DISCURSO

PARA LA SOLEMNE DEDICACION
de la Iglesia de San Sulpicio:

PRONUNCIADO

En uno de los dias de su Octava.

Faciam illum columnam in templo. Yo haré que sea la columna y el apoyo del Templo. *Apoc. 3. 12.*

El zelo acaba de poner el colmo á sus prodigios, y los trabajos están acabados. Este templo que, sin estar concluida su magnificencia, habia atraido las atenciones del público y merecido su admiracion; este augustó templo digo, que es un perfecto modelo de las obras del arte digno de un nuevo Salomón, y maravilla de nuestro siglo, se ofrece por fin á vuestra vista en todo su esplendor, y logra de que vuestra piedad venga como á porfia á contemplarle.

Pero mientras que vuestra vista acaba de

satisfacerse con la novedad de este espectáculo, y entre tanto que la última pompa de una ceremonia brillante dirige aquí vuestros pasos, permitid que yo fixe vuestra consideracion en un objeto mas interesante.

Estas soberbias columnas, este augusto santuario, el feliz conjunto de tantas maravillas, la elevacion, extension y magestad de este edificio exceden á todo elogio. La mas sublime eloquencia no podria hacer de ello sino un imperfecto retrato, por lo mismo no me empeñaré yo en obra semejante. El asunto que lleva ahora mi atencion, es el objeto y principio de esta solemnidad. La dedicacion de este templo es en honor y gloria de *San Sulpicio*, sobre cuyo asunto me detendré.

En efecto, este templo tiene relaciones esenciales con las virtudes de *Sulpicio*. Este fué un prodigio de fé, de poder y de caridad. Con estos distintivos reconocereis al ilustre patrono de esta Iglesia. Advertid tambien en ella los caracteres con que representa San Agustin á la otra. ¿Qué es lo que dice este padre? ¿Qué viene á ser este templo digno del Señor? En substancia no viene á ser otra cosa que un templo, cuyas piedras están formadas por la fé, aseguradas por la esperanza, y unidas por la caridad. *Lapides fide formati, spe solidati, caritate compacti*. Mezclemos el elogio del patrono con la historia del templo. Digamos que en este encontramos la fé de aquel. Esta es la fé que ha juntado las piedras de este templo. *Lapides fide formati*. Digamos que en él podemos experimentar el poder de *Sulpicio*, que es quien

quien aseguró sus piedras. *Lapides spe solidati*. Digamos que en él admiramos la caridad de su Patrono. Los vínculos de la caridad son los que unieron las piedras de este templo. *Lapides caritate compacti*. En una palabra, digamos en honor de *Sulpicio* que

Los exemplos de la fé formaron este templo. *Punto primero*.

La esperanza sostiene con su proteccion este templo. *Punto segundo*.

Los prodigios de su caridad se perpetúan en este templo. *Punto tercero*.

De este modo es *Sulpicio* la columna y el apoyo de este templo. *Faciam illum columnam in templo*. Imploramos, &c.

PUNTO PRIMERO.

Quando un orador christiano se propone hacer desde la cátedra de la verdad el elogio de los Santos, expone sus virtudes, no tanto para excitar vuestra admiracion con una pomposa relacion de maravillas, ni para ilustrar la memoria de los héroes, cuyas resplandecientes acciones manifiesta, quanto para animaros á que sigais sus pasos en la carrera de su santidad. Si describe su mérito es para proponeros modelos. Si celebra su poder es para ofreceros protectores.

Lo mismo sucede en los templos que se edifican en honor de los Santos. Estos ilustres patronos que elige á su gusto la piedad, nos deben servir de guia en las sendas de la virtud, y deben arreglar sus acciones las nuestras. El

copiar su conducta y hacer revivir sus exemplos, debe ser el espíritu que anime para erigirles los altares.

Nunca fue otra la intencion del sabio pastor, que, baxo los auspicios de *Sulpicio*, fué el primero que intentó ensanchar los límites de este templo, ó por mejor decir, igualarle á los mas soberbios y magníficos del mundo christiano. Siempre siguió los pasos de *Sulpicio*. Desde luego se propuso observar los exemplos de su fé, que son los que han formado este templo. *Lapides fide formati*.

Entre los ilustres prelados que ha producido la Iglesia Galicana, merece *San Sulpicio* uno de los primeros lugares. Si me hubiera propuesto hacer su panegírico, recordaria la gloria de su nacimiento, y haria ver su siempre constante virtud en medio del bullicio de la corte. Os referiria las maravillas de su Episcopado, y el como no subió á él sino por el mérito. Os le representaria como otro Moysés depositario del poder divino. Pero contengámonos dentro de los límites que me he propuesto. Pongamos solamente los ojos sobre él para admirar los milagros de su fé.

Pongámonos mentalmente en aquellos dias de turbulencia y desolacion en que se vió ser la Francia el teatro de tantas guerras civiles, y en los que entre los mas espantosos desórdenes no ofrecian los templos del Señor sino horribles despojos y reliquias tristes de su antiguo esplendor. En aquellos tiempos, pues, se ofrece *Sulpicio* á vuestra consideracion sobre las ruinas de los altares que casi acababa de consu-

sumir el fuego, y sobre sus desparramadas piedras, animado de aquella viva fé que hasta en la desolacion del santuario le dexaba ver la Magestad de Dios que se adoraba en él, y no habia sabido respetar el furor de las armas. No tardó mucho tiempo en emprender su fé la reedificacion de aquellos altares casi reducidos á ceniza. Me parece que estoy viendo tomar á aquellos demolidos templos un nuevo lustre y su primitiva brillantez.

De esta idea dimanar otras muchas, y el exemplo de *Sulpicio* recuerda naturalmente otro objeto. ¿No se acerca ya al siglo presente la vista que habiais fixado en el séptimo? Y vuestro espíritu que se habia transportado con los despojos del templo donde tenia *San Sulpicio* sus dulces ratos, ¿no se detiene ya en este, de quien es su protector? La misma fé determina á las mismas empresas.

¡Ah! ¿qué venia á ser entónces este templo, cuya magnificencia iguala en el dia, ó excede, por mejor decir, á la de todos los de la christiandad? Siempre era respetable por los sagrados depósitos que contenia, y siempre será digno de nuestros homenajes porque era el tabernáculo del Dios vivo. Es verdad que podia satisfacer muy bien la piedad de los christianos; pero no se veía en él ningún monumento de su zelo. Estrecho en sus límites y sencillo en sus ornamentos, no se dexaba descubrir el arte en él. La sabiduria y vigilancia de los pastores, el fervor y la exáctitud de la clerecía y la asistencia de los pueblos formaban en él el mas brillante aparato. Obscure-

cido con la magestad de infinitos edificios, no habia en este templo comun cosa que llevase la vista, ni atragese la atencion. Solo el nombre de *Sulpicio* le distinguia de entre otros infinitos; pero aunque únicamente su nombre formaba su gloria, no es de extrañar que estuviese á pique de perderla, respecto de que amenazaba una próxima ruina.

Mas yo me engaño. No haya miedo que caigan los fundamentos del templo porque abandone el zelo su ruina. Ya se dispone otro nuevo en honor de *Sulpicio*. Pero ¿á quién se confiará la inmensidad de una obra semejante? Ya se presenta un hombre heredero del espíritu apostólico, que se propone únicamente resucitar el de aquel Santo. Así como él, miraba solo en sus trabajos la gloria de los altares, la magestad del santuario y el triunfo de la fé.

Lo mismo fué presentarse que manifestar desde luego su piedad lo que habia de ser en lo sucesivo. Desde los principios descubrió inmediatamente la riqueza de sus talentos y la profundidad de su ingenio. Consagróse al Santuario, y no tardó mucho en ser el honor del Sacerdocio. Sus primeras victorias las consiguió sobre sí mismo. Aspiraba su corazón á otros combates, y se entregó con este motivo al ardor de su zelo.

La Auvernia que desde luego se resistió á la fuerza de sus discursos, llegó á ser el primer teatro de sus sucesos. La Bretaña abrió tambien un nuevo campo á sus trabajos y á sus triunfos. Resucita el fervor en el claustro;

y

y estremecida la heregía dentro de los parages donde se juntaba, no tardó mucho en ser destruida y anonadada.

¡Qué hombre tan maravilloso! A mí me parece que he pintado á un apóstol, y no he hecho mas que delinear su retrato. Le admiraba Roma y le respetaba París. Si pudiera vaticinar el sentir de la Iglesia, no me detendria en citarle como Santo. El haber tenido por su admirador al Cardenal Richelieu, cuyo ingenio era tan vasto, sublime y universal, y tan hábil para conocerlo todo como capaz para juzgarlo: el haber tenido por panegirista al gran Vicente de Paulo, sugeto de la mas singular virtud, luz de la Iglesia y apóstol de la Francia, es un elogio sobre todos los elogios. Todo quanto yo podria añadir á esto haria decaer la magestad de la pintura. Basta lo dicho para haceros conocer al Venerable Olier.

¡Qué nueva encadenacion de maravillas se descubre al oír este nombre! Aquel infatigable misionero, á quien buscaron los honores de la Iglesia sin embargo de que él los rehusaba, era un hombre humilde, penitente, y, estoy para decir, que milagroso. No obstante esto, como que se escapa á vuestra vista, y no veis ya en él sino el fundador de un famoso Seminario, y el primero que fabricó esta nueva Iglesia.

Estas dos obras que sucedieron inmediatamente la una á la otra las emprendió en honor y gloria de *Sulpicio*. La primera parece que motiva el nacimiento de la segunda. El Se-

N 2

mi-

minario produjo el templo, y en ambas sirve de regla y modelo la fe de su Santo patrono. ¡Qué prodigio me asalta aquí desde luego! Yo veo construir este establecimiento, que es la esperanza de la Iglesia Galicana, ó por mejor decir, de la universal, y una disposicion previa para la virtud de Olier, á fin de levantar este templo: establecimiento donde se forman los jóvenes Levitas en las funciones de su santo ministerio; donde se inspira la virtud modesta y sencilla por el exemplo, y se sostiene por la emulacion; donde se descubren y producen los talentos; donde la nobleza no es meramente un titulo de distincion, sino la precision de distinguirse por el fervor; donde se da á conocer el verdadero mérito, y, en fin, donde este es descubierto y experimentado con plena seguridad por otro tanto tiempo, en quanto es mas exáctamente recompensado. Desde este establecimiento ve salir la Francia como de su centro muchos de sus mas ilustres prelados, que, con los trabajos de su Episcopado, renuevan el de *Sulpicio*, cuyo espíritu han estudiado.

Pero ¿adónde voy? Pasemos, pues, á la grande obra que parece pide en este dia toda nuestra atencion. Pasemos á describir el proyecto del nuevo edificio que la fe del piadoso Olier emprendió en honor de *Sulpicio*. Considerad como aquel mismo hombre acaba de rehusar con su humildad los honores del Episcopado, y que en una penosa cura de almas se consagra á las pesadas funciones del ministerio apostólico. Su reputacion todavia está en

este templo toda entera. Sus fuertísimas paredes anunciarán su gloria para siempre. *Lapis de pariete clamabit* (1).

Si hemos de hablar con verdad, obra suya es la de este templo: él fué el primero que concibió el proyecto, formó el plan y meditó la execucion. Permitid que yo me extienda alguna cosa sobre estos particulares. ¿Quien soy yo, se diria á sí mismo, quien soy yo en estos tristes dias en que el destrozo de la guerra sepulta los altares entre las ruinas de sus templos? Repare por lo menos en estos horrosos tiempos, repáre la fe de *Sulpicio* los perjuicios que ha causado el furor de las armas. ¿Es posible que en esta capital donde reyna la opulencia se ha de gastar todo quanto hay en el luxo sin conceder nada á la caridad? ¿Es posible que han de estar los templos para arruinarse, y no ha de haber quien los reedifique? ¡O escándalo de la Religion! Juntaos conmigo, christianos verdaderamente dignos de este nombre, juntaos conmigo y hagamos revivir la fe de *Sulpicio*. Apresurémonos á su exemplo para adornar al templo del Señor, y demos una nueva brillantez á estos desfigurados altares, que son tristes, pero tambien eloqüentes testimonios del poco zelo que anima al Sacerdocio y al pueblo. *Ascendamus nunc mundare sancta et renovare* (2).

Aquí parece que habla y executa un nuevo Judas Machabeo. Enciéndese el sagrado fuego,

(1) Habac. 2. II.

(2) I. Machab. 4. 36.

go, reanímase el zelo y se reedifica el Santuario. ¡O providencia del Altísimo! Protege, protege y vivifica esta noble empresa. Y tú, gran Santo, por cuya fe y exemplos parece haberse inspirado, sosten el zelo, y dirige las piadosas intenciones del sabio ministro que la ejecuta. Pero ¿que digo yo? No, no estaba reservado á aquel que emprendia la obra verla ejecutar. Tendrá todo el mérito del zelo sin conseguir la gloria del suceso.

Ya empezaban á manifestarse á los ojos de los sorprendidos expectadores las primicias de esta soberbia fábrica, y á demostrar lo que estaba hecho aquello que podian prometerse ver en lo sucesivo, quando repentinamente desapareció el astro que repartía su luz á aquellos recientes prodigios, y le arrebató la muerte en medio de su carrera. ¡O acontecimiento fatal! ¡Por tí mudan las cosas de semblante! ¡Ah! ¿es acaso este un nuevo David á quien el cielo desapruueba sus empresas? ¿Son estas por ventura unas manos ensangrentadas, y á quienes la iniquidad ha hecho indignas de levantar un templo al Dios de paz? *Non poteris edificare domum nomini meo; tanto effuso sanguine coram me* (1). No por cierto. Penitente el grande Olier como David, sin haberse hecho culpable como él, dexó á la sabiduría de otro Salomon la execucion de los trabajos que habia comenzado. No achaquéis su muerte sino al ardor de su zelo. Este solo acabó con su vida. Digno de vivir siempre, no ha hecho su rápida muerte.

(1) I. Paralip. 22. 8:

muerte sino aumentar la gloria de su nombre. En aquel Héroe christiano echa de ver la Religión la falta de su ornamento, le lloran los pobres como á su padre, y este templo con especialidad le debe sentir como que fué su fundador. He dicho, y siempre lo repetiré, que las piedras de él anunciarán su gloria sin cesar. *Lapis de pariete clamabit.*

Aquí se me representan otros diversos acontecimientos. Cesan los trabajos y se pasa el tiempo: admírase el zelo de Olier, pero solo se queda en esto. ¿Quién será el nuevo Esdras que, caminando por los pasos de tan respetable modelo, se dedique, como él, á imitar la fe de *Sulpicio*? Por fin, presentóse este deseado hombre, de quien conoecis vosotros los talentos, el ingenio y las virtudes. Su modestia se niega á los elogios, y solo se contenta con merecerlos. Dexemos, pues, á la posteridad el cuidado de publicar lo que nosotros admiramos. Aunque sus predecesores hayan tenido la gloria de la empresa, solo él es el que goza la del suceso. Aquellos vieron el plan de esta grande obra: pero este únicamente supo llevarla á su perfeccion.

Yo, christianos oyentes, no hago más que referiros la historia de nuestros tiempos. Muchas veces os encerrais en una duda filosófica quando se os recuerdan las maravillas de aquellas antiguas fundaciones, cuyos primeros erectores no tenian otros fondos que los de la Providencia, ni otros recursos que los de la caridad. Os persuadis que aquellas maravillas de los anteriores siglos no son tanto obra del

zelo, quanto descripciones fingidas por la imaginacion, y en caso de que las mireis como ciertas, pensais que no se han de renovar jamas, como si el presente siglo no pudiera igualar á los pasados, y hubiera dexado de tener sus héroes la fe, y ser el zelo mas capaz de producir milagros.

Desengañaos, pues, en el dia, respecto de que podemos disputar esta maravilla á los tiempos de la mas remota antigüedad. El templo de Salomon fué la admiracion de Jerusalem. Este le cuenta Paris entre sus mas soberbios monumentos, y dedicado en honor de *Sulpicio*. Este famoso edificio admira otro tanto mas, en quanto es un prodigio que hemos visto con nuestros propios ojos. Comparad, señores, lo que habeis visto con lo que estais viendo. Acordaos de lo que era este templo y haceos cargo de lo que es. A vuestra presencia se empezó á trabajar en él: vosotros habeis visto sus progresos, y reconoceis por fin, su dichosa conclusion. Es verdad que pareció temeraria la idea de esta obra; pero el mundo juzga como tal. Se burla al principio y luego se admira. La fe sabe allanar todos los obstáculos. Sí: este templo es obra suya. La delicadeza del gusto pudo formar en él el orden y la colocacion: la ingeniosa prudencia conducir los trabajos, y la liberalidad de los fieles tratar el proyecto. Pero todo está subordinado á la fe.

Ella es quien juntó estas piedras que estaban dispersadas. *Lapides fide formati*. Fe digna de la primera edad del christianismo, y de la que

que suministraron el mas perfecto modelo los exemplos de *Sulpicio*. Ved aquí, pues, el caracter que distingue á este templo, y lo que nos representa al propio tiempo, tanto la gloria como las virtudes de aquel Santo. La gloria, porque no se levantó sino baxo sus auspicios y su honor; y las virtudes porque los exemplos de su fe fueron los que, por decirlo así, le formaron. *Lapides fide formati*. Añadamos, que la esperanza en la proteccion de este Santo es quien le debe sostener. *Lapides spe solidati*. Esta es mi segunda parte.

PUNTO SEGUNDO.

Aunque insulte la heregía al poder de los santos; aunque se levante contra el religioso culto que les damos; aunque reduzca á polvo los templos que baxo su invocacion erigimos al verdadero Dios, y aunque exerza hasta sobre sus reliquias los violentos excesos de su rabia; reconozcamos, señores, la extension de su poder, y mientras tanto que el error se atreve á derribar sus altares, atrevámonos nosotros á solicitar su proteccion. En estos templos que les están particularmente consagrados, es donde los santos hacen resplandecer con singularidad su poder, y donde pródigamente reparten sus beneficios.

De todo esto, ¿que consecuencia puedo ya sacar á favor de este templo? De que *Sulpicio* es su protector, y por consiguiente el angel tutelar que vela en defensa, apoyo y gloria de sus altares. La proteccion que desde luego ha

ha parecido dar á este templo, y los motivos que tiene para continuarla, son los apoyos en que establezco la esperanza que os debe animar. *Lapides spe solidati.*

Si, christianos, todo me parece que da á entender en este templo la proteccion de *Sulpicio*. Pero no creáis que me empeñe yo en sorprehender vuestra credulidad con un conjunto de maravillas. El único milagro que os propongo es de este mismo templo: en su construccion es donde advierto la obra de una mano superior, y descubro la visible proteccion de su patrono. El no reconocer nada prodigioso en una obra como esta, es confesar un prodigio aun mucho mas admirable.

¿Que comparacion entre este templo y el de Salomon? En el soberbio monumento que levantó aquel, todo se consiguió á medida de su deseo. *Complevit Salomon domum Domini, et prosperatus est (1).*

Pero yo no me admiro: mas asombro me causaría si no hubieran sido tan cabales los sucesos. Herefiero aquel príncipe del cetro de David, habia recogido con él tesoros inmensos. Su poder no tenía límites, y sus inagotables riquezas parecia que se multiplicaban á proporcion de como las repartía. Dispusieronse innumerables materiales, y parecia que se reproducian. Una infinidad de manos diestras y hábiles se disputaban á porfia la perfeccion de esta singular y única obra; y si el monarca solo no hubiera sido bastante para la gran-

(1) II. Paral. 7. II.

deza de su empresa, hubiera hallado en los cabezas de Israel los mas zelosos apoyos. El templo de Salomon no solo era obra del poder sino de la sabiduría.

Pero aquí veo yo solamente la sabiduría de Salomon sin su poder. Bien sabeis vosotros quando se volvieron á proseguir aquellos grandes trabajos que tanto tiempo habian estado suspensos. Por una brillante ceremonia se conocieron los piadosos designios que se meditaban. Un príncipe de la sangre de nuestros reyes, y dos prelados condecorados con la Púrpura Romana se impusieron el honor de echar los fundamentos al nuevo edificio. Ya se ponía el terreno en disposicion de recibir los fundamentos que se iban á echar sobre él, y percibía la industria de los hombres en los nuevos preparativos del templo las primicias de su grandeza. Ya pensareis vosotros que estaban juntos unos tesoros inmensos, y que esperaban solo el tiempo de emplearse en la construccion de este augusto monumento. Pero desengañaos, porque el zelo nunca camina por las sendas regulares. Los tesoros de la Providencia eran únicamente sus fondos y sus recursos. ¡Inagotables fondos! ¡Preciosos recursos! En vano te empeñas tú, ó sabiduría humana, en vano te empeñas, con especiosas razones en ahogar aquellos nobles sentimientos de confianza. Los hombres á quienes guia la Religión, son siempre superiores á una reflexion tímida, y no escuchan mas que al ardor de su zelo, que es el que triunfa.

Con estos sagrados muros atestiguo, supues-

puesto que se vieron levantar y nacer, digámoslo así, de la nada. Pero no tardó mucho la Providencia en acarrearles protectores: hasta el mismo trono se interesó en el suceso de esta grande empresa. Los reyes y los príncipes hicieron brillar su magnificencia. Los particulares contribuyeron con otro tanto mas gusto á la gloria del templo en quanto estaban menos obligados á ello. Ni el rigor de las estaciones, ni la miseria de los tiempos, suspendieron la pública liberalidad y la continuacion de los trabajos. Con el mismo vigor prosiguieron mientras la guerra que durante la paz, no sabiendo el mundo, si debía admirar mas el rápido aumento que tomaban, ó la resplandeciente magestad del edificio.

En todas estas cosas, y en un suceso tan maravilloso, me parece que no podreis descubrir sino un orden natural y comun; pero por lo que á mí toca desde luego me persuado á que se manifestaba en ello la mano de Dios. *Digitus Dei est hic* (1). El poder y la proteccion de *Sulpicio* resplandecia con no menos magnificencia; y este Santo fué sin duda el que deseoso de ver levantado en su honor el mejor templo de este reyno, pudo, por decirlo así, facilitar, dirigir y coronar todos los trabajos.

Pero este Héroe ponía desde el cielo su mira en ellos, principalmente en aquellos solemnes dias de bendicion en que adquirió este templo un nuevo grado de santidad, y en los que

(1) Exod. 8. 19.

por medio de la consagracion de estos altares parece que se nos convida á dedicarnos á Dios mas particularmente. Aquellos dias, pues, son los que forman la época que debe estar grabada para siempre en nuestros corazones, y desde los que empezó *Sulpicio* á derramar en este templo una multitud de nuevos beneficios.

Desde que se empezó á construir fué aquel Santo su protector obligándole infinitos motivos á no dexar de serlo, porque en algun modo se interesa su gloria en ello. ¿Por que no se renovarán en nuestros dias los prodigios que anunciaron en otro tiempo su poder en el primer templo que se construyó en su honor?

Permitidme este rasgo histórico, supuesto que tengo por garante al grande Elías, á quien no ha podido desmentir un severo crítico. Apenas habia acabado *Sulpicio* su carrera, quando llegó á ser célebre su sepulcro por el número y brillantez de sus milagros. Estos tienen sobre el espíritu del pueblo una fuerza tan victoriosa, que hasta de la misma incredulidad triunfan. En efecto, ya no se dudaba de su santidad; su poder estaba justificado; su nombre puesto en los anales de la historia por un unánime consentimiento, y la piedad le levantaba altares. Sobre estos, pues, christianos oyentes, era sobre los que se aumentaban los prodigios, y en los que los desgraciados, condenados tal vez al suplicio por una ligera culpa, buscaban su asilo contra la severidad de las leyes. Así era á la verdad, porque *Sulpicio* se declaraba por su protector. *Ipse visitator et adiutor est loci*. Refugiados al abrigo de aquellos

altares lograban ver rotas por sí mismas sus cadenas. Causando admiracion un milagro de esta naturaleza, confesó Berry, con no poco asombro, que este Santo lo podia todo para con Dios, y que de nada servian las potestades humanas en su templo contra los que él protegía. *Ipse visitator et adjutor est loci.* El poder de *Sulpicio* siempre es el mismo. ¿Por que no ha de hacer por un templo, que es depositario de sus preciosas reliquias, lo mismo que hizo por otro que lo era de su glorioso sepulcro? *Ipse visitator et adjutor est loci.*

Si, christianos, su gloria, vuelvo á decir, se interesa en algun modo en hacer respetables sus sagradas reliquias en un siglo incrédulo: en un siglo en que degenerando el libertinage en impiedad, se muestra muy ingenioso para rebajar el poder de los santos, y tan distante de crear sus milagros, como de imitar sus acciones. Esperadlo, pues, todo de su proteccion, respecto que todo le obliga á multiplicar en este templo sus gracias y beneficios. En efecto, ¿donde se hallará otro que sea mas digno de su proteccion? O por mejor decir, olvidemos las maravillas que excitan en él nuestra admiracion. El gusto de la arquitectura, la singularidad del pórtico, la altura de las columnas, el orden y la distribucion de las pilastras, la riqueza de los ornamentos, la magestad de los altares, esas bóvedas sagradas, esa espaciosa nave, y en una palabra, ese augusto Santuario, excede á lo mas grande, noble y magnífico. Pero no es en estas maravillas del arte en las que fundo la proteccion
de

de *Sulpicio*: es otro objeto mas digno de su atencion el espíritu que reyna en este templo.

Es en dos palabras el del fervor. ¡Que espectáculo tan edificativo es el que me encanta, me arrebató y me transportó! Me parece que estoy viendo revivir aquellos dichosos tiempos de la primitiva Iglesia, en los que solamente la virtud formaba la emulacion de los christianos. ¿No estais vosotros mismos poseidos de una secreta admiracion al ver que á la sombra de este tabernáculo imita una clerecia tan brillante como numerosa el fervor de los celestiales espíritus? ¡Que exemplos! cada uno parece que se merece una particular admiracion. Acabad vosotras, modestia sin afectacion y piedad sin hipocresia, acabad vosotras este retrato. ¡Quiera Dios que se mantenga y perpetúe siempre este espíritu!

Es el espíritu de fervor y de zelo. ¿Necesitaré yo acaso recordaros aquellos horriblos dias en los que se atrevió la impiedad á llevar sus sacrílegas manos hasta sobre el tabernáculo de este templo, llegando por el delito mas odioso á insultar la divinidad hasta sobre el altar, y sin respetar á los santos misterios, no querer confesar, en menosprecio de la Religion, á ese Dios oculto baxo las apariencias del pan, y deleytarse con el horrible delito de ultrajarle y hollarle con sus pies? ¡O escena la mas compasiva para un corazon verdaderamente christiano! Ya conozco, señores, que os estremecereis, pero poned vuestra consideracion en otro objeto. Ya que habeis visto el colmo de la iniquidad, admirad ahora los pro-
di-

digios del zelo. ¡Quantas indagaciones se hicieron para descubrir á los delinquentes; ¡Que artificios tan ingeniosos para remediar el exceso de semejante crimen! ¡Que votos y solemnidades para defender la gloria de Jesu-Christo! Cada año se nos recuerda á la memoria, y en cada uno se nos presenta el mismo zelo. Pero ¿que es lo que yo digo? ¿Acaso se pasará algún dia en que no se extienda y se perfeccione? Este es un fuego, cuya actividad se aumenta con las aguas que se echan sobre él. Los trabajos mas á propósito para intimidarle, son otros tantos nuevos motivos que le animan. ¡Quiera el Señor que tenga este espíritu otros tantos imitadores como panegiristas! ¡Quiera::: Pero me detienen nuevas maravillas.

Estas son el espíritu de zelo y de decencia. ¿Podrán corresponder mis expresiones con la exáctitud de la pintura que vuestra imaginacion se habrá formado? Como testigos del asombroso espectáculo que os quiero manifestar, podreis mejor que yo dar aqui la idea de lo que es: figuraos mejor que yo este edificativo orden que reyna en todas las ceremonias, y al parecer las da una magestad mas brillante; esta sabia lentitud, que en la celebracion de los divinos misterios inspira á la misma impiedad un interior arrebatamiento, y este cánico, que gobernado siempre por la prudencia, parece que expresa la nobleza de los pensamientos y da el alma á las palabras. Y ¿que diré yo de ese magnífico espectáculo, que por su decencia y grandeza, ofrece con tanta nobleza la augusta magestad de nuestra Religion,

gion, y se anuncia cada año con nueva brillantez? Espectáculo otro tanto mas digno de nuestra atencion en quanto penetra hasta nuestros corazones. ¿Que diré yo de ese religioso silencio tan expresamente recomendado, y observado con tanta exáctitud? ¡Ah! ¿deberia ser acaso un elogio comò este el particular de este templo? Muchos asuntos se me representan, pero no es mi intento manifestarles todos. Tal es el espíritu de decencia que reyna en este templo, y que quanto mas nos choca y admira, otro tanto mas nos imposibilita para dar una perfecta idea.

Espíritu de decencia y de catolicismo. ¿Lo diré yo siendo en deshonor de nuestro siglo? No está libre el Santuario que llegue el error hasta sobre sus altares. Ni aun la cátedra de la verdad se ha libertado del veneno que esta artificiosa serpiente supo esparcir, produciéndose con profana novedad. Sostenido el espíritu del engaño con las apariencias del zelo, preocupa á la credulidad del pueblo. Lejos, lejos de este templo esos pretendidos oráculos de la impostura. La sana doctrina es la que forma el estudio de una sabia clerecía, y no se verá jamás ese luminoso zelo de un juicioso pastor en la necesidad de imponer silencio al error, supuesto que sabe alejar de sí hasta la mas leve sospecha. Lejos, lejos de este templo esa fingida conducta de un zelo siempre nocivo. La prudencia sabe hermanar la dulzura con la severidad, sin que esta sobrealga nunca, ni se lisonjee aquella, manteniéndose siempre para la fe con un temperamento tan

precioso, y triunfando la verdad á quien se comunica. Hé aquí, señores, los caracteres que distinguen á este templo: tales son los poderosos ruegos con que se solicita en su favor la constante proteccion de *Sulpicio*. No, no me parece que podrá resistirse á tantas acciones y virtudes como hacen revivir aquí su espíritu. *Ipse visitator, et adjutor est loci.*

¿Me desmentireis ahora si digo que la esperanza en la proteccion de *Sulpicio* debe sostener este templo? *Lapides spe solidati.* ¿Queréis todavía otra señal que pone el colmo á la confianza que os debe animar, y obliga á *Sulpicio*, por decirlo así, á que se declare siempre el apoyo de este templo? Yo digo que se perpetúan en él los prodigios de su caridad. *Lapides charitate compacti.* Esta es mi tercera parte.

PUNTO TERCERO.

Caridad universal y constante. En una palabra, he pintado la de *Sulpicio*, y en ella una caridad, cuyos prodigios se renuevan y perpetúan en este templo. Sigamos el paralelo. Llamo desde luego caridad universal á aquella caridad fecunda que sabe producir milagros en favor de la miseria. *Charitas alios parturit.* Aquella caridad compasiva y sensible que participa con los desgraciados de su desgracia, y con los enfermos de sus enfermedades. *Cum aliis infirmatur.* Aquella caridad que, como si fuera una tierna madre, se extiende y presta toda sin excepcion á beneficio de todos. *Omnibus mater.* Tal es el modo de pen-

pensar de San Agustin, á quien sigo en esta parte. Pero decidme, ¿hay alguna cosa en este relato que no pueda convenir á *Sulpicio*? ¿Hay alguna cosa que no pueda yo aplicar á este templo? En *Sulpicio* será donde halle los exemplos de aquella caridad que os debo describir. Vosotros que conceis las virtudes de este Santo porque os habeis impuesto la obligacion de estudiarlas ¿os le representareis acaso de otro modo que como un Héroe de una caridad santa y fecunda? Díganlo sino tantas útiles fundaciones como transmitirán los anales de la Iglesia Galicana á la memoria de la mas remota posteridad: díganlo sino tantas casas abiertas á la desesperada miseria; tantos establecimientos ventajosos proporcionados al zelo, cuya virtud exponia la indigencia, y en fin, tantos retiros establecidos en favor de aquella parte de la clerecía, á quien un estado poco ventajoso parecia que imposibilitaba cultivar sus talentos y formarse en los ejercicios de un santo ministerio. Así es como, al modo de un fecundo é inagotable raudal, lleva la caridad la opulencia hasta el medio de la esterilidad misma. *Charitas alios parturit.* La aplicacion es natural. Yo no sé si me engaño; pero me parece que no tanto he pintado la caridad de *Sulpicio*, quanto aquella, cuyos prodigios renovados siempre á cada paso se ofrecen en este templo á mi corta inteligencia.

¿No habeis visto salir de él, como de su centro, infinitas fundaciones que son tan útiles á la Religion como al Estado? ¿Tantos parages en donde puesta siempre la miseria al

abrigo de las humillaciones y de la indigencia parece que se indemniza por el dichoso estado en que se halla de la triste situacion en que se veía? ¿Retiros santos en donde asegura el sexó femenino su virtud contra los peligros del mundo? ¿Florecientes comunidades en donde la clerecía es hoy la esperanza del Sacerdocio y mañana su gloria y ornato? ¡O inmortales obras! Vosotras brillais al abrigo de este templo en el que, por decirlo así, os ha producido la caridad, y os reproduce aun cada dia. *Charitas alios parturit.*

Cum aliis infirmatur. El ser desgraciado era bastante motivo para contarse con el favor de *Sulpicio* y mover su corazon. En su caridad hallaba la abandonada miseria los recursos que el insensible mundo la negaba. *Cum aliis infirmatur.* ¿Es este su espíritu, es este aquel mismo Santo que escuchando en este templo las quejas de los desgraciados agota asimismo la fuente de sus lágrimas y dulcifica la amargura de su desgraciada suerte? Pero ¿que digo yo? La misma caridad sabia muchas veces prevenir sus deseos: siempre se mostraba mas pronta para socorrerles que eran ellos de ingeniosos para pintarla su miseria. *Cum aliis infirmatur.*

¡O triste familia! La imprevista decadencia de una brillante fortuna te reduxo á un estado mucho mas humilde que lo fué de lisonjero el que se le siguió: tu triste situacion te obliga á buscar un indispensable socorro, y tu delicadeza teme exponerse. Ven, pues, ven á lo interior de este Santuario y manifiesta ese secreto que te importa ocultar al resto del mundo:

la

la caridad sabrá sostenerte sin que te expongas. ¡O pobres impedidos! Ya que vuestros mutilados miembros os impiden el trabajo necesario para vuestra manutencion: venid, venid á comunicar en este templo la naturaleza de vuestras enfermedades: la caridad siempre industriosa sabrá ocuparos en ejercicios fáciles, que suplen á las penosas fatigas que no podéis sufrir. *Cum aliis infirmatur.*

Pero aun descubro otro carácter que justifica las relaciones esenciales que encuentro entre la caridad de *Sulpicio* y la que reyna en este templo, quiero decir, aquella caridad que no hace distincion de personas. *Omnibus mater.* Bien lo sabeis vosotros: su palacio era el asilo, el imanantial y el centro de los pobres. De los miserables enfermos, de los peregrinos, de los vergonzantes y de los pobres de toda especie se componia su corte. Su caridad sabia distinguirles á todos, descubrir sus necesidades y hacer que ninguno estuviese descontento. *Omnibus mater.*

Aun en el dia veo que subsiste en este templo un prodigio semejante. A nuestro tiempo pertenecía estar libre de la reprehension que hacia antiguamente San Bernardo á los ministros del altar. Yo admiro, decia, la pomposa brillantez de las Iglesias: en ellas resplandecen infinitas maravillas del arte, que al mismo tiempo que encantan, como que se las disputan entre sí á porfia. *Fulget Ecclesia in parietibus.* ¡Ah! y que espectáculo tan triste se presenta en medio de tanta magnificencia! Sí, christianos: la pobreza se ve abandonada

O 3

á

á todo el rigor de su suerte: pide y no se la oye: gime y no se la consuela. *Fulget Ecclesia in parietibus, et in pauperibus eget.*

No, no toca á este templo semejante reprehension. Puede que jamas se haya visto otro que esté mas bien adornado: todo llama en él la atencion de los curiosos é inteligentes. Pero podemos decir en su honor, que no se mantiene esta pompa á expensas de la indigencia. El ornamento mas bello de este templo, es la magnificencia con que resplandece la caridad á beneficio de los pobres. Semejante esta á la gracia, sabe tomar en el presente Santuario mil formas diferentes, é ingeniosa siempre, siempre se sabe multiplicar.

Tan pronto consagra esta caridad sus talentos á la instruccion, que es en lo que escriba su apostolado para con los pobres. Tan pronto consagra su crédito, solicita, ruega y persuade, que es en lo que consiste la proteccion que les ofrece. Tan pronto consagra sus riquezas, repartiendo con liberal mano inmensos tesoros, y aliviándoles, animándoles, sosteniéndoles y alimentándoles, que es lo que forma el caracter de una madre tierna que mira á los pobres como á sus queridos hijos, y que no piensa ni obra sino para su propio interes. *Omnibus mater.*

Muchas almas pudieran dar aquí unánimemente el mas eloqüente y glorioso testimonio de lo que digo. Sus expresiones, como sincéros intérpretes de los sentimientos del corazón, serian para mí otras tantas vivas pruebas que me preservasen de la injuriosa sospecha

cha de haberme prestado á la adulacion. Dios no quiere, á la verdad, que desde esta sagrada cátedra me atreva yo á ofrecer incienso lisonjeros. Yo discurro que, muy al contrario, se me debe reprehender por no haber bosquejado mas que ligeramente los prodigios y asuntos que debiera haber desempeñado con mas dignidad. ¡Mas ah! ¿Como habia de hacer ver tantas maravillas como oculta una modesta caridad al conocimiento del mundo? Caridad única por cierto, que merece siempre nuevos elogios, y es tan constante como universal.

Aquellas grandes revoluciones que acontecen en los imperios, son, sin comparacion, mucho mas fatales para los pobres que para el resto de los hombres. En dias tan criticos, hasta la mas brillante opulencia se contiene dentro de los límites de una indispensable economía, semejante á aquellos rios á quienes los hielos del invierno suspenden su corriente y detienen sus aguas. En los tiempos miserables, casi siempre dexa de extenderse la caridad: quanto mas se aumentan las necesidades, mas se oculta, y menos beneficios parece que reparte. Pero yo me engaño, porque hay corazones que no saben degenerar de sus sentimientos aun en los tiempos mas calamitosos: su generosidad y piedad, se animan y redoblan á vista de las miserias públicas: quanto mas universal son las desgracias, otro tanto mas fecunda y extensa es su caridad. *Charitas nunquam excidit* (1).

O 4

Mas

(1) I. Cor. 13. 8.

Mas que se escapen á vuestra memoria los inmortales exemplos de un San Agustin, que en los mayores apuros de un sitio porfiado hizo ver á Hipona con admiracion hasta donde puede llegar la caridad mas heroyca. Mas que no hagais cuenta de la caridad de un San Carlos Borromeo, á quien vieron los anteriores siglos con asombro, y la mirarán de igual suerte los venideros, que durante el mas terrible azote del hambre, quiso mas bien llegar á ser el primero y mayor pobre de su Diócesis, que abandonar á su pueblo á los rigores de la miseria. Y, en fin, mas que os olvidéis del grande modelo que os he propuesto hasta aquí en la caridad de *Sulpicio*: ¿quantas maravillas nos ofrecerá si miramos á aquellos funestos y desgraciados dias, en los que por la larga duracion de la guerra se vió el príncipe obligado á buscar en la bondad de los pueblos los recursos que no hallaba en sus agotados tesoros? Entonces, entonces fué quando la siempre constante caridad de *Sulpicio*, apaciguó los espíritus rebeldes, ganó los corazones descontentos, y excedió, por decirlo así, al heroismo christiano. *Charitas nunquam excidit.*

Pero ¿que necesidad tenemos de acudir á la antigüedad de los siglos para hallar prodigios de caridad? El nuestro nos les suministra, y este templo nos ofrece los mas resplandecientes exemplos. En él es la caridad superior á los acontecimientos. En vano os referiría yo las desgracias de los tiempos, porque las conoceis vosotros muy bien; ¿y quien será el que las ignore? Una guerra motivada por la justicia, y di-

dilatada por necesidad, es el principio de todas ellas. Nuestras victorias debieran haber acabado con nuestros males. Pero ¡o gran Dios! Nuestros delitos son los que hacen caer sobre nosotros el peso de vuestra venganza. Un monarca en quien sus vencidos enemigos se ven precisados á confesar la intrepidez y el heroismo, un nuevo Luis XII., que, como él, es el padre de sus vasallos: un rey, quien solamente no teme los peligros que todo el reyno se rezelaba contra él; guerrero por inclinacion, y pacífico por bondad, no aspira á otra cosa que á lograr el dulce instante de poder ofrecer la paz á la Europa, y hacer feliz á un pueblo de quien es las delicias, á quien ama, y en favor de quien quisiera suspender las órdenes que, á pesar suyo, no pueden menos de salir de su trono. ¡O gran Dios! Tus juicios son incomprendibles, y no nos toca á nosotros penetrarles. Adoramos vuestra mano sin embargo de que nos castigue. Los golpes que nos descargas son obra de tu gracia. En nuestros apuros nos suministras los recursos que necesitamos.

En efecto, ¿quantos no halla la miseria en este templo? ¿Por ventura no subsiste la misma caridad en tiempo de guerra que la que se admiraba en tiempo de paz? ó por mejor decir, ¿no multiplica constantemente sus beneficios una caridad mayor y mas extensa? Aquellas quejas que resonaban en tantos templos, aquellos clamores que la olvidada y abandonada pobreza parece que tiene derecho á manifestar nunca se oyen en este augusto templo, porque siem-

siempre resplandece en él sin disminuirse una superior caridad, y porque el zelo, siempre arreglado, sabe distribuir en él sus limosnas con la mas exácta prudencia, y estoy para decir, que con una especie de santa prodigalidad.

Charitas nunquam excidit.

Sostened una caridad tan respetable, ricos y grandes del mundo. ¿Que ha de poder un hombre solo en un tiempo en que la miseria es casi general en el pueblo? Quiera Dios que sus exemplos exciten en vuestros corazones la caritativa emulacion que nos representan siempre en este templo las virtudes de *Sulpicio*. Conságrala en su honor vuestra piedad para que os sirva de estímulo á fin de caminar por sus huellas. Respetad é imitad su fe. Los exemplos de ella han venido á ser la piedra fundamental de este templo. *Lapides fide formati.*

Si sois fieles en imitarle, y le invocais con constancia, lo podeis esperar todo de su proteccion. Proteccion poderosa, á la verdad, que ha experimentado muchas veces este templo, y cuyos saludables efectos se puede todavia prometer. *Sulpicio* es como columna inmutable que sostiene y afirma estas sagradas bóvedas. *Lapides spe solidati.* Reviva siempre con especialidad en los prodigios de vuestra caridad. Mirad á los pobres y á las piedras vivientes de este templo como si fuera á vuestras propias personas. Quiera Dios que les una la Religion con vosotros sobre la tierra, *lapides charitate compacti*, para que seais coronados con ellos en la eterna bienaventuranza, como deseo.

ORA-

ORACION FÚNEBRE

DEL ALTÍSIMO, PODEROSÍSIMO
y Excelentísimo Príncipe *Luis de Orleans*, Duque de este titulo, y primer
Príncipe de la Sangre Real:

PRONUNCIADA

á trece de Mayo de 1752 en la Iglesia
de Paris.

*Mortuus est... et universus Juda, et
Jerusalem luxerunt eum.* Murió, y
toda Jerusalem y Judá le lloraron.
2. Paralipom. c. 35. v. 24.

Así acaban los libros santos el elogio de un Rey (1) que, despues de haber sido la gloria, el exemplo y la edificacion de Judá, llevó consigo al sepulcro los sentimientos de un pueblo á quien habia admirado durante su vida; y así es como debe empezar el elogio del religio-

(1) Josías.

siempre resplandece en él sin disminuirse una superior caridad, y porque el zelo, siempre arreglado, sabe distribuir en él sus limosnas con la mas exácta prudencia, y estoy para decir, que con una especie de santa prodigalidad.

Charitas nunquam excidit.

Sostened una caridad tan respetable, ricos y grandes del mundo. ¿Que ha de poder un hombre solo en un tiempo en que la miseria es casi general en el pueblo? Quiera Dios que sus exemplos exciten en vuestros corazones la caritativa emulacion que nos representan siempre en este templo las virtudes de *Sulpicio*. Conságrala en su honor vuestra piedad para que os sirva de estímulo á fin de caminar por sus huellas. Respetad é imitad su fe. Los exemplos de ella han venido á ser la piedra fundamental de este templo. *Lapides fide formati.*

Si sois fieles en imitarle, y le invocais con constancia, lo podeis esperar todo de su proteccion. Proteccion poderosa, á la verdad, que ha experimentado muchas veces este templo, y cuyos saludables efectos se puede todavia prometer. *Sulpicio* es como columna inmutable que sostiene y afirma estas sagradas bóvedas. *Lapides spe solidati.* Reviva siempre con especialidad en los prodigios de vuestra caridad. Mirad á los pobres y á las piedras vivientes de este templo como si fuera á vuestras propias personas. Quiera Dios que les una la Religion con vosotros sobre la tierra, *lapides charitate compacti*, para que seais coronados con ellos en la eterna bienaventuranza, como deseo.

ORA-

ORACION FÚNEBRE

DEL ALTÍSIMO, PODEROSÍSIMO
y Excelentísimo Príncipe *Luis de Orleans*, Duque de este titulo, y primer
Príncipe de la Sangre Real:

PRONUNCIADA

á trece de Mayo de 1752 en la Iglesia
de Paris.

*Mortuus est... et universus Juda, et
Jerusalem luxerunt eum.* Murió, y
toda Jerusalem y Judá le lloraron.
2. Paralipom. c. 35. v. 24.

Así acaban los libros santos el elogio de un Rey (1) que, despues de haber sido la gloria, el exemplo y la edificacion de Judá, llevó consigo al sepulcro los sentimientos de un pueblo á quien habia admirado durante su vida; y así es como debe empezar el elogio del religio-

(1) Josías.

gioso Príncipe que con su temprana muerte ha hecho llorar tantas lágrimas. *Mortuus est; et universus Juda, et Jerusalem luxerunt eum.*

¡Quan ventajoso es para mí en el triste ministerio que voy á desempeñar tener que referir las mas sublimes virtudes del christianismo! ¡Que felicidad la de que la voz pública se haya tomado ya el cuidado de juntar todos los lineamentos del quadro que apenas he tenido tiempo para bosquejar! A mí me bastaría para concluirle hacer que hablasen aquí los pobres que sienten la pérdida de su padre, los talentos que reclaman á su protector, la penitencia que llora á su modelo, la impiedad que tributa homenaje al héroe de la Religion, y la Religion que se halla justamente sentida de la pérdida de un príncipe, que fué aun mas respetable por el uso y sacrificio que la hizo de su grandeza que por su grandeza misma.

Detengámonos, pues, en estas últimas qualidades que con especialidad caracterizan al príncipe que lloramos, y justificarán para siempre la intension de nuestros sentimientos. *Universus Juda, et Jerusalem luxerunt eum.* El supo distinguir en la grandeza el fausto de la dignidad, y las tentaciones que ofrece de los medios de santificación que suministra. Supo renunciar todo lo que tenía de frívola y peligrosa para sí mismo, y solo conservó la que era precisamente útil á los demás. Yo haré ver del modo que sacrificó su grandeza por un principio de Religion, y como la supo conservar por la gloria de esta misma. Tal es el

asun-

asunto y la division del elogio que consagro á la memoria del altísimo, poderosísimo y excelentísimo Príncipe *Luis de Orleans*, Duque de este título, y primer Príncipe de la Sangre.

PRIMERA PARTE.

El publicar que un príncipe sacrifica su grandeza á la Religion, y hacer de este sacrificio el fundamento de su elogio, es sin duda alborotar las preocupaciones del mundo; pero me consuelo con que este conoce muy mal los caminos de que se vale Dios. La Divina Providencia parece que debe á nuestro siglo un exemplo resplandeciente, con el que pudo defender su santa Ley de los rápidos progresos del deísmo y de la incredulidad. Al paso que un altivo y temerario filósofo esparcía por todas partes el veneno de la irreligion, y mientras que el libertinage se atrevía á levantar contra los misterios de la fé, para evadirse mas bien de la necesidad de seguir sus preceptos, presentó el cielo un príncipe en cuya vida se advierte, el espíritu y la perfeccion del Evangelio. Queriendo mas bien ser humilde discípulo de Jesu-Christo que brillar entre los dioses de la tierra, hizo ver en ella á la edificada Iglesia un príncipe vencedor del mundo y de sí mismo.

El perfecto conocimiento de las obligaciones y de los peligros es indispensable á los príncipes. Desde luego conoció el *Duque de Orleans* que estaba principalmente obligado á aprender lo que sus deberes exigían de él, y

los

los peligros que debía temer. Apenas se empezó á desenvolver su razon quando hizo admirar con la penetracion de su espiritu, la exáctitud de su discernimiento, la rectitud de su corazon y su bondad natural. Siendo ya de una circunspecta y respetable conducta, arreglado en sus discursos, amigo de la verdad, zeloso de la justicia, y capaz de ser útil al rey y á la patria, se formaba por gusto en las ciencias, por obligacion en la política, y por natural inclinacion en la virtud.

Pero quantos escollos se presentaban al corazon de aquel Príncipe joven en una corte que es el centro de los placeres! Habitaba en una mansion en donde todo quanto le rodeaba estaba únicamente empleado en estudiar sus inclinaciones para conformarse con ellas, penetrar sus pensamientos para favorecerles, y advertir sus deseos para satisfacerles; donde campante la adulacion mantenía los vicios, detenía los progresos, ó quitaba el mérito de las virtudes que alababa por una oculta vanidad que inspiraba; en una palabra, donde todo se volvía intrigas para derribar la inocencia. ¡Dichoso el hombre que se puede mantener siempre sin el contagio que en semejantes parages se respira! ¡Dichoso tambien aquel que despues de haberse prestado á las sutiles tentaciones que un arte figurado y pomposo prepara en ellos, sabe inmediatamente romper sus cadenas, y ofrecer á Dios un corazon, que solo debe ser enteramente para él!

Esto es lo que justamente ofreció la Francia en el *Duque de Orleans*. Si el exemplo y los con-

consejos de un mundo corrompido le hacían entrar por algun momento en las sendas de los pecadores, no se detenía en ellas. *In viâ peccatorum non stetit* (1). No tardaba la gracia en conducirle por el camino de la justicia y hacerle caminar por allí para siempre. Pero antes de exponer las circunstancias de su conversion ácia Dios, debo señalar la época del tiempo en que fué, porque con ella se añade á la gloria el mérito del sacrificio. Acordémonos, pues, de aquel funesto día en que por la imprevista muerte del Duque Regente, se presentó á su hijo todo quanto puede haber de agradable con los títulos, riquezas é independencia. Haciendo poco caso de las ventajas que iba á adquirir, estaba únicamente ocupado con las instrucciones y desengaños que le daba este fatal acontecimiento. En efecto ¡que cosas tan contrarias se presentaban á su vista en el sepulcro de un padre que acababa de ver en el mas alto grado de poder y de honor á que puede llegar un vasallo! Despues de un reynado tan largo como glorioso, y habiendo sido superior á sus prosperidades y desgracias, murió Luis XIV. Subió al trono su tierno hijo que era la esperanza de la nacion, y con este motivo llegó á ser el *Duque de Orleans* el depositario de la autoridad real. Era de un ingenio vasto, penetrante, sublime, universal y capaz de emprenderlo y ejecutarlo todo: como dueño de sus proyectos, les convinaba y variaba segun le parecia, no

(1) Psalm, I. v. I.

manifestándoles sino quando estaba seguro del suceso: hábil para acomodarse á las circunstancias del tiempo, descubrirlas y penetrarlas; consumado en el arte de conocer á los hombres, sabia descubrir y emplear sus talentos: político profundo, amante de los sabios y sabio tambien él mismo; de corazon noble, generoso é intrépido y como ansioso de gloria, sabia sujetar todos los proyectos que le podia inspirar á la satisfaccion de mantener la paz en el reyno, y hacer florecer en él las ciencias, las artes y la abundancia, grabando en el corazon de los pueblos que gobernaba, los sentimientos de respeto, amor y fidelidad de que él mismo estaba penetrado por un rey tierno; en una palabra, príncipe digno de muchos tronos, si para ello no hubiera sido menester otra cosa que reunir en sí toda especie de mérito.

Testigo del beneficio público de que nuestros asombrados vecinos participaban tambien con tan sabia administracion, y de las lisonjeras aclamaciones que el reconocimiento universal de la Europa ofrecia al Regente, no habia conocido hasta entonces las humanas grandezas este Príncipe que acabamos de perder, sino con el fin de que pudiesen excitar el amor propio, obscurecer la razon, y corromper el corazon; pero la imagen de la muerte representada en el frio cadaver de su padre le descubrió la nada de las cosas del mundo. Anegado en lágrimas de dolor puso sus miras mas allá de lo que le permitia el tiempo. ¿Con que al sepulcro es, decia, á don-

donde viene á parar la gloria del mundo? ¿Y es cierto que hay una eternidad?

¡O idea terrible! tú eres la que en los preciosos tiempos del christianismo hiciste pasar desde el bullicio de las ciudades al seno del retiro á un sin número de penitentes justamente espantados... Vosotros, hombres, que os dexais seducir del falso brillo del mundo (1), ¿como no emulais estos exemplos de terror? Ellos son los que habiéndose apoderado del corazon del *Duque de Orleans* hicieron recibir la hermosura á su alma. Quantos sacrificios hizo en lo sucesivo, otros tantos fueron fruto de la impresion que hizo en ella la meditacion de estas cosas.

Muy pocos años se habian pasado quando se renovó esta saludable impresion por un golpe no menos fuerte que inesperado. Acababa el príncipe de contratar una alianza digna de su clase, conforme á la voluntad del rey y á los intereses de la Francia.... Aunque hablo de los sagrados vínculos con que se unió el *Duque de Orleans*, debo recordar casi al mismo tiempo el cruel instante en que se rompieron. ¡O gran Dios! ¿tú no le das la idea del principio de una felicidad, sino para convencerle de que no hay perfecta dicha sobre la tierra!

Hacian los dos augustos esposos las delicias de su corte, teniendo la misma dulzura en su carácter y el mismo amor á la piedad. En la Duquesa de Orleans, se hallaba el noble deseo

Tom. IV.

P

de

(1) *Præterit enim figura hujus mundi. I. Cor. c. 7. v. 31.*

de repartir beneficios, y en el Duque una santa emulacion de patrocinar tan dignas ideas. Animados ambos con los mismos sentimientos de Religión, se deleytaban mas bien á los pies de los altares que entre el tumulto del mundo. Ambos poseían el singular talento de saber sostener la grandeza con dignidad y ceder de ella con decencia. Ambos se prometían de comun acuerdo poder transmitir al príncipe que el cielo les habia dado tantos méritos y virtudes... Ah! La cuna del infante fué casi el sepulcro de la madre. ¡Que golpe para un príncipe sensible! Pero quanto más digna era la victima de su estimacion y ternura, otro tanto mas empeño hacia el *Duque de Orleans* en triunfar de su dolor. A un propio tiempo concedia las lágrimas á la naturaleza, y consagraba su sensibilidad por el sacrificio que hacia de ella á la Religión. ¿Que le quedaba ya que sacrificar como no fuese sino su misma grandeza para conocer por medio de reiteradas pruebas, que toda la que hay sobre la tierra no es mas que una *vaná sombra* (1), una fantástica chimera que deleyta la vanidad sin contentar al corazón? Ya llegó el tiempo, decía, de romper los vínculos que me unen á frívolos y perecederos objetos. Hablaba la gracia, y la obedecía. A la soledad era á donde iba á llorar como David sus pasadas flaquezas, repasándolas entre la amargura de su corazón, y reparándolas por la penitencia sin consolarse jamas. En efecto,

(1) *Transierunt omnia illa tamquam umbra: Sap. 1. 3. v. 9.*

huyó del mundo, y desde entónces ocupó un humilde retiro el lugar de un soberbio palacio.

Allí depositó el *Duque de Orleans* el aparato de su grandeza, las prerogativas de una clase sublime, las distinciones personales y el honor de estar unido á este augusto santuario en donde los mas grandes Reyes del Universo no aciertan á decidir de la suerte de la Europa. Estas maravillosas ventajas, tan apreciadas por lo comun de los hombres, fueron la materia de su sacrificio. Ya me parece que estoy oyendo á la falsa sabiduria censurar temerariamente una conducta, cuyos motivos no acierta á penetrar. Condénala el mundo enhorabuena y murmure de ella la política, pues, al *Duque de Orleans* le dirigen unas miras superiores á las de la sabiduria humana. Aquel mismo que le hizo nacer cerca del trono, es el que le estimula á dexar el lugar en que le habia puesto (1). Algunas veces quiere Dios encaminar á sus escogidos por caminos extraordinarios. Respetemos los designios de la Providencia, y acordémonos de que siempre está el hombre en su agrado, quando tienen sus acciones la gracia por principio, y la Religión por objeto.

En efecto, ¿que otro espíritu mas bien que el de Dios podia inspirar al *Duque de Orleans* la resolucion que executó? ¿Siguió acaso en esto los movimientos de una piedad poco reflexiva? No por cierto: él habia meditado su

(1) *Quoniam tu, Domine, singulariter in ipse constituisti me. Ps. 4. v. 10.*

sacrificio mucho tiempo antes de consumarle. Continuos aunque pasajeros retiros le habian dispuesto al que abrazó solemnemente. Habia preguntado acerca de ello á hombres iluminados, prudentes y virtuosos, apelando á su decision desde el tribunal de su tímida conciencia. Sin embargo, ¿era acaso para él la corte una tierra extranjería? Nada menos que eso: en ella no era uno de aquellos hombres que presentados desde el centro del olvido en el teatro del mundo, admiran su grandeza y sienten su obscuridad. La corte era su patria, y el palacio de los reyes habia sido su cuna. Nacido entre los honores, nada le faltaba de quanto era necesario para sostener el peso de ellos, ó, por mejor decir, para merecerles sino les hubiera tenido desde su nacimiento. Pero en estas mismas ventajas descubria muchos peligros y les evitaba. ¿Se dirá acaso que sufrió, ó que quiso remediar los reveses de la fortuna? Ah! El *Duque de Orleans* no tenia de que temer para ser constantemente feliz. Pero no obstante, el motivo que le determinó á serlo fué este mismo temor. ¿Dudaremos por ventura de esto, quando le vimos sacrificar no solamente lo que deslumbra en la grandeza, sino tambien todo quanto era propio de esta segun el mundo para hacer al hombre feliz? Sino hubiera abdicado mas que la pompa, se habria sospechado tal vez de haber querido solo evitar sus embarazos y sacudir un yugo importuno para ir á la sombra de una tranquila obscuridad á gozar de una libertad no-

ci-

civa. Pero renunció á un mismo tiempo la ociosidad y los placeres: su sacrificio fué tan completo, como voluntario.

¡Quanto celebrára yo poderos descubrir el alma del *Duque de Orleans*! ¿Como os he de bosquexar una imágen fiel de los combates que se ofreció á sí mismo despues de haber vendido al mundo? Vosotros, los que fuisteis testigos de su conducta y depositarios de sus sentimientos, decidnos, decidnos, pues, lo que visteis y oisteis. Ellos vieron, señores, á un príncipe santamente ambicioso de sacrificar á la Religion todo quanto los grandes piensan que la pueden negar muchas veces, qual es su voluntad, su espíritu, sus sentidos y su corazon. ¿No podré yo aplicar á este Héroe del christianismo lo que decia San Ambrosio de Valentiniano el Joven quando le elogiaba? Ah! Nosotros lloramos un príncipe que fué la gloria de la Iglesia. ¿Quanta luz esparció sobre ella por la vivacidad de su fé y los sentimientos de su piedad? *Eccliesiam splendidiorem fide sua, et devotione faciebat* (1). ¿No os parece que le veis revivir al oír delinear su retrato? *Videtur nobis in sermone reviviscere*. Suplid lo que me falta de la eloqüencia de Ambrosio para recordar lo que vosotros mismos habeis visto en un príncipe que fué todavía mas grande por su profunda humildad que por la elevacion de su estado; un príncipe, que no fué llevado por el juego continuo, las diversiones ni los es-

P 3

(1) *Ambros. Conc. in obitu Valentin. Jun. Aug.*

pectáculos, sino que parecía que mandaba al sueño para despertar la aurora, é ir inmediatamente a ofrecer su alma al Señor delante de los altares, participar de los divinos misterios y añadir á los públicos ejercicios de la Religion los sécretos afectos del corazón. Postrado delante de aquel que le hizo grande parecía olvidarse de su estado y nacimiento, ó, por mejor decir, no acordarse de él sino para tributarle como homenaje. Sin pompa y sin acompañamiento, y humildemente confundido con el pueblo, hubiera querido poder ocultarse á la admiracion de los hombres. Pero no: quando le parecía no tener sino á Dios por testigo de su fervor, entonces era quando hacia fixar sobre él todas las atenciones: su piedad descubria su modestia. ¿De donde nacian en el alma de aquel príncipe los sentimientos de esta piedad siempre humilde y edificativa? De su fé. Esta le había enseñado, que *la grandeza* en el hombre era para él un título mas para *humillarse delante de Dios* (1), y que poseer todo el Mundo sin poseer á Dios; es ser grande para el tiempo y nada para la eternidad. Guiado el *Duque de Orleans* por las luces de la fé, se elevó sin cesar sobre la tierra para poner todos sus deseos en el cielo.

Estos fueron los que le llevaron á aquellos tristes parages en donde la hambre, la desnudez y la miseria agobian á los miserables y se atreven muchas veces á acusar la

(1) Eccli. c. 3. v. 20.

pesadez de la muerte. ¡Que espectáculo para vosotros pobres de Jesu-Christo, que postrados en una cama con el dolor, esperais solamente el instante de acabar con vuestros males! Vosotros vais á recibir á vuestro Dios, y vereis acompañarle á un príncipe que va á enterarse y remediarse vuestra deplorable situacion. Mientras que el sacerdote os exhorta y anima vuestro fervor, os consuela y sirve el *Duque de Orleans*. El uno descubre las llagas de vuestra alma, y el otro visita y cura las de vuestro cuerpo. El primero os hace saltar de los ojos saludables lágrimas, y el segundo verter reconocimiento. Aquel os enseña por su zelo á morir como christianos, y este os manifiesta con sus exemplos del modo que debe vivir un christiano... Ah! solo á nuestra santa Religion pertenece dar unos exemplos semejantes. ¡Quanta edificacion causa el ver que los da un *Duque de Orleans*! No es la caridad lo que me admira mas en él, sino el ver que era un prodigio de humildad. Y sobre todo, lo que mas me mueve en este príncipe, es una virtud siempre afanosa para buscar todas las ocasiones de excederse á la falsa delicadeza de la naturaleza, vencer las preocupaciones de su elevado nacimiento, edificar al mundo, y humillarse y anonadarse delante de Dios.

Por mas que los grandes miren á los placeres y holgazaneria como dos cosas regularmente inseparables de la grandeza, persuadido el *Duque de Orleans* de que no son sino verdaderos peligros ó abusos, repartió

el tiempo de su retiro entre el estudio y la oracion. No de otro modo procedia San Jerónimo quando despues de haberse escapado de las tentaciones y de los placeres de Roma, se ocupó en su profunda gruta tanto en meditar la ley de Dios quanto en interpretarla en sus obras. Solitarios ambos por eleccion y virtud, hicieron de las sagradas Escrituras el objeto de sus vigilias, la materia de sus escritos y el origen de su santificacion.

Aunque la adulacion persuada á los príncipes, que el fausto aumenta su gloria; que su voluntad es la soberana ley que deben seguir; que todo se debe sujetar y humillarse delante de ellos, y que porque son grandes pueden ser injustos, no harán estas perniciosas máximas ninguna impresion sobre el corazon del *Duque de Orleans*. Le parecia á este grande hombre que no hacia nada en sacrificar estos chíméricos privilegios de la grandeza. ¡Que espectáculo mejor para la Iglesia y la Religion, que la conducta constantemente sostenida de un príncipe modesto en su exterior, frugal en su mesa, y que por la misma Religion desea baxar á la clase de los simples particulares, haciéndose así otro tanto mas grande en quanto menos quiere parecerlo! ¡Con quanta atencion velaba sobre sí mismo para reprimir los movimientos de un natural propenso á hincharse y ensoberbecerse! ¡Con quanto cuidado procuraba hablar para que no se le escapase ninguna palabra que descubriese su mal humor, ó causase resentimiento! A la verdad que si algunas veces

ces se olvida el hombre por un arrebatamiento de lo que es, tambien por la reflexion descubre inmediatamente lo que debe ser: un christiano indulgente con los demas les perdona defectos sustanciales, al paso que siendo severo consigo mismo nada se disimula. A nuestro Héroe se le vió (escuche el cielo y admírese la tierra) ser equitativo á costa de sus intereses, y bienhechor de aquellos mismos que defendian en justicia sus derechos contra él. Si en este modo de obrar se reconoce la verdadera virtud, que es tan admirable en el comun de las gentes, ¿que no deberá parecernos en un príncipe? *Ecclesiam splendidiorem fide, et devotione faciebat.*

No os parezca que la virtud del *Duque de Orleans* se cesía á los límites de unos ejercicios estériles ó indiscretos. Su piedad era activa, y su regla el espíritu del Evangelio. Condenaba los excesos y les evitaba. En vano le encaminaba su fervor á unas mortificaciones superiores á la naturaleza, porque tuvo que renunciar á ellas por el desengaño de sus obligaciones, convencido, como decia él, de que *la verdadera penitencia es la del corazon*. Sin embargo ¡quan severa y constante fué la suya! Como rígido penitente renovó los admirables exemplos de los primeros christianos; esto es, ayunos, privaciones, austeridades y crucifixion.... Yo quisiera tener expresiones para dar á conocer las piadosas trazas de que se valió él para conseguirlo y con las que caracterizó su penitencia, tan constante, que en nada pudo moderarla. Tiemb-

blen aquellos que le critican, y lloren la falta de sus preciosos dias para el Estado y la Religion: él solo era quien no hacia caso de los peligros que todos se temian para con él. *Jamás se dirá*, decia, *que libre al cuerpo á costa del alma*. No se le notará á cerca de esto, que recibió pesadumbre por los honores que dexó, por los placeres de que huyó, por el luxo que menospreció y por la vanidad de las grandezas que menospreció y renunció tan generosamente. Nunca tenia sentimiento por lo que habia sacrificado con libertad. Cada dia se le veian añadir á sus primeros sacrificios otros nuevos. El quiso en una augusta reyna una hermana, á quien vió la España, casi al mismo tiempo que ser esposa de un rey perderle, y subir al trono que baxar de él. Sensible á la desgracia de esta princesa, supo consolarla como christiano, sostenerla como príncipe, sacrificar algunas veces los encantos de su soledad por verla, edificarla, ofrecer al cielo su pérdida y llorarla con ella. Un príncipe, que lo habia dexado todo por Dios, no tenia ya mas voluntad que la de este Señor. Aunque todo se hubiese mudado para él sobre la tierra, siempre hubiera sido su virtud la misma.

Su corazon habia sufrido ya otras pérdidas. La muerte habia llevado á tres princesas de su sangre. No le quedaba mas que su madre: como digna de su ternura y amor, era por su bondad la delicia del mundo, y la edificacion de la Iglesia por sus virtudes; pero estas no servian de nada contra la com-

mun y general ley de la muerte. Espiró, en fin, y con este motivo se abrió para el príncipe un nuevo manantial de lágrimas. Lloraba, pero conformándose como christiano, y haciéndose superior á todas las desgracias, se aprovechaba de la vista de la muerte para morir aun mejor á todas las grandezas, al mundo y á sí mismo. Sus últimos sacrificios, solo sirvieron para confirmarle mas bien en el primero.

Y ¿que sucedió quando le fué preciso dexar su amada soledad para coronarles á todos? En nada se detuvo: *Hablad, señor*, decia, *y obedeceré. Loquere, Domine, quia audit servus tuus* (1). Del mismo modo que lo decia lo executaba. En los lañces que convenia no era su retiro un impedimento que no pudiese quebrantar.... Entre todos sus sacrificios hubo uno á que su valor pensó desde luego negarse. Su union con el rey era bien conocida. ¿Quanto costó á su corazon alejarse de un monarca á quien hubiera querido dar sin cesar, por su continua asistencia, los testimonios mas patentes de su respetuosa ternura! Solo por él interrumpió los continuos ejercicios de su penitencia.... Mas ¡ó cielos! ¿que es lo que voy yo á decir? ¡Quan dulce es la memoria del peligro que ya no se tiene que temer! El rey habia manifestado hasta entonces todas las virtudes de un príncipe pacífico, habiendo estado como suspensas las de un monarca guerrero. Poco satisfecho de no

(1) I. Reg. 3. v. 9.

haber triunfado todavía sino por medio de sus generales, quiso ser muy en breve victorioso por sí mismo. Declaróse la guerra y se presentó el héroe. Sus primeras empresas anunciaron á nuestros enemigos, que Luis XIV. habia revivido en Luis XV. Ya se preparaban otras nuevas conquistas sobre el Rhin, quando estuvimos por desgracia á pique de perderle en el instante mas preciso para su propia gloria y para la felicidad del estado.... Penetrado el *Duque de Orleans* de dolor con este golpe fatal, partió y llegó donde estaba, manifestando con sus lágrimas el amor que le tenia. Sin duda fué su corazon el que hizo llegar hasta el cielo aquella poderosa voz que conservó á la Francia su apoyo, su defensor y su padre.

¡O mundo injusto! ¿Como es posible que te atrevas á declarar en el *Duque de Orleans* por delito haber exercitado solamente virtudes ocultas, á quienes tú caracterizas con el nombre de desconocidas? ¿Y qual será el héroe mas digno de nuestros elogios, el que triunfa de los enemigos del império, ó el que triunfa de sí mismo? Las recompensas temporales, una reputacion limitada á la tierra, las acciones que solo hacen grande á los ojos de los hombres, y un vano deseo de gloria, es, las mas de las veces, lo que anima y enciende el valor del uno. Las recompensas eternas, una reputacion que llega hasta el cielo, las acciones, cuyo testigo y principio es solo Dios, y los deseos á quienes inflama el fervor y corona la fe, es lo que anima á el otro para ha-

hacer un eterno divorcio con todos los objetos que le unen á la tierra. El uno se muestra algunas veces por sus sentimientos superior á la gloria que adquiere: el otro por sus virtudes se manifiesta mas grande que las grandezas que dexa. ¿Que conseqüencias son las que se sacan del primero? Pueblos desgraciados, víctimas inmoladas á la ambicion, cadáveres ensangrentados, ciudades saqueadas y tronos derribados que con sus vencidos reyes presentan al universo un horrible teatro de muertos, de carnicería y de desiertos. La conducta del segundo ofrece sin cesar multiplicados sacrificios, pecados no cometidos, defectos corregidos, pasiones sujetadas, carne domada, sentidos apagados, corazon cautivo, y, en una palabra, un hombre unido enteramente á la cruz, victima de la abnegacion y mártir de la penitencia. Decid ahora á vista de esto, ¿qual de los dos consigue las victorias mas dificiles y gloriosas? pero confesadme á lo menos que los exemplos y las oraciones de un príncipe virtuoso son todavía mas útiles á un império que la sabiduría y el valor de los héroes que le defienden. Aquel que manda á sus sentimientos y sus pasiones, es superior al que fuerza las murallas y conquista las ciudades. *Melior est qui dominatur animo suo; expugnatore urbium* (1).

Ved hay el espíritu del christianismo. Sobre este es sobre el que el *Duque de Orleans* se impuso la obligacion de arreglar sus acciones

(1) Prov. c. 16. v. 32.

y sentimientos. Cada una de sus virtudes era un triunfo resplandeciente de la moral Evangélica sobre las tentaciones, que son los ordinarios escollos de la grandeza: de la oración sobre la disipación, de la aplicación sobre la ociosidad, de la mortificación sobre la delicadeza, de la abnegación sobre el amor propio, de la humildad sobre el orgullo y de la penitencia sobre los placeres. Convencido con Tertuliano de que los príncipes y los grandes no son delante de Dios sino unos hombres como otro qualquiera, y todos con respecto á él polvo y ceniza, descendió el *Duque de Orleans* de la grandeza por un principio de religión. Pero instruido por otra parte por los libros santos, de que los príncipes y los grandes son imágenes de Dios sobre la tierra, y que deben representarle á los ojos del universo, supo conservar su grandeza por la gloria de la Religión.

SEGUNDA PARTE.

La Religión pide sacrificios, pero siempre animados por el fervor y arreglados por la sabiduría. Las virtudes desarregladas la parecen vicios. Si el *Duque de Orleans* renunció la brillantez, y se libró de los peligros de la grandeza por un principio de Religión y por la gloria de ella misma, también debía conservar los derechos y los sentimientos de la grandeza. Pero ¿ha sucedido esto así? Y si en efecto sucedió ¿de que modo? ¡Ah! el por menor de sus inmortales acciones bastará para

para instruir á todos los siglos. Nosotros mismos nos hemos admirado de ellas como testigos de su conducta. Dichoso yo si pudiese hacerlos ver como corresponde lo que ya no podéis observar, ni habeis dexado de admirar todavía.

Todo poder dimana de Dios (1), segun la doctrina del grande Apostol. El Sabio exclamaba á su presencia: grandes del mundo, príncipes de la tierra, prestad atentamente vuestros oídos á los oráculos del Altísimo. *Præbete aures* (2). El es quien os ha dado vuestro poder; y él es el origen del suyo. *Data est à Domino potestas vobis* (3). Pero colocándoos sobre los demas hombres, no dexa de tener sus designios sobre vosotros: Lo cierto es, que sois responsables de los títulos y poder que os ha confiado: vosotros tenéis una especie de ministerio que estaís obligados á desempeñar, y el no hacerlo así es degradaros verdaderamente, trastornar el orden de la Providencia y abusar de vuestra autoridad. Respetaos á vosotros mismos ya que lo sois de los demas. Persuadió á que el no mantener la dignidad de vuestro estado es ser indigno de él. Vosotros debeis conservar los derechos de la grandeza, tanto por su propia gloria, quanto por representar á los ojos del universo al Dios que os hizo los depositarios y administradores de ella. Estad ciertos de que

(1) *Non est enim potestas nisi à Deo.* Rom. c. 13. v. 1.

(2) Sap. 6. v. 3.

(3) *Ibid.* v. 4.

que lo habeis de dar una exácta y rigurosa cuenta de vuestras obras. Preguntará á cerca de todas vuestras intenciones, exáminará todos vuestros pasos y arreglará su juicio vuestra conducta. *Qui interrogabit opera vestra... judicium... fiet* (1).

¿Acaso no han sido para el Duque de Orleans estos esenciales principios la constante regla de sus acciones? ¿Quién supo nunca mas bien que él defender la fé de la injusta preocupacion de que la humildad cristiana envilecia á los hombres ensalzándoles delante de Dios? La Religion que le dirigia en el retiro, era siempre la antorcha que le iluminaba para conocer lo que debía á Dios, al mundo y á sí mismo. Hacia ver sin cesar en su persona los designios que sobre él y su conducta tenia la Providencia. En lo interior de su corazon se tomaba á sí mismo la severa cuenta que debía dar á Dios algun dia. Cotejaba á los pies del Santuario sus obligaciones y sus acciones, lo que era y lo que debía de ser.

Si él no hubiera sabido, como perfecto solitario, sino orar, humillarse delante de los altares, y no conservar de la grandeza mas que el nombre y el caracter sin sostener sus derechos, tendría por muy débiles á sus virtudes: no advertiría en ellas sino la obra de una piedad mal comprendida, y sentiría interiormente el error de un príncipe mal entendido que tomaba las apariencias de la Re-

(1) Ibidem. v. 4. et 6.

ligion por la Religion misma. Pero no separaremos lo que jamás quiso el desunir; esto es, su fe y su nacimiento, su piedad y su elevada clase, su humildad y sus derechos, sus sacrificios y su estado. Aunque él se postraba humildemente á los pies de la cruz, no se olvidaba que habia nacido al lado del trono. Tributaba á Dios el homenaje de su grandeza al paso que no permitía desapareciese delante del mundo. Huía del brillo de los honores sin embargo de que era propio de su persona. Siempre es bueno menospreciar el fausto y los placeres de la grandeza, porque siempre son peligrosos y muchas veces criminales. Pero sus títulos, sus derechos y sus posesiones no eran tanto suyas quanto de la augusta casa de quien era la cabeza, y cuyos intereses estaban precisamente confiados á sus cuidados, á su justicia y á su prudencia. Puesta de acuerdo la razon con la fe, le hacian conocer que aquellas ventajas no debian ser la materia de su sacrificio.

¿Se querrá decir ahora, que su piedad le habia empeñado en unas acciones tan continuadas que le impedian atender á sus principales obligaciones? No por cierto: siempre desempeñó con aplicacion y desvelo los deberes que creía inseparables del alto lugar que ocupaba. Quando era necesario, sabia sacrificar sus oraciones y su misma soledad por presidir en su consejo, de quien era el alma por la superioridad de sus luces, por la rectitud de sus intenciones y por la equidad de sus sentencias. ¿No os podría yo hacer ver,

como por una necesaria economía , y por medio de ingeniosos recursos supo restablecer el orden en su casa , quitando en ella gastos inmensos , reparando sus aniquiladas rentas , y añadiendo nuevos dominios á los que tenia? Por este modo de obrar tan prudente manifestó siempre al mundo , de qué bien lejos de ser el espíritu evangélico un obstáculo para la verdadera grandeza , solo sirve para aumentarla y hacerla mas apreciable.

Aunque regularmente no ostentaba el pomposo aparato que da á conocer á los príncipes de la tierra , no por eso dexaba de saber todo lo que correspondia á su estado. La Religion le habia enseñado , que el uso legitimo de la brillantez exterior , es aquel en que ella descubre los motivos y consagra el fin. Este brillo mantiene el caracter de la grandeza y le atrae los respetos. De este modo retenia el príncipe todo lo que le tocaba. Pero una pompa estéril , obra del fausto y de la ostentacion , nada añade á la dignidad , ni menos al hombre que la obtiene : esto es lo que evitaba justamente nuestro Héroe y de lo que se desentendia. No era por una vana apariencia de grandeza por la que se mostraba grande y digno de serlo , sino por la conducta. Sin embargo , ponédle en aquellas ocasiones en que exija su nacimiento que se presente con aquel esplendor que admira y embelesa , y vereis como entonces no se sabe negar á la decencia. La verdadera piedad le hacia mudar de situacion sin variar de motivo. Sencillo en su particular conducta , y magnífico quando lo debía ser,

ser , sabia humillarse segun las circunstancias como christiano , y presentarse como príncipe; prestarse por obligacion á la magnificencia que habia abjurado por virtud; y no siendo estas mas que una accion pasajera , dexaba inmediatamente aquella decoracion de etiqueta para volver á seguir con la modesta simplicidad del Evangelio: de tal suerte , que apenas se le habia respetado como príncipe , quando se le admiraba ya como christiano.

Pero al paso que con este caracter era solamente ingenioso para practicar la humildad evangélica , se mostraba con aquel atento siempre á sostener las prerogativas de su estado. No ignoraba el *Duque de Orleans* que estaban unidas á su cuna distinciones muy particulares , ni que aun la misma virtud las debia menospreciar , por ser una consecuencia precisa del orden establecido por la Sabiduría de Dios. Creia justo el mantenerlas , no por una especie de vanidad (porque estaba bien persuadido que la consideracion , el honor y el respeto debido á los príncipes , son los privilegios de la grandeza y no un suplemento del mérito), sino únicamente porque le parecia que esta especie de homenaje público le correspondia á aquel príncipe que se viese sobre la esfera de los demas hombres. Zeloso defensor de sus derechos , sentia por la Religion todo lo que era y lo sabia hacer conocer á los demas ; aunque siempre con nobleza y nunca con desayre. Estaba muy lejos de el aquella altivez que caracteriza á un hombre admirado de la grandeza , para la que no habia sido hecho. El *Duque de*

Orleans dexaba para aquellos á quienes una casualidad eleva á los honores esta hinchazon meditada, que al paso que puede adornar la representacion, no concede nada á la persona. Este modo de pensar solo conviene á un Aman y es muy inferior para un Jonatás. Si daba á conocer á aquellos que se olvidaban por una grosera familiaridad de que no se escapaba á su atencion su impolítica, era siempre con aquella afable y modesta grandeza, que naciendo del interior sentimiento, da á conocer asimismo la virtud y obliga al respeto.

Este mismo le exigía tambien de aquellos cuyas luces consultaba. Si era amigo de los sabios tambien queria no ignorasen que era su protector. Pero ¿á que sabios fué á los que concedió esta proteccion? Constantino supo en otros tiempos distinguir á Lactancio por el zelo con que defendió la Religion, y por eso le colmó de beneficios. En nuestros dias se vió renovar este célebre exemplo por el *Duque de Orleans*. ¿Quantas veces hallaron en este príncipe un poderoso apoyo y un magnífico remunerador los mas eloquentes apologistas de nuestra Religion santa? Ansioso por el cultivo de sus talentos, animaba su zelo, patrocinaba sus trabajos y se interesaba en sus sucesos. Los unos no han podido dexar de manifestarnos las luces y socorros que le debian; y los otros aun nos pueden hacer patente todo lo que deben á su atencion y generosidad.

Como juez que penetraba el mérito, recompensaba los talentos consagrados á la Religion, y hacia un justo menosprecio de los que

que obraban en perjuicio suyo. ¿Con quanta indignacion miraba el abuso fatal que se hace en el dia del espíritu y del ingenio? ¿Que no hubiera podido él detener el rápido curso de estas tenebrosas obras, multiplicadas por el interes, solicitadas por el libertinage y acreditadas por la irreligion! Lo mismo fué ver el impio sistema que se habia levantado antes de su muerte, que juntar los doctores de Israél y exhórtarles á la censura de una obra escandalosa, con la que el temerario discípulo habia intentado sorprehender la Religion de sus maestros. Conmovido el zelo del príncipe, hubiera querido poder desgajar una centella que hubiera sido capaz de incendiarla. Habia penetrado toda la encadenacion de esta perniciosa doctrina. Y ¿quien podia penetrar mas bien que él todo el veneno que contenia? Aun á los mismos sabios llegó á admirar no pocas veces la extension de sus luces. Pero aunque le eran familiares muchos conocimientos, todos tenian por objeto la gloria de la Religion.

Esta es, señores, la que debe interesar sobre todo á los príncipes. Graben enhorabuena todas las artes y ciencias sobre el sepulcro del *Duque de Orleans* los títulos que deben á su erudicion, que yo por lo que á mí toca, admiraré sobre todo, como orador christiano, á un príncipe profundo en la ciencia de las sagradas Escrituras, cuyo original language nada tenia de extraño para él: á un príncipe instruido perfectamente en la Religion, de quien se ha declarado defensor y apologista

contra las temerarias empresas del error y de la impiedad; y á un príncipe, en fin, zeloso de la doctrina de los Santos Padres, cimentado con sus obras, heredero de su sabiduría, discípulo de sus sentimientos, é imitador de su modestia y de su sumision.

Vosotros, sabios, á quienes conoció mas particularmente este príncipe, vosotros digo, podeis manifestarnos mas bien las muchas veces que os comunicó sus reflexiones, sus conocimientos, sus conjeturas y sus dudas, y las infinitas ocasiones que creyendo ser instruido os enseñó. No fueron menos tampoco las que os aprovechástéis de sus luces quando creáis no serviros sino de su proteccion. Quando se concede esta á empresas ventajosas á la Religion y á la sociedad, se immortaliza un príncipe, porque adquiere cierto derecho sobre el reconocimiento de la Iglesia y del Estado. Derecho á la verdad mas lisongero que el de la propia grandeza. Hablo de aquellos dos establecimientos, cuyo objeto es el de la educacion en el primero (1), y en el segundo la inteligencia de una lengua tan ignorada como útil en el christianismo (2). Versailles aplaudió al uno, Paris al otro y la Religion á entrambos. En la primera escuela se forman discípulos, y en la segunda se preparan maestros. En aquella se instruyen hombres que serán algun dia la gloria del estado. En esta se exercitan ministros que defenderán la fe en algun

(1) El Colegio de Versailles.

(2) La cátedra de Hebreo fundada en Sorbona.

tiempo. ¡Establecimientos útiles que transmitirán á la posteridad mas remota la piedad, zelo y liberalidad de su ilustre fundador.

La liberalidad, pues, es la mas noble virtud de los príncipes. Ella es la que hace ver su elevacion y la generosidad de sus sentimientos. El poder hacer felices á otros, es el mas relevante privilegio de la grandeza. Ser en la tierra la imagen del Dios de misericordia y el ministro de su Providencia, son dos títulos preciosos que añade la caridad á los del nacimiento, y forman con otra tanta mas razon la gloria de los príncipes en quanto constituyen su verdadero mérito. Un nombre augusto hace el elogio de sus mayores; pero los beneficios publican el de su corazon. Se respeta su elevado estado, pero no se le concede la gloria que con esta podia merecer. Quando su corazon les hace amar es un mérito que se conceden á sí mismos, y los honores que se tributan á su modo de pensar, deben, prescindiendo de su nacimiento, lisongearles con otra tanta mayor delicadeza, en quanto no se lo deben á nadie mas que á sí mismos.

El Duque de Orleans recibió como merecia estos honores. A la verdad eran unos resplandecientes homenajes que mas bien tributaba el reconocimiento á su persona que á su clase. ¿Quereis que os diga qual era la prerogativa que mas estimaba entre las de su nacimiento? Pues no era otra que la ventaja de poder hacer bien. Sacrificando una parte de su grandeza, no tenia necesidad de hacerlo de sus riquezas. Si las conservaba, no era para vivir

como príncipe magnífico, según podía, sino para hacer de ellas un uso mas noble, mas útil y mas christiano; en una palabra, para consagrarlas á la caridad.

Yo no recopilaré todas las pruebas de esta caridad tierna, compasiva, industriosa y universal, que como una lluvia bienhechora extiende la abundancia sobre las tierras mas estériles. Me basta recordaros los estragos de aquella funesta inundacion que asoló á todo el Orleans. Figuraos vosotros mudadas las campiñas en una mar dilatada, destruidas las casas, arrebatados los rebaños por la corriente, y extendida el hambre con la misma rapidez que las aguas. En aquel estado parece que estaba dispuesta la muerte á dar el último golpe á infinitas víctimas, que apenas las habia dexado ya con vida la miseria. El rico estaba sin esperanza, el pobre sin consuelo, y unos y otros amenazados de una próxima ruina. No parecia sino que en aquellos parages habia resuelto el cielo cubrir la tierra con un nuevo diluvio... Pero consolaos desgraciados pueblos, que vuestras lágrimas y oraciones han aplacado ya la ira del cielo. Ya van á cesar vuestros temores, y á ser remediadas vuestras pérdidas. Mirad la paloma que os trae el ramo de oliva. Un príncipe generoso es el que conoce vuestras necesidades y desgracias. En efecto, abriéronse sus tesoros, repartióse el socorro, cesó el azote, renació la abundancia y la inmensa caridad del *Duque de Orleans* hizo dudar en aquella asolada provincia, si el haber experimentado tantos males les tuvo
mas

mas cuenta á los pueblos que si no hubieran sufrido el mas leve menoscabo.

Mas aunque estos prodigios son tan conocidos; ¿quántos hay que aun se ignoran en el dia? Con vosotros es con quienes atestiguo, con vosotros los que estais siempre estudiando el modo de hacer resaltar vuestro gran nombre, sin embargo de que por otra parte quisiérais ocultar aun á vosotros mismos el horroroso contraste de vuestro miserable estado, con vosotros, pobres ilustres, que os avergonzais de descubrir las lágrimas que verteis en secreto. Presentaos, pues, no temais manifestar al príncipe la pintura de vuestras desgracias, que él sabrá ahorraros tan humilde relacion. No teneis de que avergonzaros para recibir sus beneficios, porque él ocultará la mano que os les suministra, y solo será por la grandeza de la generosidad por la que conocais que vuestro bienhechor es el *Duque de Orleans*.

Como recurso del huérfano abandonado, consolador de la triste viuda, y padre de los desgraciados, sabia alcanzar á todos con su caridad. Caridad que no conocia otros limites que los de su poder, y de quien la Religion era siempre el principio y la regla. Quando *el Duque* se vió obligado algunas veces, á pesar de sí mismo, á suspender el universal poder de sus donativos, concedió su corazon lo que la necesaria obediencia le precisaba rehusar.

De aquí procedió aquella confianza tan general que tenian en él. Cada dia formaba al
re-

rededor de sí una numerosa corte; pero no de lisongeros sino de suplicantes. El rico llegaba á él á pedirle socorros, le hablaba por sí mismo, y todos eran admitidos y escuchados, y por lo regular socorridos. Los clamores que continuamente oía el príncipe entre la gritería de mil confusas voces, se reducian á decir: ¡dichoso aquel que se compadece de la miseria de los hombres! *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem* (1). A todos los corazones ganaba, y todos los votos se reunian para asegurar su felicidad y perpetuar sus dias. La muerte debería respetar á aquellos hombres que son el honor de la humanidad y de la Religion. Muchas veces oía el *Duque de Orleans* este unánime lenguaje de los corazones; pero solo él era el que no le aplicaba como correspondia. La verdadera caridad no es sensible sino al placer de obligar á que se la elogie.

Mas ¡que nuevo cúmulo de hechos interesantes y dignos de estamparse en los anales de la Iglesia se me recuerdan! Allí se forma la indigente nobleza, por sus liberalidades, en las ciencias y en la piedad (2). Aquí se preparan á la sombra del santuario levitas jóvenes sostenidos por su generoso zelo (3). Ellos son desde luego la esperanza, y despues la gloria del sacerdocio.

Si

(1) Ps. 40. v. 1.

(2) El Colegio de Beaumont en Normandía.

(3) El Seminario de la Santa Familia, llamado de los Treinta y tres.

Si pongo mi atención en los asilos consagrados á la caridad, me ofrece siempre nuevos prodigios la memoria de las larguezas que continuamente usó con ellos. Si contemplo aquellos profundos encierros en donde la justicia de las leyes tiene á tantos infelices; observo que olvidan estos la amargura de su situación para hacerme ver, que el *Duque de Orleans* acaba de juntar sus lágrimas con las suyas, no sabiendo lo que deben ellos admirar mas, si su modestia que á nada se niega, ó su caridad que para todo es suficiente. ¡Quantos hábiles artesanos continuaron ejercitando sus talentos por los socorros que les suministró! ¡Quantos comerciantes que se habian perdido repararon su ruina, y mantuvieron por él su comercio! Toda la Francia está llena de sus beneficios, los que llegaron hasta el nuevo mundo.

A él era á quien los pontífices, los pastores y los ministros de Jesu-Christo, acudian en los tiempos calamitosos, hallándole siempre favorable á sus deseos, rival de su zelo y útil á su caridad. Aunque siempre era la suya abundante, llegaba á ser en estas ocasiones santamente pródiga. A él era á quien debian tantas vírgenes consagradas á Jesu-Christo la paz que gozaban en la casa del Señor. La inocencia expuesta al peligro, le debia su seguridad, y el pecador penitente su retiro. ¡Quantos lloran todavía en este príncipe el apoyo de su honor, el custodiador de su gloria y el conservador de sus dias! Si el zelo y la piedad falsa abusaron algunas veces de su confianza,

no

no echemos la culpa á sus luces ni á su corazón. Mejor queria, segun decia él, hacer ingratos que dexar infelices; y mas bien queria prodigar socorros que dexar de repartir lo suficiente. En una palabra, aunque se pudiese engañar á su caridad, jamas fué posible agotarla.

Si dudase alguno de su grandeza en estas acciones, y en los sentimientos que inspira la caridad, sabiendo hacerlos revivir dichosamente el amor á la patria, y reproduciéndolos cada dia el zelo de la Religion, que pregunte, ¿si Theodosio (1), del modo que nos le pinta el Arzobispó de Milan, y está representado á los ojos del mundo como la imagen del Dios de caridad, era un príncipe tan grande por sus acciones como por su clase? Que pregunte tambien, ¿si San Luis, que siempre procuró mostrarse el juez y padre de su pueblo, era un monarca menos grande y admirable, porque fuese mas caritativo y christiano?

Yo, señores, no acabaria este elogio fúnebre si me empeñase en reunir todos los rasgos de grandeza que caracterizan al *Duque de Orleans*: grandeza siempre útil á la sociedad, á la Religion y á su propia santificacion. Siempre la conservó en efecto: mas ¿que digo yo? aun se mostró con nueva brillantez en aquel instante fatal en que no es extraño llegue el hombre á flaquear. Vió que se acercaba la muerte á pasos lentos, y mucho mas horrible

con

(1) *Magnum et honorabile est, homo misericors.*
Ambros. Serm. in obitu Theod.

con esta aparente tranquilidad que lo que se manifiesta en una accion sanguinaria. Bien lejos de volver sus ojos al verla, se puede asegurar, que, segun la firmeza con que la miraba, no temia desafiarla.

¡Pero ah! ¿que es lo que yo hago? Yo, señor (1), he renovado incautamente vuestras llagas, y el dolor público. Me he atrevido á descubrir á vuestra vista el tierno espectáculo de un padre moribundo. ¡Que instante para su corazón y el vuestro! Sobre dos ocasiones conoció en el discurso de su vida la fuerza de los lazos que le estrechaban con vos. En vuestra infancia casi estuvisteis para perder la vida con una cruel enfermedad; y en una edad mayor la expusisteis vos mismo por el bien del estado (2), con una intrepidez tan grande que le hizo temer, así como á toda la Francia, de que vuestra gloria le costase muy cara.

Todo quanto habia experimentado en estas dos ocasiones se renovó quando os presentásteis á él: vos solamente le podiais hacer conocer que aun tenia alguna cosa en la tierra que le interesaba. Apenas podia respirar y conocia que os amaba. Como que le veo esforzarse para levantar sus cadavéricas manos al cielo y recoger todo el tiempo que le quedaba de vida para dar á su augusta familia la última señal de su amor.

Esto es hecho; ya no pensaba mas que en consumir su sacrificio. Su zelo y su fervor le en-

(1) El Duque de Orleans.

(2) Batalla de Tingen.

encaminaban todavía al pie de los altares, pero sus fuerzas se negaban á su piedad. Lo único que conseguia era mitigar con ella los rigores de su penitencia. Aun no era esta, como él decia, *proporcionada* á lo que debia á la justicia de Dios. Penetrado del temor de un Dios vengador, y de la confianza que tenia en la misericordia de este Señor, recibió la muerte con la constancia que es propia de un héroe christiano quando espira. Todo se llenó de tristeza. Ya espiró aquel príncipe que sacrificó su grandeza á la Religion y supo tambien conservarla por ella; aquel príncipe *querido de Dios y de los hombres* (1), que era el ornamento de la Francia, el consuelo de la Iglesia, el Héroe del Evangelio, y el padre de los pobres. *Mortuus est.*

Tales son los justos elogios que le tributan el monarca y los vasallos, los ricos y los pobres, y todos los estados del reyno. *Universus Jüda et Jerusalem, luxerunt eum* (2). Ya se nos fué aquel príncipe que por desgracia tendrá acaso muy pocos imitadores. Pero todavía permanecen vivos sus exemplos. Quiera Dios que su muerte sirva siempre de instruccion á los christianos sobre la vanidad de las grandezas humanas y la necesidad de sacrificarlas á la Religion.

¿Si me engañaré yo? Me parece, señores, que este aparato fúnebre se mudará en un espectáculo brillante. Yo creo que á este triste cá-

(1) *Dilectus Deo et hominibus.* Eccl. 45. 11 (1)

(2) *Paralip. c. 35. v. 24.* (2)

cántico se seguirá otro de alegría, y que la Iglesia invocará al príncipe por quien en el día ruega al Altísimo. Sus virtudes discurro que son garantes de este vaticinio. Y ¿por que no hemos de pensar, que un príncipe formado por el exemplo de los santos goce ya de su recompensa?



DISCURSO

DE MR. EL ABATE

DE LATOURDUPIN,

para su recepcion en la Academia Real
de las Ciencias y Bellas-Letras
de Nancy.

SEÑORES:

Todos los talentos pertenecen á la Real Academia de Nancy. Un rey filósofo, orador y escritor todo á un tiempo, parece que la ha comunicado toda clase de ingenios, de quienes él mismo es el modelo. Solo con reconocer los nombres escritos en vuestros anales, se podrán conocer todos los caracteres del espíritu de que es susceptible vuestra sociedad. Ella es una madre fecunda que encierra en su seno todas las riquezas.

Vuestro fundador, no determinó el número de los que podian aspirar á vuestros honores, porque siempre es el mérito un justo título para pedirles, y casi nunca dexa de ser un fundado derecho para obtenerles.... Los hom-

hombres que se aplican á defender las incontrastables verdades de la Religion, y los que se exercitan en penetrar los misterios que aun todavía se desconocen en la naturaleza, son muy propios de vuestros trabajos. Vosotros no os deteneis en recibir igualmente á unos que á otros, porque si los primeros son preciosos para la Iglesia, son útiles los últimos para la sociedad. El ingenio que crea las artes, y el gusto que las perfecciona, pueden tambien pretender la lisonjera ventaja de participar de vuestra reputacion. Vosotros admitis con el propio zelo al talento de la poesia que al de la eloqüencia. El exácto géomerra, el teólogo profundo, el critico juicioso, el curioso disertador, el historiador fiel (1), el entendimiento político y negociador, el magistrado á quien el discernimiento del príncipe confia el importante encargo de representarle en las ciudades y provincias (2), y ser el depositario y defensor de las leyes (3), el ingenio militar, y aquel, en fin, que influye en la paz, se unen, aunque por diversos caminos, para consagrar á la inmortalidad tanto vuestros nombres quanto vuestra gloria. Esta, pues, es la que me tiene asombrado con sus brillos, y casi se me hace temible á vista del augusto santuario, cuya

Tom. IV.

R

en-

(1) El caballero de Saliguac, Secretario perpetuo de la Academia, e Historiografo de Lorena.

(2) Mr. de la Galaisiere, Intendente de la Generalidad, Director.

(3) Mr. Thibaud, Procurador general de la Cámara, Vice-Director.

entrada os dignais franquearme en este dia.

Sí, señores, estoy para decir, que es esta la primera vez que habeis derogado la sabia ley que os debe manifestar el mérito, á no ser que atribuya al ministerio que exerzo una eleccion que tanto me lisongea, y que conozco muy bien no se halla mérito en mí para obtenerla. Tal vez será esta eleccion un motivo de emulacion para aquellos que consagran sus talentos al propio ministerio que yo. Proclamada por dos veces en un solo dia (1) la eloqüencia del púlpito, recibirá por vosotros un nuevo lustre en un tiempo en que se quejan de lo mucho que insensiblemente degenera de aquellos inimitables modelos que produjo el siglo de Luis el Grande.

Permitidme, señores, que estas apreciables quejas sean el asunto de las reflexiones con que os manifieste mi reconocimiento. Es verdad que con la muerte de Bourdaloue, Massillon y Suriano, expiró tambien aquella sana eloqüencia que hablaba vigorosamente á la razon, y sabia interesar al corazon por el sentimiento. Mas sin embargo, ¿será acaso justo entregarse á aquella preocupacion desdeñosa, que no advierte ya en los oradores christianos sino miserables declamadores, aplicados á conunar la ciencia de las palabras, y á no reparar en perderse en un caos de ideas informes?

A vosotros, pues, os toca juzgar, si esas terribles acusaciones se fundan en una causa le-

(1) Mr. Torne, Canónigo de Orleans, y Predicador del Rey de Polonia, Duque de Lorena y de Bar.

legítima. Solo la voz de la equidad os hará ver, que ya teneis en el dia en vuestra respetable sociedad unos oradores á quienes en el mas sabio siglo de la Francia no se hubieran avergonzado de tener por rivales los árbitros de la eloqüencia sagrada. Los superiores talentos que poseeis no tienen absolutamente por que temer las imputaciones de la censura.

Al oír esta censura, ó por mejor decir declamacion, será menester confesar, que el arte de la invencion que distingue á los modelos de la eloqüencia, está hoy casi enteramente ignorado en el púlpito. Podriamos decir, que no contaba ya ningun ingenio creador, y que todo tomaba ahora la tintura de una servil imitacion: que ya no se piensa sino á costa de los demas, no se enriquece nadie sino con sus riquezas, y que muchas veces se le desfigura con una ostentacion de palabras forzadas, capaces de hacer desaparecer á la belleza misma. Estas, pues, son las quejas y los motivos que tienen para darlas. Si estos estuvieran fundados serian razonables aquellas.

En efecto, hay eloqüencia sagrada y profana. Una y otra deben al ingenio su primer esplendor, y á este el rápido vuelo ácia la perfeccion; pero contenidas ambas dentro de los limites de la imitacion, degeneran, se envilecen y se arruinan. Si los inmortales oradores de la Grecia y Roma no hubieran roto los limites prefixados por aquellos que les habian precedido, estarian sus nombres sepultados en el olvido, y no exigirian con sus obras la admiracion de los sabios y el respeto de to-

dos los siglos. Demóstenes, no hubiera podido, llevado del ardor de su ingenio, producir aquellos maravillosos golpes que mudaron á un pueblo tímido en un pueblo heroyco. Ciceron, no hubiera podido tampoco reunir la magestad y delicadeza de las expresiones, la variedad y riqueza de los conceptos, el hilo didáctico del razonamiento ni el noble atrevimiento del entusiasmo. En una palabra, le hubiera sido imposible apaciguar la tempestad de que estaba amenazada Roma. Triunfando Catilina hubiera sido tal vez destruido César; y perdiendo á este, hubiera hecho acaso perder á Roma el imperio del Mundo.

¡O Religion christiana! Tú eres la única que no necesitas valerte de los socorros de la eloqüencia para perpetuar tus victorias. Tú te bastas á tí misma. Pero ¿qué reputacion ni que sucesos podran esperar tus apóstoles quando ciñan sus talentos al leve cuidado de reproducir solo las ideas de que se han valido ya otros oradores?

La eloqüencia christiana debe variar sus pinturas y acomodarlas á las costumbres, á las circunstancias y á los tiempos. Nosotros no somos exáctamente lo que fueron nuestros padres; y aunque es cierto que los hombres son unos mismos en todos tiempos, llegan algunos en que es menester valerse de otros colores para hacer sus retratos: luego el entendimiento que no hace mas que imitar, no conoce suficientemente estas diferencias esenciales, ni menos las posee. Así que, solo al ingenio creador y reflexivo, es á quien abre la

Religion un campo dilatado y donde apoyado sobre alas sólidas pueda tomar un atrevido vuelo, concebir un proyecto admirable, ejecutarle con el fuego que comunica, probar y persuadir, razonar y convencer, censurar, confundir, amaestrar los entendimientos, y cautivar y mudar los corazones.

Si los Bourdaloues y los Massillonos no hubieran sabido hacer otra cosa que imitar segun á ellos se les imita, ¿como era posible que hubieran llegado á ser lo que fueron? Bourdaloue fué sublime y convencedor, sencillo y magestuoso, haciendo siempre hablar á la Religion un language propio de ella: fué un hombre que forzaba al entendimiento rebelde hasta en sus últimos retrincheramientos, y no dexaba al vicio confundido sino el recurso de arrepentirse ó aterrarse: no señores, no hubiera esté único orador empuñado el cetro en el imperio de la eloqüencia christiana; sino se hubiese abierto un camino desconocido hasta entonces de aquellos que habian seguido la misma carrera.

Massillon confesó, que si hubiera entrado en algun tiempo en el ministerio evangélico, no hubiera seguido ni aun el camino de los maestros á quienes admiraba. Sin embargo, que eloqüencia mas singular ni mas nueva que la de Massillon! El solo imitaba á la naturaleza. Siempre era ingenioso, pero sin afectacion: algunas veces sublime, pero sin hinchazon: ajustado en sus manifiestos, feliz en sus aplicaciones, fiel en sus retratos, moderado hasta en el acaloramiento: pintor incom-

parable del corazón que explicaba el Evangelio para instrucción del christiano y hacia verlo que era el hombre para corregir al hombre mismo.

Estos oráculos de la eloquencia christiana, pueden y deben ser consultados por todos aquellos que se dediquen al ministerio de la predicación evangélica. Pero nadie se debe aprovechar de sus trabajos, sino con aquel delicado discernimiento que les hace deudores de la superioridad que tienen sobre ellos los que les sirven de modelos. O hablando más propriamente, el ingenio no conoce mas guía que la del ingenio. Le incomoda andar por el camino que otros han abierto. Puesto en esta carrera, el entendimiento, que es un imitador servil, acorta, por decirlo así, la extensión de su capacidad. ¿Quién es el talento que se emplea en juntar y colocar en un solo discurso las ideas de muchos autores? Un talento medio quando mas. La mano de un consumado maestro se desconoce en el mas precioso conjunto de una obra, en que nunca se descubre el verdadero espíritu del autor.

Pongamos á estos hombres incapaces de crear los pensamientos que intentan dar á conocer, pongámoslos, digo, en la precision de manejar asuntos nuevos y admirables. Supongamos tambien, que en un discurso christiano ó profano, tienen que dar á conocer á un rey que se parece en algo á Luis el Grande, sin embargo de que en las mas de las cosas solo es semejante á sí mismo.... ¿Que socorros hallarán en este caso en la imitacion para acabar su

su retrato? Si se valen de pinturas generales, anunciarán á un principe superior á sus sucesos y á sus desgracias; grande por su valor y aun mucho mas por su Religion; protector de los talentos y padre de los infelices; querido y digno de ser amado.... Pero ¿reconocerán la Europa y el Universo al Héroe que se les quiere pintar con este ligero bosquejo? ¿No querrán desde luego que se les presente colocado sobre el trono por la elección de un pueblo libre, cuyos corazones se habia grangeado por sus virtudes, y de quien mereció infinitas alabanzas por su eloquencia, y experimentó la defensa de sus derechos por sus victorias? Quisieran que fuese amigo de un Monarca, cuya vida fué la de un conquistador, y cuya muerte la de un Héroe (1). Desearian que se les describiesen aquellas asombrosas revoluciones que variaron tantas veces su suerte sin mudar jamas su corazón. Pero ¿quien podrá seguir esta encadenacion de acontecimientos, en que sucesivamente colocó la Providencia á aquel principe? Principe siempre superior á los contratiempos, y cuya grande alma después de haber admirado al Tártaro y encantado al Musulman, se vino á descubrir toda entera entré una nacion que dexaba casi de sentir la pérdida de sus antiguos señores al considerar la felicidad que la atraía el que nuevamente habia adquirido. Quanto mas facil es para la gratitud conocer todo el precio de esta felicidad, otro tanto mas dificultoso es

(1) Carlos XII. en el año 1709. en la batalla de Poltava.

para la eloquencia delinear su imagen. Los oradores que se detienen solo en el limitado trabajo de la imitacion, pueden producirse del mismo modo que lo hace el Monarca con sus propias obras, y con este norte y augusta guia serán sólidos, ingeniosos, profundos é interesantes. Pero ¿les será tan facil ordenar el compendio de sus beneficios, como hacer la análisis de sus escritos? ¿No es preciso que tenga alguna centella del ingenio que le anima para dar, como él, un movimiento desconocido á las rocas, un nuevo curso á los rios, un nuevo ser á las artes, maestros y lecciones á las ciencias, apóstoles y exemplos á la Religion, toda especie de socorro á toda clase de miseria, y que extienda en sus tranquilos y florecientes estados el gusto, la emulacion, la virtud y la vida? El espíritu de imitacion debe, pues, confesar en estos casos su insuficiencia. Para pintar á un *Alexandro*, es menester un *Apelo*.

No dexamos de conocer, señores, que aquel entendimiento que solamente se ocupa en recoger lo que han dicho y pensado los demas, manifiesta una esterilidad perjudicial, tanto á la eloquencia del púlpito, quanto á todas las demas ciencias y artes. Pero ¿tenemos acaso motivo en nuestros dias para quejarnos de esta esterilidad? No por cierto: aun en el dia hay oradores christianos á quienes no se detendrá la posteridad ponerles en paralelo con los admirables hombres que embidiamos en el siglo de Condé, de Turena, de Luxemburgo y de Villars. Eloquencia rápida,
flo-

florecente y profunda, tan rica en imágenes como en razonamientos, que nos muestra en uno solo el ingenio de muchos grandes hombres. Otros se distinguen tanto por el feliz acierto con que unen en sus discursos el lenguaje de las sagradas Escrituras con el suyo propio, quanto por el arte ingenioso con que reducen los preceptos á máximas, unen los razonamientos á las pinturas y vuelven las verdades en sentimientos. Y aun quando la imitacion mas fiel fuese hoy en dia el vicio dominante de la eloquencia sagrada, ¿realizaría este las sospechas que se tienen, de que llegará muy pronto á su total decadencia? Ah! En caso de que esta se deba temer, no estarán tan expuestos á ella los oradores, que aprovechándose de las riquezas de otro descubran su propia miseria, como aquellos á quienes un vano empeño de espíritu les hace desconocidos á la penetracion de los que intentan instruir. Los primeros pueden á lo menos ser sólidos: los segundos únicamente son superficiales. Aquellos forman el ánimo de enseñar: estos no saben mas que confundir. A los unos solo se les puede tachar de que no manifiestan su ingenio: á los otros se les puede tener por delito abusar de su ingenio, haciendo de él una inutil ostentacion.

En efecto, ¿que abuso tan grande es introducir en el género de eloquencia mas propia para descubrir las grandes ideas, aquella figura de enigmáticos pensamientos que aun apenas disimula el delicado gusto en aquellas fútiles y despreciables obras destinadas para

para divertir la ociosidad! ¡Que abuso el de emplear para defender la verdad los pueriles ornatos con que se deleyta una ligera pluma en buscar ingeniosas ficciones! Los encantos del language y la realidad de las figuras, no son para la eloqüencia sagrada bellezas extrañas. Semejante á la pintura, permite que se anime el quadro con la sabia distribucion de la luz y de las sombras. Pero estos acertados toques, cuya execucion desempeñará una diestra mano con inteligencia, si se dan sin discernimiento, es manifestar el poco entendimiento que hay, al paso que se pretende ostentarle. Y ¿de que sirven para la instruccion de los pueblos la reforma de las costumbres, la extirpacion del vicio y la seguridad de la virtud? ¿de que sirven todos esos ardeos buscados á tanta costa, esas expresiones medidas con tanto rigor, esa sutil finura que solo produce un vano deleyte, y esas frases poco luminosas, aunque ilusorias, que admirados de verlas reunidas en una encadenacion de palabras, parece que contienen pensamientos quando solo ofrecen errores? ¡Miserables rasgos de una penosa aplicacion, que se empeña con esfuerzo en agotar todos sus recursos para asegurarse el entusiasmo de la sorpresa, no dexando á la madurez de la reflexion, sino ensayos de ideas, imágenes obscuras, un impenetrable conocimiento de palabras inútiles, un nada!

¿Adoptareis vosotros esta especie de eloqüencia que á fuerza de quererlo sujetar todo á las combinadas reglas del entendimiento,

no

no conoce muchas veces mas que la sombra? La adoptariais en aquellos discursos justamente aplaudidos con que pagais á Estanislao el tributo de vuestra admiracion y reconocimiento? Nada menos que eso: el templo de las musas, donde vosotros velais por la gloria de las letras, jamás se abrió á aquellas lenguas funestas, que por desgracia son muy capaces para acarrear la ruina del gusto y de la eloqüencia.

Ese falso brillo de una piedra con que se puede imitar al diamante sin tener su valor: ese aparente fausto de una engañosa opulencia que oculta su miseria; esa multitud de figuras, y no de pensamientos; de expresiones y no de sentimientos; esa eloqüencia que intenta mas bien ser adivinada que entendida, no conseguirá jamás que el buen gusto, la sana filosofia y la reflexiva razon se envelezcan, no digo yo con aplaudirla, pero ni aun con tolerarla en un profano discurso. Ah! ¿no debe creerse mas desarreglado en un discurso christiano todo lo que en el profano se tiene por tal? ¡Que novedad causa ver, que se sirven de adornos frivolos para representar la angusta magestad de la Religion! ¡Que cosa tan disforme ver encubierta la sencillez evangélica con el transparente velo de un entendimiento que sutiliza con arte! ¡Que indecencia anunciar las severas máximas con un estilo en cuya ligereza escriban todas las gracias de un epigrama! ¡Que escándalo manifestar las luminosas verdades de un modo tan imperceptible, que solo se

des-

descubre en ellas la ambigüedad de un enigma!

¿Habla de este modo aquel consumado maestro de la eloqüencia christiana, cuya poderosa voz parecia que daba vida á los muertos que celebraba, y les arrancaba de sus sepulcros para hacerles temblar á vista de las terribles verdades que sabia colocar hasta en sus elogios? Bossuet, digo, de quien las fogosas insinuaciones, la rápida vehemencia, la profunda razon, las eficaces expresiones, los enérgicos pensamientos, las magestuosas imágenes y las fuertes y terribles pruebas, infundian en los espiritus el temor de los altos juicios, confundian la vanidad de los perecederos ídolos y aseguraban el trono de la Religión á costa de los despojos de todas las grandezas humanas. Muy lejos estaba de él la ingrata manía de acomodar su sublime inteligencia á estas pequeñeces del arte. Por lo mismo menospreciaba aquellas flores artificiosamente colocadas por la mano trabajadora, y las juzgaba indignas del augusto ministerio que exercia.

Este se deshonra, tanto por la poquedad del entendimiento, como por los extravíos de la imaginación. ¿Por que fatal desgracia se comunica en el dia con sus malignas influencias el contagio del *bello espíritu* hasta en la cátedra de la verdad? ¿Se puede decir, que ha venido á ser un título seguro para acreditar á algunos oradores, cuya rápida aunque poco durable reputacion sirve de mucho para adquirirles imitadores? La vista de sus sucesos vienen á ser para los discípulos jóvenes

nes una lisonjera tentacion que les lleva por los mismos caminos á los propios escollos. Los talentos de mayor reputacion se contentan, en medio de prometerse este noble desempeño, con encerrarse en los estrechos límites de algunas palabras simétricas, con cuyo falso brillo se prueba muchas veces, que los esfuerzos del entendimiento no están siempre de acuerdo con la solidez del juicio.

¿Como es posible que un mundo iluminado tribute sus elogios á estos pérfidos corruptores de la verdadera eloqüencia? Acuérdesse que al siglo de Tiberio se siguió el de Augusto; y que no teniendo ya Roma Cicerones, produjo desde luego el decaimiento del gusto la total extincion de la eloqüencia. Que flore aquellos tiempos, reflexiõne y se aproveche.... ¡Mas ah! desde luego podemos temer que la Francia christiana no es comparable por la eloqüencia y los talentos con la idólatra Roma.

Pero quando me quejo que el bello y falso espíritu prepara por sus menudas delicadezas la sensible degradacion de la eloqüencia christiana, no pretendo excluir la de las riquezas de una literatura tan enriquecida como instructiva. ¿Por que se ha de prohibir á los oradores sagrados sacar de los tesoros de la literatura la elegancia y las gracias que pueden hacer ver las verdades austéras de la Religión?

El mundo desea que á la instruccion se le junte el placer.... No siempre es la profunda sabiduría seguro garante del suceso en la eloqüen-

qüencia del púlpito. Desnuda de los adornos que agradan al gusto y al oído, rara vez interesa por solo la ciencia á aquellos que la admiran; y la mas bien razonada pintura de la Religion, es casi siempre inútil para la reforma de las costumbres, quando solo presenta objetos de especulación.

¿Como ha de parecer bien en la cátedra de la verdad un hombre profundamente sepultado en el embarazoso laberinto de las questões teológicas? ¿Un hombre que llena la eloqüencia sagrada de intrincados argumentos y confusas distinciones, mas á propósito para echar á perder el entendimiento que para exercitarle? ¿Un hombre que en sus áridos discursos sigue con su fria é inanimada razon la espaciosa senda de los silogismos amontonados para dar á los divinos oráculos toda la fuerza de una demostracion invencible; y que á pesar de lo ajustado de los razonamientos mas persuasivos, no pueden producir efecto alguno sus metódicos y razonados discursos, si ignora el apreciable secreto de colocar oportunamente reflexiones juiciosas, máximas admirables, descripciones interesantes, imágenes grandes, un rápido ardor, y un patético modelo de los estados, sentimientos y costumbres? Estos, pues, imprimirán el respeto de la Religion, pero no persuadirán á la práctica. Las preocupaciones del espíritu podrán ceder, pero los vicios del corazón permanecerán: el ministerio especulativo y teológico tendrá siempre, no siendo orador, muy poco poder contra la tiranía de las pasiones.

Pe-

Pero observad por el contrario á un orador en el púlpito, que teniendo la misma ciencia se haya familiarizado su entendimiento con los asuntos sublimes, las figuras delicadas y las pintorescas expresiones de los oradores Griegos y Romanos: á un orador á quien haya comunicado el fugo de la poesia aquel calor procreador que da *colorido* á las palabras, *alma* á los pensamientos, y que tan pronto arrastra por la rapidez del estilo al modo que una impetuosa corriente, como imitada por una magestuosa expresion el pausado movimiento de las aguas de un rio tranquilo: á un orador para quien sea la historia de los reyes y de los impérios una pintura, que teniéndola siempre presente, pueda descubrir en la sucesion de los cetros el inmutable orden de la Providencia: en las revoluciones de los estados, en las vicisitudes de la fortuna y de las victorias la inestabilidad de las cosas humanas: en los peligros y escollos de la política la debilidad de los resortes que hacen mover á los mortales para asegurar su poder y felicidad; y, en fin, á un orador rico por una parte á causa de los inmensos recursos de que su superior ingenio se sabe aprovechar ventajosamente, y por otra armado con las vencedoras señales que le suministra la Religion meditada y profundizada por él, como qualquier orador christiano lo debe hacer para lograr un poderoso ascendiente sobre el espíritu y el corazón de los hombres. Un orador de esta naturaleza, persuade si raciona; y si se instruye sabe aplicar

car lo que aprende. Si pinta interesa, si censura corrige, y si amenaza confunde. Seguro siempre de agrandar, si junta el exemplo á los talentos, encanta, mueve y triunfa de quien le oye. Con lo dicho he manifestado qual debe ser el héroe de la eloqüencia sagrada. ¡Quiera Dios que nuestro siglo les vea multiplicarse á cada paso!

Flechier y Fenelon, son en la oratoria unos fenómenos que admiran, se sienten y casi se desconfia de que jamas revivan. Formado Flechier en la escuela de la Religion se nos presenta instruido, sólido y persuasivo: dotado de aquel juicio admirable que conoce á primera vista lo que es menester descubrir, y lo que no se necesita mas que indicar. Dice solo lo que es indispensable decir, y se detiene en quantas partes debe pararse la reflexión. Representa á los ilustres difuntos tales como vivieron, y como debieron vivir. Ensalza sus virtudes sin disimular sus flaquezas. Sus elogios son instructivos. Hábil para dar á conocer el carácter de los Santos, cuya gloria y mérito celebra, condena al mundo, que al paso que se impone la obligacion de honrar su memoria, no tiene ánimo para seguir sus exemplos. Pero ¿de qué poderoso medio se valió Flechier para instruir, mover y agrandar á un mismo tiempo? De aquel gusto exquisito que junta la ciencia de la Religion á los atractivos de la literatura. Esta es la union constantemente sostenida de aquella superior opulencia que forma de sus encantadores discursos un tejido de verdades otro tan

to mas admirables en quanto el language de las sagradas Escrituras recibe con ellas una nueva brillantez, ya por su mas suntuosa armonía, y ya por sus mas delicados pensamientos.

Siendo joven Fenelon, pero eloqüente, abrazó la carrera evangélica. Su primer vuelo no fué como el del tímido aguilucho: intentó elevarse hasta el cielo, y sorprendida la tierra de la magestad con que se daba á conocer, no tuvo dificultad en persuadirse de que su medio día correspondia con su aurora. ¡Que uncion y que fuerza! ¡Que fuego y que reflexión! En sus discursos están colocados con gusto la fe y la razon, el espíritu y el ingenio, la persuasion y el sentimiento. ¿Como, pues, poseyó Fenelon el don tan precioso y tan raro de maridar la brillantez de las expresiones con la solidez de la doctrina? Porque puso cuidado en añadir la incensante cultura de las bellas letras al constante estudio de la Religion. Dirigida su pluma por la elegancia y las riquezas que sabia sacar hasta de las fuentes profanas, llegó á juntar tantos sagrados tesoros, por el acertado uso que hizo de ellas, quantos necesita la verdad para adornarse y embellecerse.

El uso de la literatura, señores, llegaría á ser un escollo para la eloqüencia christiana si no tuviera sus reglas y sus límites. Necesario únicamente para el triunfo de la Religion, debe estar siempre sujeto á las grandes pruebas que emplean los oradores para comprobar su divinidad, explicar sus docu-

mentos y anunciar sus prohibiciones. El lujo de los adornos sirve para decorar un palacio, pero no es su basa fundamental. Por lo mismo no he querido yo separar lo que no debe estar desunido. El desear que el orador evangélico sea amigo de las letras, no es lo mismo que permitirle substituya en la cátedra de la verdad los discursos académicos á los discursos christianos. En el ministerio de la predicacion siempre se debe tener por objeto el verdadero fin á que se dirige. La Religion no debe desfigurarse con un género de eloqüencia que únicamente se encamina á hacerla respetable y creible, persuadiendo su práctica, é inspirando su amor.

En vano coronará el público con sus votos y aplausos á algunos pretendidos apóstoles que no honran los sagrados altares sino con sus profanos incienso, y hacen que estriben las eloqüentes aunque estériles producciones de su zelo en las gracias de la locucion, la delicadeza del estilo, las agudezas de la imaginacion, las reflexiones filosóficas y las flores de la literatura. Bien pueden tener ellos la habilidad de agradar é interesar, pero no tendrán la de instruir y corregir. Podrán encantar y admirar, pero no sabrán mover, ni convencer. Oirán el confuso murmullo de las aclamaciones tributadas á la singularidad de sus talentos, pero no recogerán las preciosas lágrimas del arrepentimiento, que son las únicas que honran á un christiano discurso, porque solo ellas hacen su verdadero suceso. El arte de escribir bien no es el de bien predicar.

car. Un maravilloso rasgo de catolicismo hace disimular algunas veces la falta que hay en la expresion. Pero aun quando esta sea la mas exácta y castigada, nunca suple por la falta de la Religion en los discursos que se dirigen á defenderla. Ser eloqüente sin ser christiano, es cambiar el espíritu de la eloqüencia sagrada, y profanar el uso que se hace de ella.

Tal era el sólido modo de pensar de aquel sublime y vehemente orador, criado desde luego en el santuario de las musas, familiarizado con todas las riquezas de la literatura, que por sus poesías dignas de Virgilio, Horacio y Ovidio, mereció tener al grande Corneille por traductor; y que propuesto para instruir en todo género de eloqüencia á la juventud que estaba puesta á su cuidado, la dió al propio tiempo, tanto los preceptos mas sabios, quanto los mas brillantes exemplos. La-Rue se metió entre el confuso polvo de la retórica para sembrar en la escabrosa carrera del Apostolado unas flores que la madurez de la razon supo cambiar en frutos. Aquel vivo arrodéo, aquellas imágenes parlantes, aquellos ingeniosos coloridos, aquellas elegantes expresiones y aquel estilo firme y nervioso que le dió la eloqüencia profana, lo introduxo en la sagrada para hacerla mas luminosa en los principios, mas fuerte en los razonamientos, mas interesante en las pinturas y mas rápida en los movimientos. Dió á la Religion aquella decente compostura que la conserva su antigua magestad y la presta

nuevos encantos. El literato escribe, el filósofo raciocina, el teólogo persuade, el apóstol aterra, y el orador mas eloqüente es siempre el mas christiano.

Quando sigan los hombres que se dedican á la eloqüencia christiana el camino que les señalaron Bourdaloue, Massillon, Bossuet, Flechier, Fenelon y La-Rue, se contendrán dentro de los verdaderos límites y principios de la cátedra; y así serán siempre injustamente notados de que abusan de sus talentos mostrando solamente *una estéril abundancia de términos, y una vana ostentacion de raciocinios sin objeto, ó de sentimientos sin fuerza.* Llenos de un noble deseo de corresponder á la perfeccion de los grandes modelos, darán una nueva luz á las antiguas verdades. Se formarán un género de eloqüencia correspondiente á su ingenio, imitando sin copiar, y teniendo su delicado pincel en la imitacion misma el mérito de la novedad. Los socorros que tomen del arte, se ocultarán con aquella destreza del arte mismo que se esconde al atento cuidado de los jueces mas expertos. El espíritu no afectará sus pretensiones. Jamas rehusará presentarse al descubierto, porque no tendrá vanidad en hacerlo, Recibirá la Religion de la literatura los adornos y gracias que cautivarán la mas ligera atencion. El literato quitará con su ingeniosa industria la sequedad á los preceptos y la pesadez á los razonamientos, pero conservará respetuosamente á la Religion toda su fuerza y autoridad. La ciencia, el zelo y la virtud distinguí-

guirán á los oradores christianos. Ya no se quejarán de que la sagrada eloqüencia está próxima á su ruina. Y nuestros venideros, que fixarán en el Reynado de Stanislaó la época en que empezó á brillar una Sociedad académica que reunió toda especie de ingenios, dirán asimismo, tal vez, que este monarca no ha dexado por sus luces y consejos de formar apóstoles dignos de tenerle por admirador, al paso que él mismo se atrae la admiracion del Universo.

FIN DEL TOMO QUARTO.

NOTA. Los diez Panegíricos que contiene el tomo V. son los que omitimos en la primera edicion, y publicamos posteriormente á persuasion de varios Predicadores y amigos para dar completa la Obra.

nuevos encantos. El literato escribe, el filósofo raciocina, el teólogo persuade, el apóstol aterra, y el orador mas eloqüente es siempre el mas christiano.

Quando sigan los hombres que se dedican á la eloqüencia christiana el camino que les señalaron Bourdaloue, Massillon, Bossuet, Flechier, Fenelon y La-Rue, se contendrán dentro de los verdaderos límites y principios de la cátedra; y así serán siempre injustamente notados de que abusan de sus talentos mostrando solamente *una estéril abundancia de términos, y una vana ostentacion de raciocinios sin objeto, ó de sentimientos sin fuerza.* Llenos de un noble deseo de corresponder á la perfeccion de los grandes modelos, darán una nueva luz á las antiguas verdades. Se formarán un género de eloqüencia correspondiente á su ingenio, imitando sin copiar, y teniendo su delicado pincel en la imitacion misma el mérito de la novedad. Los socorros que tomen del arte, se ocultarán con aquella destreza del arte mismo que se esconde al atento cuidado de los jueces mas expertos. El espíritu no afectará sus pretensiones. Jamas rehusará presentarse al descubierto, porque no tendrá vanidad en hacerlo, Recibirá la Religion de la literatura los adornos y gracias que cautivarán la mas ligera atencion. El literato quitará con su ingeniosa industria la sequedad á los preceptos y la pesadez á los razonamientos, pero conservará respetuosamente á la Religion toda su fuerza y autoridad. La ciencia, el zelo y la virtud distinguí-

guirán á los oradores christianos. Ya no se quejarán de que la sagrada eloqüencia está próxima á su ruina. Y nuestros venideros, que fixarán en el Reynado de Stanislaó la época en que empezó á brillar una Sociedad académica que reunió toda especie de ingenios, dirán asimismo, tal vez, que este monarca no ha dexado por sus luces y consejos de formar apóstoles dignos de tenerle por admirador, al paso que él mismo se atrae la admiracion del Universo.

FIN DEL TOMO QUARTO.

NOTA. Los diez Panegíricos que contiene el tomo V. son los que omitimos en la primera edicion, y publicamos posteriormente á persuasion de varios Predicadores y amigos para dar completa la Obra.

TABLA

DE LOS PANEGÍRICOS
que contiene este Tomo.

<i>Panegirico de Santa Ursula.</i>	Pág.	3.
<i>De San Cárlos Borromeo</i>		29.
<i>De Santa Catalina de Ricis</i>		62.
<i>De San Ignacio de Loyola</i>		95.
<i>De San Germano</i>		131.
<i>De San Martin</i>		161.
<i>Dedicacion de la Iglesia de San Sulpicio</i>		189.
<i>Oracion Fúnebre del Duque de Orleans</i>		219.
<i>Discurso Académico de Latourdupin</i>		256.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSITY OF
NUEVA
LIOTECA